JOAQUÍN DÍAZ GARCÉS

# PÁGINAS DE ÁNGEL PINO

Ediciones de la
REVISTA CHILENA
MCMXXII

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

IMPRENTA UNIVERSITARIA—Santiago, Bandera 130

# PRIMERA PARTE

# CHARLA DE OTOÑO

## ENTRADA DE ESTACIÓN

El 22 de este mes ha tenido lugar la inauguración del Otoño. La ceremonia se ha efectuado en silencio, sin obtener siquiera el legendario párrafo de crónica de ese viejo diario, que cuatro veces al año anunciaba antes a sus lectores la entrada de las estaciones. Se dice que tan fieles fueron los párrafos al calendario, que las estaciones terminaron por esclavizarse incondicionalmente al cronista; y así no caía la primera lluvia antes del párrafo *Invierno* ni rompía un solo brote antes del anuncio de *Primavera* ni se doraba una fruta antes de la noticia del *Verano* ni amarilleaba una hoja antes de que apareciera el suelto de *Otoño*. Pero este año el Otoño bajó de la cordillera escoltado por sus rachas heladas y recibió a lo largo de las alamedas el homena-

je de los álamos, sus más fieles súbditos, que inclinaron sus copas y dejaron caer menuda lluvia de hojas amarillas. Y, sin embargo, no había sido por nadie anunciado.

En esta forma silenciosa y discreta, la melancólica estación de los poetas tristes y de los pintores coloristas, ha escapado mejor librada que las campanas de las iglesias. Cierto colega que aconsejó que en vez de llamarse desde los campanarios al *Angelus*, se pusieran en los diarios avisos económicos, podría muy bien haberse quejado de las avenidas que empiezan a teñirse con manchas doradas, cobrizas y amarillas, exigiéndoles también un anuncio de liquidación o de remate.

También estamos en el otoño de los negocios (1). También han soplado las rachas frías de la restricción del crédito, y han caído amarillas y sin vida las acciones desvalorizadas, cubriendo el suelo con una capa de hojas secas. Los árboles de follaje más vigoroso y abundante, han amarilleado cuando menos se pensaba y han comenzado a desnudar sus ramas. Es necesario resignarse al invierno, a un largo, frío y obscuro invierno. Pero, al fin y al cabo, por muy largo, frío y obscuro que sea, nos parecerá menos sabiendo que ha de venir después la pri-

(1) Estos artículos aluden casi todos a la época del *boum* de Bolsa del año 5 que fué llamado «del resurgimiento» y a los fracasos y baja de valores consiguiente, del año 8.

mavera. Todos esos árboles que parecen secos para siempre, echarán brotes; todas esas sociedades que parecen muertas, mostrarán la punta de un dividendo. Y ese día habrá comenzado la primavera para nosotros.

## LIBRO DE ESTUDIO

En estos momentos en que principia el año escolar, se echa de menos un texto de enseñanza que será más útil que la geografía, la aritmérica y la historia, porque será el que enseñe prácticamente el sentido común y la experiencia. Como el tiempo es escaso, no hay necesidad de imprimirlo: bastará empastar un ciento de prospectos de sociedades formadas desde 1904 hasta la fecha. En este libro aprenderán los educandos de un solo golpe a conocer la mentira, a no dejarse seducir por promesas, a desconfiar de las sumas mal hechas y a no tener fe en negocios que estén a más de cincuenta leguas de donde se vive, si no se puede verlos y estudiarlos personalmente.

Este texto tomado directamente de la vida práctica tendrá más elocuencia que cualquiera otra enseñanza y hará entender lo razonable y profundo de aquella contestación que un viejo banquero de Copiapó y Valparaíso tenía estereotipada en sus labios: «Demasiado bueno el negocio, señor; no me conviene».

La comparación de los prospectos de 1904 y 1905 con las cotizaciones de 1908, será la única manera de saber cuánto subimos en sueños y cuánto hemos caído en realidades. Ahora vemos que una compañía salitrera ha solicitado de la Caja de Crédito 230,000 libras y ha recibido solamente 30,000. He ahí un dato que puede servir para formarse idea aproximada de aquel salto. Hay aparatos para medir la densidad y pureza de la leche y los grados del alcohol. Nos falta uno para medir la densidad del engaño en que hemos vivido durante tres o cuatro años. El único posible y práctico es el que indico.

Por ejemplo, todo el mundo debe recordar cierta sociedad avícola, destinada a repartir anualmente el 80% de interés sobre el capital invertido. El prospecto decía: se comprarán tantos gallos y tantas gallinas. (La proporción era extraordinaria). Las gallinas pondrán tantos cientos de huevos diarios, los que han de convertirse en cuantos miles de pollos al fin de mes. Total: venta de pollos, veinte mil pesos; venta de huevos, diez mil pesos; venta de gallinas, diez mil pesos. Deducidos cinco mil pesos, valor del maíz, y cinco mil pesos, sueldo del gerente, la utilidad será de $ 30,000. Lo que equivale al 80% de interés sobre el capital invertido.

Naturalmente, se suponía que esos gallos iban a ser especie de motocicletas movidos con bencina, que no iban a cansarse ni a morirse jamás, ni a pe-

learse unos con otros; que las gallinas serían aparatos productores de huevos durante invierno y verano, y todos los días; que esos pollos iban a inflarse como copuchas de cordero, sin fiebres, ni enfermedades, ni atrasos; y que, finalmente, los rateros respetarían las promesas del prospecto, absteniéndose en absoluto de saltar las tapias.

Si se hubiera creado una Caja de Crédito Avícola, la sociedad habría pedido, con hipoteca de su negocio, cien mil pesos, y le habrían prestado cincuenta centavos. De todo aquel prospecto, lo único que se habrá aprovechado serán las suculentas cazuelas del gerente. Y ésas no estaban prometidas.

Muchos habrá que en las veladas del próximo invierno se encerrarán en su escritorio, y abriendo la caja de fierro que antes guardó caudales y hoy basuras, comenzarán a arrojar a la chimenea esas memorias que cantaban estrofas líricas de millones y millones. El lápiz ha representado al solterón arrepentido, quemando cartas de mujeres, de las cuales se escapan entre los espirales del humo, melosas palabras de amor, promesas que no se cumplieron, flores secas aplastadas entre los pliegos.

Pero, ya lo hemos dicho. Esos prospectos no deben quemarse. El rector de la Universidad recomendará su estudio a la generación que hoy se educa.

## IN MEMORIAM

En nuestro país muy pronto se olvida todo. Ya hay personas que dicen: «¿A qué terremoto se refiere usted?» Y olvidar las calamidades es lo mismo que olvidar las causas y los remedios. Un célebre estadista chileno pasaba un día por una casa en cuya puerta se veían dos o tres pesados cerrojos, y dijo en el acto al que lo acompañaba: «Aquí han robado». El que toma medidas para defenderse de algo es porque acaba de recibir el golpe. Antes de recibirlo nadie previene nada. Por eso conviene hacer algo porque nada de lo que ha ocurrido en los últimos años se borre de la memoria.

Si en mi mano estuviera, así como a lo largo de los caminos en el campo, se pone un farolillo y una cruz donde se ha cometido un asesinato, yo sembraría de monolitos conmemorativos las ciudades. A la calle del Estado la llamaría calle del Terremoto, para que nadie olvide de que cada cincuenta años viene uno, al edificar su casa; a la de Ahumada, calle de las Ilusiones de 1905; y a la de Bandera, calle de los Desengaños de 1908. La calle de Huérfanos podría llamarse del Cambio a 8, y la de Compañía, calle del Polvorín de Batuco.

Y a propósito. Un diario dice ayer: «*Si esa pólvora es peligrosa,* que no se compre». ¡Colega! Si la pólvora que compráramos fuera toda sin peligro,

los vecinos habrían podido hacernos la guerra a palos, derrotarnos, y no tener un solo hombre herido. Eso está como lo que ocurrió al que encargó a su sirviente que comprara fósforos y le agregó: «Ten cuidado que sean buenos y enciendan bien». Al probar el primero encontró que no daba fuego. «¿Qué es ésto? ¡Estos fósforos parecen usados!—Sí, señor —contestó el mozo—los probé todos, uno por uno, para ver si encendían».—Para darle gusto al colega, habría que encender toda nuestra pólvora antes de colocarla en los polvorines, para quitarle todo peligro.

Con el sistema de monolitos conmemorativos y letreros de calles, puede ser que en 1914 no estemos bregando con una nueva crisis.

yendo. Los cominos, ya sean los italianos, ya los maltenses, (tú ves que la cosa es por parejo y sin distinción de nacionalidades), están *sin cotización*. Palabras textuales.

—¿Qué significa eso?

—Una atrocidad. Es algo así como sin reputación, sin solución, sin representación. Las duelas americanas, ¡ay!

—¿Te duele algo?

—Nó; me duele que las duelas estén a $ 900 el mil. Yo que las he visto por las nubes.

—¡Cuándo las has visto!

—A ti hay que explicártelo todo. ¿Te acuerdas del eclipse, cuando mirábamos con un vidrio ahumado? Bueno; pues mirando al sol, a la mano derecha estaban las duelas. Y no averigües más. Adivina tú ahora cómo estará el alambre galvanizado número 8.

—¡Qué sé yo de esas cosas!

—El alambre galvanizado número 8 está a 7.75. Da frío ¿no es verdad? Las comunicaciones telefónicas bajarán por consiguiente. ¡Y el de púas, Dios mío! Tú sabes la importancia que tiene para la agricultura el alambre de púas. Pues bien, está a $ 9. Pero, ¿qué es esto? El salmón, en su triple calidad de rosado, colorado y Morton, ha bajado. Hija, corre a ordenarme una mayonesa de salmón. Hay que aprovechar el sol mientras dure.

—¿Ves? Ahora eres tú el egoísta. Piensas en ti mismo y no en el país.

—Tú no sabes distinguir. Antes nos referíamos a artículos que están más ligados con las fuentes productoras del país, como las duelas, la chancaca y la grasa Caracú. El salmón puede bajar y el país no sufre. ¡La soda a ocho pesos! ¡La parafina descendiendo! La *pimienta sin cotización*. La *resina* bajando. Los sacos bajando. La sal de mar bajando. Los vidrios planos bajando. El aceite en latas bajando! Este país baja. Todo baja. Hija mía, bájame la botella de cognac que está en el ropero. Esto es lo único que debiera bajar, y no baja. Consolémosnos de la ruina de la agricultura, de la minería y del comercio de abarrotes. No puedo leer más. Sigue tú. Léeme la lista de la Bolsa. Nó, nó! ahí también baja todo. Ve el matadero. ¡Menos! La carne también baja. Lee la sección meteorológica. ¡Tampoco! Con seguridad, el barómetro está bajando también. Mejor será que veas las noticias.

ELLA *(leyendo)*.—El censo. Aumento de la población. Los asientos de la Cámara de Diputados serán aumentados en 26, y los del Senado en 5.

—¡Horror! Las diputaciones también bajan.

—Tú estás loco con tu baja.

—Pero, sí! Oyeme. Dame un lápiz y papel antes que se borre la lucidez de mis ideas. 94 diputados, como son ahora, con un término medio de 3,500

*votos* por cabeza, son 329,000 votos. No me contradigas.

—No te contradigo.

—No me interrumpas. Cada voto, o mejor dicho, cada conciencia vale en Santiago de 15 a 20 pesos. En Valparaíso y en el norte las conciencias son más caras; suben hasta $ 50 cada una. En el sur la voluntad popular es barata, llega hasta $ 8 cada voluntad. Pongamos un término medio de $ 10 por voto, y son 35,000 pesos por legislador, y 3 millones 290,000 pesos en total. No me contradigas. Ahora, si en vez de dividir 3.290,000 pesos entre 94, los divido entre 120, saldrá a poco más de $ 27,000 cada legislador. ¡Casi a precio de costo! ¿Ves cómo las diputaciones bajan también? Sigue leyendo.

—No sé qué leer para que no veas bajar. Aquí hay un artículo de don Julio Zegers.

—Corre. Léeme el final. Dicen que este caballero acaba siempre maravillosamente. Ándale.

—*(Leyendo)*.—«Contemplado en su conjunto, este bosquejo político y económico puede resumirse en dos hechos capitales:

«El país ha sufrido grandes pérdidas, pero conserva intactas y acrecidas sus fuentes de producción.

«Los Poderes Públicos oscilan entre variados rumbos: hacen declaraciones plausibles; pero en sus actos prevalece un dispendio deplorable.

«¿Qué hacer?—*Julio Zegers.*»

—¡Baja también!

—¿Cómo?

—Sí, hija; baja de tono. Comenzó con un trueno y acaba con un piteo de policial, dando la alarma cuando ya todos están alarmados. ¡No me digas! Todo baja hoy.

—Bueno. Resueltamente yo me he aburrido y no leo más. ¿Bajemos a almorzar?

—¿No ves? Esto desconsuela. Tú también quieres que yo baje. Pero, en fin, si hoy estamos de baja, bajaré *(Al pasar por el termómetro)*. ¡Caramba! También baja!

# VICTORIA EN DERROTA

La escena se desarrolla en las caballerizas de Julio Alcalde, el hombre que en tiempos de prosperidad vende caballos finos y en tiempo de crisis revende victorias importadas.

Una victoria francesa acaba de ser colocada bajo el galpón de zinc, entre un *tonneau* que descansa con las lanzas hacia arriba, que es como descansan los carruajes de poca monta, y un ancho coche de trompa que inclina mustio su vara hasta el suelo.

—En fin—dice la recién llegada—aquí hay coches decentes. Temblaba, cuando oí decir que me iban a entregar a Alcalde, porque creí que en estos infames hoteles para coches en venta, podía quedarse al lado de esos infectos, miserables e insolentes coches de posta.

—No hay cuidado—dice el *tonneau*—aquí casi todos los que alojamos somos decentes y extranje-

ros. Acaba de irse un *mail coach* que en materias de coches era un perfecto *gentleman*. Este del otro lado es chileno.

—Sí—replica la victoria—pero es caballero. Me he dado cuenta de que un coche de trompa es siempre un coche chileno y caballero. Puede ser de un canónigo, de un hacendado viejo o de una familia antigua...

—Dice Ud. bien, señorita—replica el de trompa, fijando sus dos faroles blancos en los coquetos farolillos azules de la recién llegada. Los de mi familia hemos sido siempre para personas decentes y honestas. Nosotros venimos de los buenos tiempos en que los carruajes eran nobles y de posición. Ud. es muy joven y no conoció los *caleches* con caja verde, ni los *landau* que tenían forro de seda celeste o de rep crema, ni los *birlochos* que eran los coches livianos, pero decentes. Estos carruajes ligeros han echado a perder la fama de los coches. Vinieron unos faetones absurdos, unas arañas ridículas, unos duques al alcance de todos, y por último, estos *tonneau* cuya verdadera traducción al castellano son toneles... y merecen serlo.

—¿Qué tiene que decir de mí, el viejo ridículo, el carromato de canónigo, el inservible, el roñoso?

—Tengo que decir de ti, que no sirves sino para muchachas. Para mí, hombre que anda en *tonneau* es tonto de capirote; y todavía, si es coronel, como

vi uno hace tiempo, debe ser llamado a calificar *servicios*.

—Así será; pero yo nivelo las clases. Llevo al cochero en el mismo asiento que su patrona.

—Eso no me parece bien, compatriota—interrumpe la victoria—. Yo no admito esta confusión, en materia de piernas. Las del cochero deben ir en el pescante y las de la dueña dentro del coche.

—¿Ves tú ruin carricoche? Hasta la *señorita* que viene de París y que tiene mangas anchas, te condena. Tú eres una plaga, como el plántago. Cállate tonel.

El *tonneau* enrojeció sus faroles de rabia y guardó *silencio*.

—¿Y se puede saber, señorita, preguntó el coche de trompa, a qué debemos el honor de tenerla a *Ud.* por aquí?

—A la crisis. Es bien corta mi respuesta. Vea Ud. Yo fuí encargada a París, y salí de la fábrica, modesta, pintada de un solo color y sin llantas de *goma*. Estaba destinada a un caballo. Llegué aquí y caí en una familia simpática y agradable. Comencé a circular por las calles. Yo que creí asombrar a todo el mundo en este rincón apartado, me encontré con que casi todas las victorias eran mejores que yo. Con esto sufría, me vino una erupción y se me descascaró el barniz. En seguida, me machucaba de una manera tan horrible en las piedras, que se me comenzaron a aflojar algunas tuercas. Varias veces

oí a la señora que le decía a su marido:—*Como* estás ganando tanto en las auríferas—¿por qué no le pones llantas de goma? Yo para reforzar el empeño, aprovechaba el momento para dar un tumbo feroz y hacer saltar al caballero. *Un día* se me llevó a una carrocería y se me colocaron las llantas. Poco tiempo después, y cuando yo me deslizaba suavemente por todas partes (—Ud. no sabe que delicia *es tener* llantas de goma!—) oí que la señora le decía a su marido: ya que estás ganando tanto en esas ganaderas, ¿por qué no haces arreglar la victoria para dos caballos?—Esta es la mía—dije yo—y comencé a hacerme la pesada para hacer trabajar al caballo y demostrar que necesitaba dos. Se me arregló para una pareja y pasé a un grado superior en la escala social de la *carrocería*. Poco tiempo después, la señora le dijo una tarde en el Parque a su marido:—Mira, hijito, tú estás ganando horriblemente en esas Llallaguas. Hazme el favor de satisfacerme *un capricho*: pongámosle un lacayo al coche, y hagámoslo pintar de nuevo. Dicho y hecho; gané dos cocheros con elegantes libreas, se me cambiaron los ojos, quiero decir, los faroles, y se me barnizó con verde, negro y un filete amarillo del peor gusto. Pero llamaba la atención; y a una parisiense nunca le desagrada llamar la atención.

Por ese tiempo vinieron unas *vacaciones* graciosísimas. Uno de mis cocheros, era antiguo sirviente de cierto loco, y éste le pedía que en la noche le

pusiera la victoria para ir al Parque. Noté que este loco tenía una familia tan enorme, que en treinta viajes, no fué nunca acompañado dos veces por una misma señora.

A la vuelta de vacaciones, oí una tarde que el caballero le decía a su mujer: Hija: las auríferas se han ido al suelo, y las ganaderas bajan. ¿Quitemos el lacayo del coche? Y el lacayo desapareció después de una débil resistencia. No habría pasado un mes, cuando el caballero le dijo a su mujer: Las ganaderas bajan mucho, y las Llallaguas parece que también bajarán. Todo esto no va bien: ¿quieres que volvamos a un solo caballo? Con gran dolor mío y de mi señora, volvimos a un solo caballo. No habría pasado mucho tiempo, cuando oí con terror que el caballero decía a su mujer: El Banco me cobra, ¿quieres tú que vendamos el coche? Y aquí me tiene Ud. vecino, lista para pasar a otras manos y seguir estas contingencias de la suerte.

—No se le dé nada, vecina. Las victorias están hechas para cambiar de dueño. Ud. sabe que ni Napoleón pudo encadenar la victoria. Pero consuélese Ud. pensando que un coche de trompa, que es el carruaje tradicional, el que nunca cambia de manos, el que está cuarenta años con una misma familia, ha sido ahora puesto en venta, porque también la fortuna de los dueños de coches de trompa, ha cambiado!

—Yo me resigno. Seré *una victoria vencida!*

—Sí—dijo con sorna el *tonneau*, y lo peor, es que le oí a Alcalde antes de que Ud., *vecina*, llegara aquí, que le iban a cambiar las ruedas por otras más ordinarias. Porque a Ud. la van a ofrecer a un *campesino*. Son los únicos que tienen dinero, ahora!

# PROCESIÓN DE PENITENTES

La lectura de un artículo sobre las procesiones de la Colonia y el espíritu religioso de la época, me dejó sumido en honda meditación. Cuando me dormí, las más horribles pesadillas se fueron sucediendo unas tras otras al rededor de esa famosa procesión de penitentes enmascarados que salían a media noche de la Merced, marchando a lo largo de las calles y azotándose hasta verter sangre y caer desfallecidos. De repente se apoderó de mi fantasía esa bizarra confusión que se produce en la escena de un teatro cuando se van a cambiar las decoraciones. Mientras veía subir una cantidad de cosas de la época actual, bajaban otras del pasado, y después de subir columnas y caer árboles, levantarse palacios y caer iglesias, todo quedó tranquilo, y se me presentó a la vista un Santiago vestido de blusa y sombrero hongo, pero donde asomaban el corbatín de an-

taño, las colas de los antiguos fraques y hasta la punta de un espadín.

Veía la ciudad a media luz, con esa media luz de las últimas horas de la noche, en que los focos se cansan y pestañean más seguido, o en que las empresas de gas y de electricidad escatiman alumbrado, pensando, razonablemente, que los únicos transeuntes de esas altas y tenebrosas horas, van alumbrados por dentro, y si tropiezan no es por falta de vista. La ciudad estaba silenciosa, porque hasta esas pavorosas escobas, que mueven la basura y el polvo de un punto a otro, habían paralizado en absoluto su trabajo. Tampoco se veían policiales, ni siquiera durmiendo, lo que no es de lamentar, ya que ni a los ángeles ni a los policiales los vemos jamás, pero les damos, sin embargo, el título de guardianes: a ellos, de nuestros cuerpos, y éstos, de nuestras propiedades. Con quien menos creía encontrarme en esa soledad, era con cierto redactor a quien estimo más hablado que escrito. Me invitó a echar un paseo hasta la Estación; encendimos, él un cigarro y yo un cigarrillo para marcar la jerarquía, y comenzamos a andar uno al lado del otro, sin mirarnos, sin hablarnos. ¿En qué pensaba él? En un editorial seguramente. ¿Y yo? En no leérselo, probablemente. De pronto, nos vino desde lejos, desde muy lejos, un ruido que al principio parecía de hojas secas, lo que me hizo decir a media voz: ¡Cómo arrecia el otoño! Mi compañero creyó que yo divagaba y ni siquiera

me miró. Pero el ruido fué acercándose, y ya parecía claramente la marcha de una gran muchedumbre, cuando le pregunté: ¿Qué ruido es ese?—Debe ser la procesión de los arrepentidos—me dijo.—Y yo me sonreí como hombre que acaba de leer sobre procesiones: ¡Qué antiguo está mi compañero! La procesión de los penitentes salía un siglo atrás; esta debe ser una evasión de reos, o ese famoso paso de los inmigrantes a la Argentina u otra cosa misteriosa.

Poco a poco, el ruido se fué acercando y vimos una larga fila de cucuruchos vestidos de choleta negra, que avanzaba, mientras pedían todos limosna en voz alta alargando sendas alcancías. Desde lejos parecían recitar la vieja fórmula: «para el santo entierro de Cristo y soledad de la Virgen», pero escuchándolo de cerca se entendía algo bien distinto: «para pagar los intereses que nos cobran, mientras suben algo los papeles». Las voces eran tan lastimeras que el corazón se oprimía; no sabemos si les ocurría igual cosa a los bolsillos. Seguía una larga fila de penitentes que se pegaban con un adoquín en el pecho. Iban descalzos, vestidos con una larga túnica y con el rostro tapado por una careta negra. Cuatro o cinco cuadras llenas de lado a lado, mostraban una masa compacta de penitentes en que cada cual, al pegarse en el pecho, le pegaba al de adelante en la espalda, y así todos hacían penitencia por delante y por detrás. Por todas las apariencias, estos arrepentidos, que iban siguiendo inmediatamente a los

cucuruchos, debían ser los damnificados de las acciones y papeles de Bolsa.

Yo me sentía conmovido; pero noté que mi compañero comenzaba a reirse.—¿De qué se ríe usted? —le pregunté en voz baja.—¡De que los voy conociendo! Los cucuruchos son corredores de la calle de Bandera. Yo los conozco hasta en el modo de andar, porque pasan a cada instante frente a la imprenta. De estos arrepentidos que van pasando reconozco a varios también. ¿Ve usted ese alto, grueso, que se balancea algo al andar? ¿Ve el otro que lo sigue, bajo, delgado, parsimonioso? ¿Sabe de qué están haciendo penitencia? ¡De haber sido amigos! ¡De haber andado juntos en la política! Vea usted cómo se menudean los adoquinazos en el pecho! ¡De buena gana se los tirarían por la cabeza! ¿Ve usted esta manada de penitentes que van llorando fuerte? Son los actuales accionistas de las diversas sociedades. ¿Ve esos que vienen por la acera en calidad de mirones y que se sonrien suavemente? ¡Son los que le metieron a éstos sus acciones cuando estaban en plena alza!

—Pero, ¿qué es esto?—pregunté yo al ver que también pasaba Manuel Rodríguez. ¿De qué está arrepentido éste?...

—De haber dicho: «Aun tenemos patria, ciudadados»! Hoy no lo cree!.

—¿Y éste que viene pegándose con un tintero en la cabeza?

—¡Es un colega!

—¡Ah, ya! ¿Que estará arrepentido de haber sido ave de mal agüero?

—Nó, señor; de no haber tenido bastante fe en sus propias predicciones y especulado un poco a la baja. Sería dueño de todo el país, desde la quebrada de Camarones hasta la Angostura!

Pero luego unos gritos muy agudos de ¡perdón! ¡perdón! se dejaron oir. Era una buena parte del Congreso, y los Ministros también, que venían dándose golpes con el *déficit*, en el estómago. Algunos se pegaban también con adoquines y uno se reconocía tan culpable y quería hacer tal penitencia, que se pegaba en el pecho con la cabeza de uno de sus mismos colegas.

Pasaron los penitentes y vimos entonces que comenzaba a levantarse de la línea de los tranvías una serie de fantasmas, de los cuales unos iban sin brazos, otros sin piernas y otros sin cabeza, y que seguían a los arrepentidos como una extraordinaria escolta. Esta procesión de amputados ocupaba más de diez cuadras completamente llenas, y todos ellos iban mirando con recelo a la línea, como si todavía les quedara algo que los tranvías pudieran cortarles.

En este momento le dije a mi compañero:—Entremos a la procesión. ¡Seamos humildes! Cada uno de nosotros debe tener algo de qué arrepentirse. ¡Vamos!—No, señor!—me dijo él con relativa jovia-

lidad—si cada vez que me arrepiento de lo que escribo tuviera que salir a pegarme con adoquines, ni habría ya adoquines en su lugar, ni yo tendría dónde pegarme!

Cuando desandando lo andado y dando la espalda a los procesionantes, volvíamos camino del hogar, una cantidad de bultos extraños vimos cruzar en todas direcciones por las calles. Eran vehículos forrados con una especie de mortaja de brin, y no se podía distinguir una victoria de un automóvil, porque todos se movían sin caballos, ni cocheros y en perfecto silencio.—¿Sabe usted lo que es esto, mi amigo?— me decía el compañero tan perfectamente informado sobre todo—son los coches comprados y no pagados, que a esta hora penan.—Son palabras de amor que no te he dicho!—repetí yo sin saber lo que decía, y parodiando a un poeta.—¿Con que los coches comprados y no pagados? ¿Y por qué van forrados?—Esa es la funda, amigo, esa es la funda que ojalá no se le hubiera alcanzado a quitar a tanta cosa comprada!

# CALAMIDADES Y EXPLOSIONES

Señor Director: Había callado durante cuatro días, porque comenzaba a preparar un libro sensacional, que había pensado titular *Catálogo de los ladrones, prevaricadores y malvados del país.* Como usted sabe, señor Director, cada día descubrimos aquí un ladrón nuevo, un ladrón fresco; y es menester ordenarlos, describirlos y clasificarlos todos para que sea posible una fácil consulta. Durante estos cuatro días de silencio, tomé de los diarios y de los decires de clubs, una lista de hombres conocidos y apreciables, sindicados de hurto, robo, estafa, escalamiento y abigeato. La comencé a colocar por orden alfabético y con sus domicilios, y fuí después agregando lo que la gente de mi conocimiento me aconsejaba agregar. En esto estaba, cuando un hombre práctico entró a mi oficina, hojeó los papeles y borradores, y comenzó a lanzar

exclamaciones, que tanto parecían de sorpresa como de indignación: «¡Cómo pierdes el tiempo! No tendrás cómo pagarme el consejo que voy a darte. Toma el guía general de Chile y borra en las listas de direcciones aquellas personas de quienes nada hayas oído decir y tendrás el catálogo hecho en pocas horas. En seguida, los nombres tarjados los pones en otro libro y lo titulas: *Futuros ladrones.*

Me puse en campaña, tarjé trescientos nombres en el Guía General, y me preparaba a entregarlo a la imprenta, cuando otro hombre práctico me dijo: «Poco patriótico es lo que vas a hacer. Si esta lista de veinte mil nombres es de verdaderos ladrones, este país es una colonia penal, y tanto da que lleven a los pobladores del presidio a la isla de *Más Afuera,* o que los suelten en los alrededores del Club de la Unión. Si es una lista de acusados, es mejor que te calles». Sin documentos para replicar a este raciocinio eché al fuego mi obra sensacional. Hé aquí cuatro días perdidos, señor Director.

Aun las llamas lamían mi Catálogo inédito de ladrones presentes y futuros, cuando un ruido espantoso me hizo correr como loco, buscando una puerta para salir a la calle.

—¡Dios mío! ¡Otro terremoto!—gritaba.—¿Dónde va a parar el cambio? ¿Cuánto papel moneda se va a emitir? ¿Cuál será ahora la ciudad destruída? ¿O resultará con este cataclismo que se compondrá todo lo descompuesto por el otro, así como un cla-

vo saca otro clavo? Pero luego, al ver que las lámparas, esos seismógrafos espontáneos y domésticos no se movían, creímos que se trataba sólo de un ruido subterráneo, de una especie de fúnebre anuncio de mayores catástrofes. Antes de poco, la palabra *¡explosión!* estaba en boca de todos, pero, ¿qué cosa había hecho explosión? Pensé en que al comenzar la crisis dijimos en los diarios dogmáticamente, con don Zorobabel Rodríguez, que toda crisis tenía tres períodos, de preparación, inflación y explosión. ¡Eso era! Había hecho explosión todo lo que quedaba sin reventar. Desde el día siguiente, vida nueva y comenzar a preparar la crisis nueva. Pero antes de pensar si lo que había producido tan horrible estallido, era la explosión de la vanidad de éste, de la ambición de aquél o del odio del de más allá, la verdadera noticia llegó: ¡los polvorines de Batuco!

Tengo para mí, señor Director, que antes de poco el puente de Maipo ha de hundirse, que en seguida Valparaíso ha de inundarse, que la peste viruela estallará en Santiago y que, para remate, se hundirá algun buque de la Escuadra y se abrirá el Congreso Nacional. «Cuando el año está de piojos, hasta del cielo caen», dice un proverbio popular, y ¡vaya con la piojera del país, señor mío!

Vea usted, señor Director. No acostumbro hacer confidencias; pero volados los polvorines y por volar tantas otras cosas en Chile, he resuelto abandonar toda reserva, es decir, he resuelto estallar

también. Desde que comenzaron los movimientos de tierra en Chile, de los cuales el primero echó al suelo a Valparaíso, el segundo dió en tierra con el cambio y el tercero con el precio de las acciones, tengo para mayor comodidad, mi cabeza dividida—mentalmente, se entiende—en casillas diferentes. En la casilla tal, tengo el papel en que me cobran cuota; en la otra, el que ni cobra, ni paga, ni resuella; en la de más allá, lo que debo; en la del lado, lo que me deben. Cada vez que una de estas cosas se pone mala, pésima, sin remedio, doy vueltas una llave y cierro una casilla. Pero resulta, señor mío, que hoy tengo cerradas todas mis casillas, y no hallo qué hacer.

Un doctor, con quien mantengo extrañas relaciones, digo extrañas porque él habla conmigo y no me cobra, y yo hablo con él y no me enfermo, cree que todos los crímenes que se cometen provienen del mal funcionamiento del estómago. Si se lo permitieran, mi amigo echaría a la calle a toda la población carcelaria, después de repartir sendos purgantes a los presos. No es raro, pues, este mal humor que acomete hoy día a nuestros compatriotas, ni esta maledicencia general que, a ser artículo de exportación, ella sola haría subir el cambio. Según aquella teoría médica, no es raro que nos inclinemos a ver en cada semejante un ladrón. Se nos han indigestado las calamidades, las ruinas, los errores, las mentiras. ¡Y ahora el polvorín!

Y lo peor, señor Director, es lo inútil de tratar de hablar otras cosas que no sea de estas ruinas y de estas explosiones, de estas desilusiones y de estas bancarrotas. Así como en esa gruta famosa que se llama *del perro,* porque tiene sobre el piso una capa de ácido carbónico, donde cada perro que entra se desvanece y se envenena, así no podemos salir en Santiago de la gruesa capa de aire viciado que no nos deja ni ver ni respirar. Aunque un diálogo principie ideal y poético, remata en la deuda del banco y en la pérdida de éstas o de aquellas acciones. Hace poco llegamos hasta uno de esos rincones tibios y silenciosos, donde no llegan los ruidos callejeros, donde el piano abre su enorme ala y dos manos albas de mujer recorren el teclado.

—Señora, ¿qué toca usted? ¿Qué es esa mezcla sentimental y tierna, melancólica y apasionada? ¿Es una romanza sin palabras, canción de despedida o serenata de amor, que hace pensar en Chopin y sus dolores?

—Es la *Romanza* de Tchaïkowsky.

—Los cablegramas dicen que está encerrado en la fortaleza de Pedro y Pablo.

—Como Stoessel que acaba de entrar.

—¡Como él! Con la diferencia que el músico puede soñar en los rincones amorosos y tibios como éste y si tiene fantasía, se figurará que mientras compone sus polonesas nostálgicas, un millón de manos blancas y delicadas como éstas que lo inter-

pretan ahora, se posan sobre sus manos macilentas y sobre su frente cansada.

—¡Es figurarse!

—Será un alivio. ¿Pero Stoessel? ¿En qué puede pensar que no lo torture? ¿En el enemigo que lo venció o en la patria que lo infama y lo deshonra? ¡Cuánto no darían ahora los suyos porque durante la guerra hubiera llegado a la puerta del hogar el caballo vacío, del héroe muerto! Esa era la gloria; esto de ahora es la vergüenza. Pero dejemos las cosas amargas.

—Por el contrario. Hoy me consuelan. Hasta hace diez minutos me creía el sér más desgraciado; pero ahora reconozco que era una loca. Mi marido acaba de hacerme una escena. No ha querido que compre un sombrero caro, por primera vez desde que nos casamos. Me ha hablado de negocios, del Banco, de la crisis. ¡Esta crisis, Dios mío! ¿No va a acabar nunca? Me parece que es un largo túnel, un túnel eterno, por donde vamos atravesando muy despacio; de repente se ve alguna claridad al través de la ventanilla y parece que vamos ya a salir; pero después vuelve a obscurecerse todo.

Y mientras salíamos, pensábamos, señor Director, que el único consuelo que nos asiste es que nada de esto es nuevo. Viejas como el mundo son las crisis, las prisiones injustas y las explosiones de los polvorines. Tampoco es nuevo que la mujer pida y el marido niegue. Una antiquísima copla española decía:

—Marido, así os guarde Dios,
compradme una saboyana,
pues las otras tienen dos.
—Ten en la memoria y seso
que por sostener tu estado
estuve tres meses preso.

De usted, señor Director.

# CHUNCHO DESCHUNCHADO

Cuentan que viajaba en un vapor un loro. A medio camino estalló un temporal y cayó un hombre al agua. El loro gritó alegremente desde la jaula:—*¡Se fregó!* A poco más andar se encresparon mucho más las olas y al barrer la cubierta se llevaron dos tripulantes. El loro gritó desde su jaula con la misma indiferencia:—*¡Se fregaron!* Siguió la danza; el barcó comenzó a hacer agua y se hundió. El loro chilló entonces desde su jaula: *¡Nos fregamos!*

Un simpático y antiguo colega ha querido tomar para sí el fúnebre título de chuncho. Dijo que las acciones iban a bajar y bajaron. Anunció que la gente iba a empobrecerse, y se empobreció. Vaticinó finalmente el sábado que el sistema reintegrativo de la tienda Pío IX era una estafa, y resultó realmente una estafa. Entonces el colega alzándose sobre la copa del quillay desde donde lanzaba su

canto de mal agüero, ha dicho con satisfacción: *Hemos sido chunchos, buenos y legítimos chunchos.*

Se comprende que un hombre sea bastante conocedor, perspicaz y hasta algo pesimista para acertar en una mala profecía. Pero no se comprende que diga satisfecho: *¿No lo decía yo? Tenía que morirse. Soy un chuncho de fina sangre.*

El colega realmente ha sido un chuncho sin pudor, jactancioso. ¡Cuánto mejor sería que simplemente hubiera adoptado el papel del loro durante el temporal!

Pero hoy día—es decir, ayer domingo,—el chuncho amaneció *deschunchado;* miró hacia todas partes, y todo lo vió demasiado negro. Comprendió que, a fuerza de cantar la diaria sentencia de muerte, los tres millones de habitantes del país se habían convertido ya en otros tantos chunchos, y que cuando él decía: *vamos mal!* los otros replicaban: Vengan ataudes!

Entonces el chuncho se irguió, aleteó como un gallo de arboleda, y entonó este graznido consolador:

«Señores, no es para tanto! Anímense ustedes un poco. Creo que se han pasado al otro lado pensando que ya no hay otra esperanza que la de la resurrección de la carne y la vida perdurable, amén; pero no, señores, aun queda algo. Y agrega textualmente:

«No es cuerda la voz corriente de muchos que,

por pérdidas o situaciones que casi siempre deberían imputar sólo a su propia imprudencia, repiten «que no quieren oir hablar más de papeles». Hay que continuar oyendo hablar de papeles: eso sí, de buenos papeles, y comprados en buenas condiciones.

«Los bajos precios de muchas inversiones mobiliarias deben también estimular el ahorro. Pequeños ahorros bien colocados, pueden equivaler más tarde a ahorros mayores. No olvidemos tampoco que los pesos de nueve peniques que pudiéramos economizar hoy, si concluye por prevalecer una buena política económica en los poderes públicos, serán pesos de valor real doble en tiempo no lejano.

«Ojalá que la dura situación presente del mercado de valores mobiliarios, empezara a reaccionar con firmeza, aunque sea con lentitud, gracias a una extensión del espíritu de ahorro en el país.»

Cuando Lázaro, muerto ya y mal oliente, oyó que le dijeron *Levántate y anda!* Se levantó y anduvo. Pero era Cristo quien se lo había ordenado!

¿Qué haremos nosotros ahora ante este grito del colega que nos dice: Invertid! ¡Invertir! ¿Y qué invertimos? dirán muchos.

Y acordándose de aquella escena en que el dueño de casa ofrece asiento al recién llegado y éste, después de buscar una silla y no encontrar ninguna, contesta: *Estoy bien de pie, gracias,* replicarán: *Ya*

*hemos invertido, gracias.* Que en verso viene a ser lo que dijo Becquer:

¿Te embarcas? gritaban, y yo sonriendo
Les dije al pasar:
A tiempo lo hice; por cierto que aun tengo
La ropa en la playa tendida a secar.

Los que no teniendo ya nada que hacer habían abrazado la profesión de chunchos contemplativos, bajo la autoridad del colega, que era chuncho activo, con acción de guerra, se sienten ahora desconcertados con esta deserción inesperada del jefe.

—¿Qué hacemos? dicen. Ya no hay muertes que vaticinar, porque todo ha muerto, y hasta el Sumo Chuncho, en cuya disciplina nos habíamos alistado, anuncia ahora un *fiat lux*. «¿Será cierto que va a amanecer? Volemos a meternos bajo la cornisa».

Aquel ejemplo de la gramática: «Señor, muerto está: tarde llegamos», que con mala puntuación y acentuación defectuosa leía un distraído: «Señor muerto: esta tarde llegamos», se ha realizado ahora. El chuncho se ha deschunchado tarde. Ganas tenemos de cantar también. Mientras no se coloque al señor Pichardo, el jefe de la casa Pío IX, en el Ministerio de Hacienda, seguiremos con el agua al cuello. El sistema reintegrativo parece el único remedio de lo que no tiene remedio.

# COMO EL PAÍS...

Un colega, a quien podría de cuando en cuando aplicársele sin lisonja el *mens sana in corpore sano,* y por cuya penetración,—más ocupada en la pesquisa del mal que en el reconocimiento del bien,—debemos la temprana muerte del sistema reintegrativo, dice ayer textualmente lo que sigue, a propósito de los incidentes del cónsul de Chile en Chiclayo:

«Nosotros creemos que, siendo Chile un país que paga sus deudas, que no atropella derechos ajenos, que mantiene correctas y caballerosas relaciones con sus vecinos, tiene el derecho de exigir que sus representantes sean—lo menos que pueden ser,—como el país.»

Es una nueva teoría inventada por el colega, no sabemos si en buena o mala hora. Porque, por una parte, desarrolla, estimula y fortifica el patriotismo, y

por otra parte lo daña. Es decir, seguramente, son hombres patriotas los que pretenden ser como su país; pero al país no le conviene que sus habitantes sean como él. Si uno quiere a su patria sobre todos los demás países de la tierra, es natural que imitándola crea rendirle el mejor de los homenajes. Será, pues, un gran elogio, a primera vista, que a un representante se le diga: «Usted se parece mucho a su país. Verlo a usted es ver a Chile».

Conviene entrar a examinar en su detalle y en sus aplicaciones la hermosa teoría del colega, no sea que, como el sistema reintegrativo prometa mucho y cumpla poco. Naturalmente, la semejanza al país debe ser una semejanza moral, y aunque el colega no lo dice, es seguro que estamos de acuerdo. Porque,—me digo yo,—no sería posible exigir que todo representante de Chile sea largo y angosto de figura, y además, áspero y montañoso por la derecha y húmedo por la izquierda. Si se tratara de una semejanza física, ya nos ponemos en el caso de un animado diálogo entre el Ministro del ramo y alguno de los cónsules:

—Me dicen que usted tiene cobros judiciales...

—En parte es exacto, señor Ministro; debo mi sombrero de copa y no lo he pagado. Imito a mi país cuya parte más alta, Tacna y Arica está en litigio...

—Si, señor; pero las provincias son nuestras.

—Vea usted! Es exactamente lo que yo digo de

mi sombrero; que es mío. Pero el sombrerero se obstina en cobrarme su valor, y a pesar de que yo le digo que ésta será materia de conferencias y protocolos ulteriores, me demanda ahora judicialmente.

—Además, me aseguran que usted se ha permitido extravagancias de mal gusto en su manera de vestir.

—No lo crea usted, señor Ministro. Para contentar a un diario que ha dicho que los representantes de un país en el extranjero deben, por lo menos, parecerse a su país, uso los pantalones cortos y no me pongo calcetines. De esta manera, mis zapatos vienen a ser lo que Punta Arenas, quedan absolutamente aislados del resto del cuerpo. Además, me he vestido de brin, excepto una faja de seda bordada con oro, que me he puesto en la cintura, y que representa a la capital, donde el Gobierno gasta más que en el resto. Cuando se haga el puerto de Valparaíso, me amarraré una bolsa con libras esterlinas a la cadena del reloj, descuide usted.

Como se ve, y esto, seguramente, en compañía del colega, no es posible que su teoría se extienda a la parte física del representante. A este mismo no le agradaría que, a manera de elogio cortés, galantería o lo que fuere, exclamaran sus visitas: ¡«Cómo imita usted a Chile! Tiene usted el mismo olor que se respira en Santiago por las tardes». Abandonemos, pues, en absoluto este capítulo y vamos al otro:

—Señor cónsul, *usted tiene deudas.*

—Señor Ministro, no lo niego. Existiendo en Chile la prisión por delitos *electorales, y no la* prisión por deudas, y jactándose tanta gente de sus fraudes en las elecciones, yo me jacto de *mis deu*das. Además, mi país, en cuya imitación me formo, también las tiene.

—Pero al país no se las cobran.

—Eso no depende de mí, señor Ministro, sino de la mayor o menor impaciencia de los acreedores.

—Pero el país sirve anualmente los intereses...

—¡Si eso lo hago yo también! Y no sólo anualmente, sino, además, trimestralmente; pero lo que *pasa es que no* se contentan con los intereses, sino que me reclaman el capital. ¡Y vaya usted a encontrarlo *en esta obscuridad* de ahora!

—Pero no es conveniente vivir de deudas.

—Esto es más *relativo de lo* que usted se figura, señor Ministro. Se ha dicho que el país que tantos males ha sufrido, debe endeudarse y hacer pagar las deudas a las generaciones futuras. Yo me digo lo mismo: ¡qué pagen los hijos! ¿No es verdad? Cada vez que puedo comprar algo contrayendo una deuda, lo prefiero, para no recargar mi presupuesto ordinario.

Como no se escapará a la penetración del colega, se restringe sobremanera esta semejanza que según su teoría debe existir entre el país y su representan-

te. Todo desorden o mala vida resultaría más o menos explicado en esta forma.

—Yo, señor, he sido en mi primera edad pobre, pero al mismo tiempo modelo de honradez, orden y buena conducta. Mi crédito era verdaderamente extraordinario. Pero, de la noche a la mañana, gané un pleito, me encontré rico y comencé a malgastar. A todo el mundo le daba papelitos que decían: «Páguese a don Fulano tantos pesos en tal fecha». Como no desembolsaba las monedas, creía no gastar. Hoy día se me vienen encima los acreedores, gritando que soy tramposo. Y no es ésto; yo postergo la fecha de la cancelación, la iré postergando, es cierto, hasta que me lo toleren. El país hace lo mismo con la conversión, y nadie lo llama tramposo. «Las deudas viejas no las pago y las nuevas las dejo envejecerse». Además, yo también he tenido mi terremoto en forma de un horrible cólico miserere, y aunque los médicos me dicen que todas mis fuentes de producción están intactas, me encuentro más pobre que antes.

—Pero es que todo el mundo dice que, en vez de trabajar, usted se pasa las horas muertas tocando el piano.

—Oiga, señor. Esto de hacer música es como hacer política; es un vicio; pero no se puede prescindir de él.

Opino, colega, que podemos seguir ambos queriendo mucho a nuestra patria, y pedir, sin embargo, que se destituya a todo empleado que trate de

imitarla... y lo consiga. En esta materia, es conveniente, como principio general, que los hombres imiten a los hombres y no a los países. Pero si usted se empeña en que cada empleado tome un patrón o modelo, no del *Año cristiano,* sino de la geografía, escojamos a Inglaterra, colega. Sin meterme en honduras, le diré que en la cuenta de entradas de la gran nación hay una partidita que se llama *conscience money*, en que figuran gruesas sumas devueltas por el público al Estado, porque a éste le pertenecen. El que ha pagado menos contribución, el que ocultó valores para escatimar impuestos, va y entrega después, sin descubrir su nombre, lo que sin derecho ha retenido, engrosando esa honrosa partida para una raza del *dinero de conciencia.*

Si nos entrara aquí esta conciencia; colega, ¡qué arcas, qué arcones, qué bodega, qué corrales, qué territorios se necesitarían para acumular dinero, animales, tierras y casas que son del Estado y no están en su poder!

¡Cómo pagaríamos la deuda externa! Haríamos, además, el puerto de Valparaíso, le pondríamos baldosas a todo el desierto de Atacama y repartiríamos un dividendo de mil pesos por cabeza a todos los habitantes del país e islas adyacentes!

Pero no veremos eso. El Fisco es como la piedra de sal que se pone en el corral de las ovejas. Lamido va, lamido viene, se va redondeando y puliendo. Es salado, pero costea.

# COSAS PREHISTÓRICAS

Como la momia de Chuquicamata y las onzas de Quillota, el *plesiosaurus* de la Quiriquina guarda obstinado silencio. Él ha conocido al chileno prehistórico, a ese poderoso gigante, hercúleo y belicoso, que podía decir, tendido perezosamente en el bosque: «Ensíllenme mi mastodonte tordillo» o «quiero que me den en la comida un plesiosaurus a la mantequilla negra», o caminando al través de las selvas, podía saludar al orangután que saltaba de árbol en árbol, diciéndole: «¡Adiós, primo! Es necesario instruirse. ¡Nosotros nos preocupamos del pueblo»!

Y, sin embargo, ¡qué gran indiferencia ha recibido la aparición del magnífico espinazo de este monstruo del Chile antidiluviano, que cruzó el mar, en su época, desde Talcahuano a Valparaíso, con idéntica majestad que un acorazado! La misma criminal despreocupación recibió hace años las caderas encon-

tradas en Punta Arenas y que pertenecían al milodón, colosal paquidermo que cruzaba el territorio hasta las provincias cautivas, con el lujo solemne con que cruzará más tarde el *Pullman* sobre los rieles del longitudinal. Todo esto prueba que a nadie interesa la magnífica vida prehistórica, esa incomparable época en que Chile era un gran bosque, en que las clases dirigentes las componían dos o tres gigantes velludos, y el proletariado, una nube de monos que se alimentaban alegremente con nueces y avellanas, en que nada se exportaba ni se importaba, y en que no había más congresos que el de abejas, para hacer sus panales.

Después de ver las enormes aletas y el colosal espinazo del *plesiosaurus,* y en general los esqueletos gigantes de todos los monstruos antediluvianos, debe inspirarnos profundo respeto ese chileno primitivo que llevaba el pecho desnudo, una piel de león amarrada a la cintura y un tronco de alerce en la mano.

Poco más o menos andaba vestido el argentino prehistórico, con la diferencia que ya cantaba *vidalitas* y tomaba mate en colosal cántaro de greda, sirviéndose como bombillas, de troncos ahuecados.

Indudablemente, estos dos hombres se miraban de reojo, no por cuestiones de límites, sino por aquellas mismas que motivaron en la naciente Roma el rapto de las Sabinas. Como el hombre del otro lado cantaba a la guitarra y el de acá gruñía

solamente, la única mujer prehistórica que había en la América del Sur se pasó a Mendoza. Pero cansado, por fin, el chileno de su soledad, se la trajo de guerra, con relativa indiferencia del reino animal, y una absoluta insensibilidad de parte de los reinos vegetal y mineral, únicos partidos políticos de entonces.

Se trata, pues, de una Eva común—una Eva de tercer o cuarto orden, una especie de Eva Canel—que es la madre de todos los pobladores que hubo desde el Pacífico al Atlántico. Poco después de estos sucesos, un terremoto hizo una serie de arrugas en el territorio, y separó con una cordillera una parte de la otra. Este proyecto de cordillera libre, que va a ser pronto un tratado, trae su origen de aquellos tiempos en que se pasaba de un lado a otro sin levantar la pierna.

Durante algún tiempo, el chileno prehistórico se ocupó en hacer rodeos y apartaduras de los mastodontes de silla, aplicándoles la marca, que aun no era una estrella solitaria. Instaló, asimismo, una lechería de ballenas, cerca de la costa. No alcanzó a hacerse la primera trilla, que habría sido estupenda, porque el cielo comenzó a encapotarse y a amenazar lluvia.

No tardaba en venir el diluvio, y cuando a los primeros goterones, el chileno prehistórico quiso salir a sus tareas diarias, su mujer le decía con la prudencia que siempre ha sido patrimonio de las mujeres:

—No salgas sin paraguas.

Pero él respondió con la suficiencia que siempre ha sido patrimonio de los hombres:

—Será un chubasco.

Como se sabe, el agua subió quince codos sobre el nivel de las más altas montañas, y no cesó de caer durante cuarenta días y cuarenta noches. La mujer no pudo decir a su marido: *¿no te decía yo?* como es de costumbre, porque con paraguas o sin paraguas todos habrían sucumbido como sucumbieron. Nadie estaba en el secreto, no se hizo arca y no quedó de aquella época risueña sino las caderas del mastodonte en Punta Arenas y el espinazo del plesiosaurus en la Quiriquina.

Es, pues, falso que haya en Santiago, ya sea en el Senado, ya en cualquiera otra corporación, caballeros de la época antediluviana, como ligeramente ha podido creerse.

Los pobladores actuales descendemos de Sem, hijo de Noé, que pobló el Asia y envió a algunos de sus hijos por el estrecho de Behring, que entonces no era estrecho, sino puente; y de Jafet, hijo, asimismo, de Noé, que pobló la Europa, y después de muchos años uno de sus descendientes nos descubrió.

Explicaciones engorrosas que me habrían evitado los simpáticos facultativos que fueron a auscultar el espinazo del *plesiosaurus* a la Quiriquina, si lo hubieran acompañado al Museo, con su *pedigree* correspondiente.

# PÁRRAFOS SANTIAGUINOS

Siempre que entro a cualquiera de nuestros clubs u oficinas públicas, o Bancos o sitios en que se reune público y yo con él, y veo al pie de cada silla, al lado de cada mesa, vecino a cada persona un recipiente de metal o de loza vidriada, me pregunto: ¿en todas partes del mundo, como en Chile, cada hombre necesita que lo siga por todas partes, como su propia sombra, una salivera ambulante?

El extranjero que entra «a nuestra primera institución», anda durante un tiempo tropezando o disparando con el pie estos tiestos, que seguramente no está acostumbrado a encontrar sobre el pavimento.

Los salones de las casas chilenas ostentan generalmente, alineadas bajo el sofá, dos o tres hermosas saliveras de cristal, rojo, azul o verde. Hemos visto algunas vetadas, muy bonitas. Todas ellas pa-

recen anticiparse a los dueños de casa para decir amablemente a las visitas: ¡Escupan ustedes! La alfombra no sufrirá, y nosotras no nos ofenderemos.

Tan popular es en Chile este recipiente, que se han hecho sobre él numerosas frases de ingenio. Nadie ignora aquella definición: «es un tiesto al rededor del cual se escupe», y aquella frase del hombre de campo, al cual, cada vez que hacía ademán de salivar, le acercaban a sus pies el recipiente, hasta que al fin exclamó impacientado: «No me estén toreando con el florerito, porque voy a salir escupiéndolo».

Algún veterano con carraspera se preguntará indignado: ¿y qué hacemos? A lo que contestaré: no salivar! Si no andamos rodeados de todos los recipientes que nuestra flaca naturaleza necesita, es porque nos hemos acostumbrado a vencerla y ordenarla. Venzamos y ordenemos la saliva. El que está enfermo se exceptúa. En todo caso ¡oh veterano recalcitrante! haremos votos porque la nueva generación que se levanta necesite menos saliveras en su camino.

Si en Chile, como en España, hubiera nobles con el título de *grandes*, el privilegio no sería hablarle con sombrero puesto al Soberano, lo que ya es una mala educación, sino escupir en su presencia, y no *en*, sino *al rededor* del tiesto consabido.

Debe tratarse de un mal propio del país, ya que el que busca el letrero de una calle no encuentra en

Santiago otra cosa que un lujoso cartel de fierro con porcelana, que nos *ruega* no escupir en el suelo, a nombre de la Liga contra la Tuberculosis. Y para salir al través de la imperiosa necesidad, se colocaron en la Estación de los Ferrocarriles unos floreros sobre pedestales de fierro, excitantes de la curiosidad de las señoritas extranjeras, porque siempre corren a verlos de cerca, creyendo que se trata de redomas para pescaditos de colores.

Me excusarán mis lectores el tema elegido; pero nuestra común molestia quedará compensada si las importaciones de saliveras a Chile se reducen al 50 por ciento.

No hay ninguna duda de que los hombres considerados más amables en la conversación, son aquellos que nos hablan de nuestros propios asuntos; siguen en orden descendente los que se callan y nos dejan contar lo que nos interesa, y cierran, por último, la marcha los que nos obligan siempre a escuchar sus negocios y no nos dejan meter palabra sobre los nuestros.

Pero del capítulo de los primeros conviene borrar a aquellas personas que, por interesarse demasiado en las cosas de los demás, provocan siempre diálogos de esta especie:

—¿Qué se ha hecho usted en esa mano?

—Un tajo.

—¿Con qué?

—Con un cortaplumas.

—¿Y qué estaba haciendo usted?

—Sacándole punta a un lápiz.

—Debe usted tener más cuidado en adelante.

—Voy a tenerlo.

—¿Y qué se ha puesto usted ahí?

—Arnica.

—Malo. Se le enconará a usted hoy; esta noche tendrá fiebre; mañana tendrá que operarse. ¡Qué me cuenta usted a mí de tajos!

Y en seguida vienen los consejos y los *casos* análogos:

Use usted el lisol, es un remedio nuevo. Fulano, que se acaba de cortar con un vidrio, está ya bueno.

Un conocido cajero de Banco, que conoce bien su público, se dió un golpe un domingo mientras estaba de paseo, y se hizo una magulladura en la nariz. Pensó con razón que al despachar al día siguiente a su clientela, todo el mundo iba a hacerle las preguntas consabidas: ¿Qué tiene usted ahí? ¿Cómo se hizo eso? ¿Por qué no tuvo usted más cuidado? etc., etc. Y no sintiéndose con fuerzas para soportar durante dos o tres días la eterna repetición de los diálogos, resolvió escribir a máquina en un papel la siguiente *Relación:*

«¿Se extraña usted de ver mi nariz en mal estado? Voy a contar a usted brevemente lo ocurrido. Es-

taba ayer en la quinta de mi tía, en Ñuñoa, y traté de subir, por mal de mis pecados, a un peral. ¿Para qué? Simplemente para bajar peras. Pero con tan mala suerte lo hice, que se desprendió una rama y caí al suelo, maltratándome en la forma que usted ve. El médico me aplicó un remedio, que él y yo consideramos bastante. Agradezco a usted su atención, y le ruego no me indique ningún otro, porque no lo necesito.»

Cuando llegaba a la ventanilla un cliente y le decía:

—¿Puede pagarme este chequecito, don Fulano? Él recibía el cheque y pasaba su relación, en la cual el interesado se absorbía mientras él contaba los billetes.

Pues bien: el 60% de los lectores, después de devolver el papel, creían ser amables agregando:

—¿Y se puede saber qué remedio es el que le han aplicado?

A lo que el cajero respondía anonadado:

—Nó, señor; es un secreto.

Este interés amable suele manifestarse en otras formas no menos incómodas. Uno tiene una pequeña mancha de barro en el sombrero. La persona con quien se habla clava sus dos ojos en la mancha, hipnotizada por la idea de avisárselo apenas deje uno la palabra. No oye, no atiende, no mira otra cosa que la mancha.

Otras veces supone que el amigo o conocido con

quien habla, ignora que tiene un botón suelto, o el lazo de la corbata mal anudado, o el prendedor más bajo o más alto que lo que la costumbre aconseja, y corre tras él para hacerle la advertencia.

—Gracias, gracias, gracias, amables transeuntes!

Todos estos son excesos de interés. En este caso, como en otros muchos: *in medio consistit virtus.*

Hay que ser benévolos con estas pequeñeces, porque la carta fundamental de la buena educación general en Sud-América reside en el libro de Carreño, que prohibe muy pocas cosas fuera de estas dos:

1.º No entrar a caballo al interior de las casas ajenas cuando se va de visita, excepto los médicos; y

2.º No limpiarse la boca con la miga del pan, en la mesa.

# SENTIDO COMERCIAL

Así como se tienen los sentidos corporales de la vista, del oído, del olfato, del gusto y del tacto, se tiene este otro sentido del comercio. En general, a los chilenos nos hace falta desarrollarlo un poco. Sabemos vender el trigo, los animales, y nada más. El comercio de abarrotes es italiano; el de trapos, español; el de lencería fina, sedas y encajes, francés; el de joyas, alemán. Los escasos negocios chilenos que se ven en el barrio central son aquellos en que se venden naranjas, piñas, loros y cocos de Panamá.

Mis lectores saben perfectamente, y por propia experiencia, que en los campos es difícil comprar huevos, legumbres o flores. La gente que vive lejos de las ciudades, no sabe vender, y el comprador se ve obligado a dar dos o tres veces el precio de las cosas, temiendo defraudar las esperanzas del que vende. En aquellos puntos en que el ferrocarril no

ha desarrollado esas pequeñas ferias regionales de sus estaciones, donde las muchachas llegan a ofrecer a los pasajeros canastos de frutas, quesos y pejerreyes o ramos de flores, se ignora casi en absoluto que aquello que crece al lado de la casa pobre, escasa y miserable a veces, puede cambiarse por dinero. En gran embarazo se encontraba hace poco una mujer que lavaba su ropa a la sombra de una higuera, cuando, deteniéndonos con otras personas en el camino, le gritamos:

—¿Puede vendernos algunas brevas, señora?

—Saque, señor, las que quiera.

—Usted no nos ha entendido, señora. No queremos sacar, sino comprar.

—Yo no sé bajar brevas, señor. Ahora no hay aquí nadie que baje. Cuando se caen, las recogemos. Son los niños los que se las comen... y los pájaros.

Y seguimos nuestro camino, dejando atrás el grupo de higueras frondosas donde negreaban millares de brevas, asaltadas por una alegre y parlera bandada de zorzales. Bajo esas higueras quedaba una mujer que no sabía que cada una de esas brevas que caían sobre su cabeza valía, por lo menos un centavo.

Durante muchos años en Santiago, los gatos y los perros no tenían precio. Aun hoy día, el gato se regala, pero no se vende. En cada casa de la ciudad, antes de que entraran en uso estas mortíferas y fulminantes pastas contra los ratones, era necesario un gatito, que recibía el rango, las consideraciones y los

cariños de un verdadero hijo. El carnicero entregaba todos los días indefectiblemente la carne para el gato. Pues bien, a pesar de esta demanda, los gatos no tenían precio. Se le encargaba uno a la lavandera o al lechero, y llegaba una mañana gruñendo y rasguñando en el fondo de una bolsa. Aquello no valía nada. ¿Por qué? Siempre lo hemos ignorado. Una vez que le alargué una moneda a la mujer que llegaba a casa con un gatito, se sonrió y no la aceptó. Le dije que era para azúcar, y se la guardo satisfecha. Sin embargo, un día se encargó un gato a un pintor italiano que daba brochazos en el frente de una casa. El gato llegó; pero hubo que regatear y fué vendido en dos pesos. El artículo, en manos de un extranjero, había tomado precio. Hasta pensó seguramente en importar de su tierra unos, romanos, que son más ratoneros y menos regalones que los de aquí.

A propósito de esta cuestión, y para probar lo que digo, agregaré otros datos. Conozco un distinguido caballero que desde hace seis meses busca infructuosamente por todas partes *un quique*.

El quique es un animal ordinario de Chile, que es al gato, en poder destructor de ratones, lo que un cañón a una escopeta en poder destructor de hombres. Debe ser, además, de mal humor, porque se dice de una persona furiosa que está como un quique. El gato persigue al ratón hasta su escondite y se queda afuera atusándose los bigotes. En cambio,

el quique, que tiene la facultad de adelgazarse enormemente, lo sigue, entra con su víctima a la cueva y lo saca en dos pedazos. *Cuando un quique llega a* una casa, la sorpresa y el terror de los ratones es imponderable. *Alguien me decía* que éstos han de llamar a sus misteriosos e implacables enemigos, *los gatos X!* En el gran Hotel de Valparaíso hubo un tiempo por lo menos un millar de ratones, durante cierta temporada. El empresario estaba loco, sin poder combatirlos. Alojó allí unos días un pasajero que horrorizado de tal algazara, prometió a Noel un par de quiques. Los *destroyers* chilenos llegaron un día al hotel y fueron colocados en el entretecho. ¡Qué escándalo! ¡Qué carreras! ¡*Qué aullidos*! Parecía que se paseaba un escuadrón de caballería en los techos. Al cabo *de un mes, un silencio* sepulcral. Los ratones habían muerto y los quiques habían extendido *sus operaciones* a las casas vecinas.

¿Se creerá que en seis meses de diligencias, la persona que aludimos no encuentra en Chile un quique? Los quiques no se venden, no se cazan, no se conocen. Para saber cómo son, hay que verlos en láminas de Gay. Ni en la Quinta Normal hay ejemplares.

# SOBREMESA DE CUARESMA

Un amigo algo refractario a las abstinencias y ayunos de Cuaresma me escribe:

«Aquí estamos en plena temporada de cuaresma y, por consiguiente, bajo el régimen siniestro del cochayuyo, del luche, del bacalao, del salmón en tarros y de las sardinas en aceite. De cuando en cuando una sarta de choros secos se desgrana sobre una mezcla de arroz y de papas cocidas, así como una brisa de mar sopla en las tardes sobre un sembrado de cordillera. Principalmente protesto cada día contra la imposición opresora del cochayuyo en sus diversas formas. El padre Pablo de los redentoristas, que da aquí unas misiones tradicionales, se ha molestado conmigo porque le dije que el sentimiento religioso de Cuaresma descansaba en las casas chilenas sobre el cochayuyo y el luche. He tenido que someterme, y te espantarías si me vieras

pálido y macilento. Me mantengo ayudado con un poco de vino asoleado de Cauquenes, que tengo escondido en la bodega, y con la esperanza consoladora del atracón de Pascua de resurrección.»

A lo cual le he contestado ayer:

«Si la Iglesia no hubiera establecido los ayunos y abstinencias de Cuaresma, los médicos los habrían inventado y nos cobrarían plata por recetárnoslos. Tú perteneces al género *glotón,* que es el que vive para comer y no come para vivir, el que masca, rumia, y engulle en silencio, sin método, sin inteligencia, sin espiritualidad. Tú eres el peor convidado para la dueña de casa que da bien de comer, porque devoras un plato tras otro sin saber cuál es verdura, cuál pescado o cuál carne. Un día me has confesado que andabas con la alcuza en el bolsillo, y al efecto te sacaste de un bolsillo del chaleco un sobrecito con ají mirasol, de otro bolsillo otro sobrecito con pimienta y de otro, finalmente, un frasco con un aceite especial que tú mismo has visto salir de las aceitunas. Este es un rasgo único en el mundo, que te coloca a la cabeza de los glotones. Tú sabes muy bien que un día en cierto restaurant que ya no existe, los muchachos preguntaban en la puerta al transeunte:—¿Quiere ver usted dos chanchos peleando? Y si contestaba afirmativamente, lo llevaban al patio, donde en un rincón tú devorabas silencioso, taciturno y desconfiado unas costillas de ese animal.

Pues bien, quiero decirte y espero que lo creerás, que el hombre que más sufre actualmente con las abstinencias de Cuaresma, en el hemisferio sur, eres tú. Y te advierto que nada sacarías con dejar de ser católico, porque si te haces mahometano, te encontrarás con que Mahoma prohibió a sus fieles, con muy buen sentido, que comieran, en cualquier época, la carne de cerdo.»

En realidad, el ayuno de Cuaresma tiende cada día a hacerse más insignificante en Chile, porque la gente culta come mucho menos que antes. Ya se comienza a extender entre nosotros la seguridad de que nadie se ha muerto por comer poco y que un gran número de personas muere por mucho comer. Las antiguas comidas chilenas de ocho o diez guisos en cada mesa, van dejando lugar a la lista francesa, compuesta de dos o tres platos. El ayuno actual para muchos no es una privación, sino, por el contrario, una holgura en el régimen sobrio que impone la higiene moderna. Pero hay que pensar en lo que sufrirían durante las severas Cuaresmas de antaño esos Pantagrueles de nuestros antepasados, pletóricos y sanguíneos, que nacieron comiendo sandías y chicharrones, y morían gloriosamente de una indigestión. ¿Cómo podían mirar sin profundo terror esta temporada en que todos aquellos jugosos asados a la parrilla, todos aquellos huachalomos

salpresos, y todas aquellas aves suculentas criadas en el huerto de la hacienda, se sustituían por frejoles, mariscos y verduras? A uno de éstos conocimos que llamaba *entretenciones* las frutas, las legumbres, los postres, y creía que era perder tiempo todo aquel que no se destinaba a la carne. Al llegar la Cuaresma, sus mejillas rojas hasta brotar sangre, se ponían cenicientas y se caían de los lados como alforjas vacías y muy usadas.

En cambio, ahora que hasta las constituciones más poderosas deben someterse, por la razón o la fuerza, a un régimen saludable, y en que las imposiciones del trabajo diario prohiben en absoluto estos desbordes, la Cuaresma no es una amenaza para nadie.

En las casas viejas y tradicionales, la madre estará en estos momentos atareándose dos días a la semana para combinar sus dobles comidas de viernes y de carne, luchando al mismo tiempo con los hijos algo incredulones que se rebelan contra este régimen alimenticio. Sin embargo, más de alguno habrá cedido a la amable súplica declarando valerosamente que ayuna. La horrible promesa lo hará despertar sobresaltado durante la noche; pero cuando termine ese almuerzo en que la madre ha querido suplir la carne con variedad de mariscos y de legumbres, el ayunador quedará repleto como una boa, incapaz de trabajar en nada, tirado en un diván, y haciéndose contradictorias reflexiones sobre

este ayuno en que se come más y mejor que en los días en que no se ayuna.

Es este un punto bien diverso del que consideraba en tiempo de Alfonso el Sabio, el poeta romancero:

> Dos veces a la semana grande abyunador,
> quando no tenía qué comer abyunaba el pecador.

Hasta me atrevo a pensar, en defensa de esta privación de la carne, que ganaríamos mucho si fuera de moda comer de viernes por lo menos en una de las comidas diarias. Así el que, mirando los retratos de las beldades santiaguinas, lamenta que apenas se vea un óvalo de cara, puro en sus líneas, podrá gozar en adelante de las bellezas de veinte años menos gorditas y con los carrillos menos abundantes que en la actualidad. Realmente, ese delicado contorno de la cara, que es tan bello en nuestras mujeres, lo están echando a perder diariamente la grasa, la carne, el odio a las legumbres. Por eso nos duele tanto cuando la carne sube, y nada cuando las lechugas escasean. La niñita que sale a los quince años espigada y derecha, llega a los cuarenta años a hacer ese tipo de señora regordeta y temblorosa que va por las calles moviéndose como una carlota rusa o una jalea de membrillos.

## SUPRIMIENDO EL PRESENTE...

Señor director: Mis felicitaciones por el párrafo publicado ayer en *Día a día* sobre un certamen artístico. Dice su autor que ya parece que no vamos a celebrar el centenario y que, en cambio, nuestros hermanos ultra andinos van echar la casa por la ventana. En seguida, para no asustar al Gobierno con mucho proyecto, induciéndolo suavemente a hacer una sola cosa, pero buena, presenta la idea de un certamen de pintura y escultura. Puede ser, señor director, que el colega sea más afortunado que A. P., que durante las vacaciones escribió no menos de cinco artículos sobre la materia, y no recibió siquiera una carta del Ministro o del subsecretario. De esta indiferencia con que se oyen las observaciones de la prensa, proviene el que un colega se haya sonreído de A. P. porque ha escrito en favor de la administración. Ese colega es de los

que creen—y así lo ejerce—que el oficio de periodista es el de las *huascas*, que no sirven sino para pegarle a alguien. En pegando, se es periodista. Yo creo, señor director, que si es fuerza que algo peguemos, deberíamos ser más bien bastones, y servir siquiera de cuando en cuando para apoyar un paso vacilante, para espantar un perro y hasta para atrancar una puerta.

Pero muy bien me parece este certamen, porque si en algo podemos salir bien airosos es en la lucha de los pinceles y del cincel. Que otros muestren al extranjero trigo, carnes saladas y estancias magníficas; nosotros mostraremos paisajes y marinas, cielos azules, mares encrespados, álamos amarillentos y cordilleras nevadas. Y así diremos y haremos, como cierto gran señor de Santiago, que era avaro y le gustaba darse tono, y decía a sus visitas mientras les servía un detestable té caliente: «Té mejor les darán en muchas partes; pero más caliente, en ninguna». Y hay que advertir que la leña no le costaba nada, porque se la mandaban del fundo.

Al fin y al cabo, señor director, ya que convidamos a la casa, ganémosles a los convidados, y no se crea que esto es lo que hacía el dueño de casa que armaba mesa de *baccarat* a sus visitas y las desvalijaba en un santiamén, porque aquí no es plata, sino gloria y pura gloria, lo que se juega y se persigue en un certamen de arte.

Es probable que los que no piensan en la cele-

bración del centenario lo hagan con ciertas razones. ¿A qué celebrar la independencia cuando tan mal hemos usado de ella? A lo que se puede contestar: ¡Mucho peor la han usado otros y van a celebrarla en grande! La Argentina mostrará cosas de hoy, del presente; pero nosotros podemos hacer como la gran señora que ha empobrecido y muestra a sus vecinos de cuarto redondo el viejo pañuelo de *ternó*, el mate de plata y el traje de locura con que fué al baile de fantasía de don Claudio Vicuña.

Podemos hablar del pasado y repetir en el galpón de vidrios de la Quinta Normal, donde cupo toda nuestra exposición del 75, y donde ahora apenas caben nuestros helechos y begonias; podemos repetir, digo, las colpas de plata del mineral de Arqueros del año 30; las de Chañarcillo del 40 al 50, con la palangana de plata nativa de doña Carmen Ossa de Cerda, y las de Caracoles del 75. Nadie se acuerda ya de eso, y puede repetirse todo. Desde esa fecha para acá, vino la política, y esa no dió colpas, sino disgustos. Desde entonces todo baja, todo se descompone. ¡Hasta los artículos de diario, señor director! Uno de los que alcanzaron en Chañarcillo, Jotabeche, cobraba dos onzas de oro por cada artículo para *El Mercurio*. Saque la cuenta, señor director.

Un individuo que deseaba recomendarse a la poderosa influencia de un jefe de partido, le escribió una larga carta sobre su juventud, virtuosa y con-

tenida, sobre sus estudios prolijos y completos, y sobre sus primeros pasos afortunados y rectos. Más tarde le escribió otra carta sobre su porvenir, que confiaba enteramente a la alta protección del político. Este, entre tanto, sabía bien poco del solicitante, y le replicó por escrito: «Me habla usted de su pasado y de su porvenir; pero nada me dice de su presente. ¿Qué hace usted? ¿En qué se ocupa? ¿dónde vive»? No tardó en llegar la contestación, que decía humildemente: «He tenido una desgracia, señor, y estoy en la cárcel; por eso no le hablaba de mi presente, que es detestable. Pero voy a salir pronto».

Hagamos nosotros una gran exposición en dos pabellones: uno, *el pasado*, con muestras de la moralidad, del crédito, del cambio a 48, de las onzas («para ver si son redondas», como el cesante de la zarzuela), del auge minero y de otras mil cosas; y el otro, *el porvenir*, con muestras en yeso de lo que va a ser el puerto de Valparaíso, de lo que va a ser el longitudinal y de lo que va a ser todo lo que no es. Si alguien nos pregunta por el presente, podemos decir: «Nosotros no somos fanfarrones como los argentinos! El presente lo juzgará la posteridad»!

Y no sólo en broma, sino en serio, debe ser verdad que nuestro presente no tiene interés alguno. La prueba, entre otras, es que Mr. Scott Elliot que acaba de escribir un libro sobre Chile, sin pedirle

subvención a nadie, encuentra mucho más interesante nuestra historia que el país mismo. Poco más dice de la vida actual que la observación de que andan muchos jóvenes desocupados en el centro, y de que tienen generalmente el pecho hundido, lo que prueba que no hacen ejercicio físico.

Como usted ve, pues, señor director, su idea del certamen de pintores y escultores es la mejor, la más práctica y lo único que aun puede acariciar nuestra antigua cresta de gallo, hoy algo pálida y caída. Le parecerá, además, muy bien a los artistas, que, como el loro hablador de la casa, no comen sino cuando lo llevan al comedor para mostrarlo a las visitas. Aquí tratamos a puntapiés a estos pobres hombres y ya ve usted, es lo poco que nos queda, fuera de los copihues, para mostrarlo a los que llegan. Cuando hay que hacer economías en los presupuestos, economizamos a los pensionados en París; pero cuando queremos darnos tono, mostramos sus cuadros.

Siga, señor director, siga usted haciendo propaganda, que no le oirán. Más difícil que descubrir el globo dirigible, es obtener la buena dirección de las observaciones que se hacen al Gobierno. Pero, en fin, como habrá luego movimientos políticos, según dicen, pueda ser que sus observaciones apunten con alguien que hoy sea simple transeunte, y mañana, parte integrante del Gobierno.

De usted M. A. y O. S.

# EL PUEBLO A LA PUERTA

Los señores don Juan B. Neira, don Gregorio R. Ramírez, don Agustín Guajardo, don León Baillón, don M. J. Montenegro, don Luis A. López, don Eugenio Silva, don Luis R. Boza y don Eleodoro Villarroel, creían, hasta hace poco, que *La Reforma*, el diario anarquista de Santiago (1), era todo esto: *altar*, elevado a la dignidad del obrero; *trompeta* destinada a hacer oir a los burgueses la voz del pueblo; *martillo* que clavaba en la avanzada la bandera de la democracia; *campana* que tocaba a rebato en las horas de redención; *ariete* que destruía la valla de la oligarquía; y *faro* que alumbraba el camino de los proletarios engañados. Ellos lo creían, o por lo

---

(1) En este artículo y en los dos que siguen se alude a una polémica larga y regocijada con el señor Zubicueta, profesor de baile y redactor de un diario...

menos aparentaban creerlo, porque con sus propias manos alineaban los tipos de estaño y antimonio que al día siguiente oficiaban en el altar, daban el alerta en la trompeta, descargaban el martillazo, movían el badajo de la campana, arrimaban el ariete al muro y encendían la luz del faro. De cuando en cuando se veían también obligados a componer ardorosas arengas a los obreros de su profesión, que *La Reforma* les dirigía aconsejándoles abandonar esos talleres en que les pagaban salarios escasos, en que los burgueses los oprimían, y todo lo que en estos casos es de regla.

Pues bien. Cuando estos nueve señores salían a la calle, notaban que ni el carnicero, ni el panadero, ni el lechero, ni el despachero, en cuyo homenaje se erigía el altar, se tocaba la trompeta, se movía el martillo, repicaba la campana, se empujaba el ariete y alumbraba el faro, renunciaban a cobrarles dinero por el alimento diario. Entonces acudieron donde el hombre que allí hace de sacerdote, de trompetero, de martillador, de campanero y de guarda faro, donde el gerente del periódico, don Franco A. Zubicueta, que no sabemos cómo dirige hoy una hoja anarquista, cuando ayer tan sólo enseñaba a valsar a la juventud en cadencioso y voluptuoso compás. En una palabra, los obreros pidieron su jornal y el gerente se los negó, primero con excusas, después con malas palabras, y por último con insultos; y el martillo destinado a machucar burgueses

cayó sobre las cabezas de los solicitantes. Ellos han acudido a la prensa y dicen:

«SS. EE. de *El Mercurio*.—Hace un mes que paramos el trabajo en *La Reforma* por falta de pago. Y a pesar de que desde entonces acá se nos ha estado engañando como a niños, no habíamos querido recurrir a la prensa, en nuestro deseo de no molestar a los señores que están al frente de ese diario.

Pero el Sábado nos hemos presentado por la cuarta vez a cobrar nuestros haberes, recibiendo como respuesta, improperios y amenazas de parte de su director, don Franco Zubicueta.»

Como en numerosas ocasiones, *La Reforma* había aconsejado a los obreros tipógrafos que abandonaran los talleres en que se les pagaba poco, creyeron éstos llegado el momento de abandonar ese taller en que no se les pagaba nada, y sin escoger de la colección del diario ni siquiera un ramillete de «vampiros del pueblo», «chupadores de la sangre del obrero» y otras frases por el estilo, han explicado al público, en un lenguaje culto, su incidente.

«Estos son, SS. EE., los neo-regeneradores que han tomado sobre sí—teórica y declamativamente, se entiende—la defensa del obrero (pesca de votos), pero en la práctica no pueden ser más desgraciados.

«No nos queda otro camino que recurrir a la prensa para denunciar públicamente la moralidad de los declamadores de oficio e inspiradores de *La*

*Reforma,* mientras nos llega la oportunidad de acudir a las vías legales.»

Es fácil figurarse cómo ha pasado la escena del sábado pasado. La sala de redacción, o, mejor dicho, la sala del faro, tiene una mesa, una silla, un tintero y dos hombres. Uno de los hombres tiene al frente un medio ciento de carillas de papel, pero le faltan las ideas; el otro hombre se pasea nerviosamente y deja caer el derrame de sus ideas sobre el redactor de rulo.

—Escriba Ud. que la revolución social se acerca; que el pueblo tiene frío...

—Le advierto, don Franco, que aun no llega el invierno y que hay días de mucho calor.

—Nó, señor; el pueblo debe tener frío en todas las estaciones. Escriba Ud. que se explota al obrero.

—Lo digo todos los días.

—Diga Ud. que cada día se le explota más que en el anterior *(Al otro lado de la puerta, los nueve cajistas que escuchan hacen vivas señales de asentimiento).* Escriba Ud. que los burgueses de los talleres no sólo se roban el salario de sus trabajadores, sino que todavía reciben mal sus quejas y contestan con injurias a sus reclamos. Agregue Ud. que por suerte estamos nosotros de pie, vigilantes, implacables para hacer justicia; y que si el pueblo llega a nuestras puertas... *(Golpes repetidos afuera).*

—¿Quién es?

LOS NUEVE CAJISTAS *(entrando).* Somos nosotros.

EL REDACTOR *(sonriendo)*. ¡Es el pueblo!

—¿Y qué desean ustedes?

—¡Que se nos pague lo que se nos debe!

—Ustedes son unos insolentes.

—Nó, señor; somos unos tipógrafos. Estamos pobres, hambrientos y queremos que se nos dé el dinero nuestro, el que nos hemos ganado con nuestro trabajo.

—¡Salgan ustedes afuera! ¡Yo no tolero que se me falte al respeto! ¡Reclamen ustedes ante el juez, si quieren! ¡Badulaques! ¡Ganapanes! — *(Continúa inspirando al redactor)*. Como le decía, diga Ud. que si el pueblo llega a nuestras puertas, encontrará amparo, defensa, justicia!

Y como de pronto el director tiene reminiscencias de la filarmónica, da una vuelta de valse después de cada frase redentora.

¡Ese es un faro, que alumbra hacia afuera; pero deja a oscuras a los que están debajo del fanal!

Hoy, por lo menos, tenemos nueve desengañados; en poco tiempo más, tendremos 90,000.

Ya se sabe: cuando toque apalear a los explotadores del pueblo, hay que darle la primera paliza a don Franco.

# AMPUTACIONES A BUEN PRECIO

Don Hermógenes Gómez, caballero de Valparaíso, perdió un brazo bajo las ruedas de un tranvía y se presentó a los tribunales cobrando una suma de dinero. No sabemos qué clase de brazo era el del señor Gómez, y así no es posible juzgar si la Corte de Apelaciones de Valparaíso fué exagerada o prudente, reduciendo de cien mil a dieciocho mil pesos el valor del miembro perdido. Porque, indudablemente, hay brazos caros y baratos, brazos de un enorme valor y brazos que pueden darse a precio de costo, y aun con descuento. Si atropella un tranvía a un pintor y—lo que sería una desgracia nacional—sale con el brazo derecho cortado, la indemnización subiría a doscientos mil pesos; pero si, en cambio, el tranvía se lo corta a un gandul que lo destina a disparar serpentinas a las muchachas, la indemnización desaparece por completo. Si un tranvía le cortara

ambos pies—lo que lamentaríamos—al director de la hoja anarquista de Santiago, la indemnización debería ser muy fuerte, porque el hombre no podría en adelante ni pensar, ni escribir, ni menos bailar; pero, en cambio, si se los destrozan a un violinista o a un profesor, la indemnización bajaría excesivamente. Mis lectores recordarán el cobro de doce mil pesos que hizo mi amigo el doctor Corbalán por un solo dedo. Nadie, absolutamente nadie de los que conocen la destreza y habilidad de las manos del distinguido facultativo radical, encontró caro ese dedo. Algún loco se permitió decir que se había pagado el miembro destruído como si se hubiera tratado del dedo de Dios. Ahora bien, si un dedo útil valía doce mil pesos, los cinco dedos de cada mano, con su correspondiente descuento, por tratarse de transacción al por mayor, llegarían a valer cincuenta mil pesos, y si a esta cantidad se le agregan unos diez mil pesos más por el brazo, nos encontramos con que la Corte de Apelaciones de Valparaíso ha sido moderada en el caso del señor Gómez.

Si hago tanto hincapié en estos detalles, que mis lectores serios han de encontrar fútiles, es porque creo que el verdadero remedio contra *la falta de brazos* causada por atropellos de los tranvías eléctricos, es el cobro incansable, severo y cruel de indemnizaciones por estas desgracias callejeras. Tal vez la violenta y ciega campaña de prensa que ha llegado hasta llamar *los carros de la muerte* a los útiles tran-

vías eléctricos, tiene el inconveniente de atraer odios apasionados en contra de un servicio tan importante para la ciudad. Muchas veces se mezcla la distracción y la estupidez de la víctima al atropello e incompetencia del maquinista. El remedio es éste: que los tribunales hagan pagar la indemnización siempre que se establezca cualquiera culpa de parte del personal de la Empresa. Más le han de doler a la Empresa diez mil pesos que diez mil ataques. Cuando entienda y se dé cuenta cabal de que cada uno de los pasajeros que modestamente pagan diez centavos por ser conducidos de un punto a otro, tienen miembros tan costosos como el dedo del doctor Corbalán, los brazos del señor Gómez, y aun los pies de don Franco, los maquinistas temblarán de espanto, y no saldrán de la estación de fuerza mientras no vaya con ellos en la plataforma alguno de los directores de Berlín. Es cierto que puede tocarle a la Empresa la buena suerte de romperle a un transeunte un miembro inútil, como *el apéndice*, por ejemplo, que, según dicen, no sirve para nada; pero llamo la atención a la dificultad que habría en extraer el apéndice sin cortar el tronco en dos partes.

En realidad, la pérdida de un miembro sobre los rieles es la expropiación forzosa de una parte del propio organismo. Tal vez por precaución, más de un inglés metódico y previsor llevará en su bolsillo una prolija tasación de sus órganos. La cabeza, tanto; el brazo derecho, cuanto; la pierna, ésto; el fé-

mur, lo otro; y un pie, cierta suma determinada «con derecho a cortar el otro», como en los remates.

Creo que todo el mundo ha de celebrar en Santiago el fallo de la Corte de Valparaíso, no por una expectativa de lucro que, naturalmente, va unida a una expectativa de amputación, sino porque es este el único medio de que las personas y sus vidas sean respetadas.

Queda solamente por recomendar a las personas distraídas, que son candidatos permanentes a exhibir sus propios cadáveres en la Morgue, que no lleven su distracción hasta preferir colocarse al paso de una carretela para bultos y pasajeros, en vez de hacerlo frente a un tranvía. El amputado debe elegir siempre una Empresa responsable, como los ferrocarriles del Estado, la Empresa de Tracción Eléctrica, los automóviles de particulares acaudalados y los carretones de la policía de aseo. Recomiendo las máquinas barredoras como buenas causantes de desgracias baratas, pero sin riesgo de muerte, a no ser por infección.

# PARRAFOS SUELTOS

Es curioso observar cómo nuestras relaciones con la Argentina, que comenzaron llenas de etiqueta, están ahora en un terreno familiar y hasta prosaico. Durante mucho tiempo nos entendíamos solamente por escrito, y después ni ésto fué posible, y las cosas se pusieron tan malas que tuvimos un violento *diálogo a acorazados* que costó muchos millones de libras esterlinas. Vinieron los preámbulos de amistad y comenzamos a hacernos las más aparatosas visitas, con delegaciones de sombrero apuntado, que cada cual a su turno recibía con flores y aclamaciones. Se quería asombrar al vecino y hacerlo pensar: ¡de buena nos hemos escapado! con el intercambio de estas bulliciosas y espléndidas delegaciones de guerreros. Nosotros buscamos en el Ejército y en la Marina una docena de buenos mozos, grandes y bien plantados, largos de talle y con

buen cutis, y los embarcamos para Buenos Aires. Todo ésto con solemne, estirada oratoria; se recibía a la visita en el salón de la casa y apenas duraba la conversación diez minutos.

Pero ahora que la amistad se ha consolidado, nos estamos haciendo, bajo el nombre de comisiones comerciales, ciertas visitas familiares y prácticas que recibimos en la bodega, y paseamos por las hortalizas, los graneros y la cocina. Es cierto que así como después de los duelos se dice generalmente: «se cambiaron un par de tiros sin resultado»; se dirá con el tiempo en Santiago y Buenos Aires: «se cambiaron un par de comisiones comerciales, sin apuntarse». Pero esto no quita que las relaciones se hayan hecho más fáciles y baratas, y principalmente más llanas, ya que en vez de aquel desgaste oratorio del sol de Mayo y de la estrella solitaria, usamos ahora este otro lenguaje: «¡Tómele usted el peso a este carnero, señor Huergo! ¡Echele usted un cálculo a la producción de estas viñas, señor Talavera!»

En un palabra, en 1902 decíamos: «¡Que el sol de Mayo y el sol de Septiembre alumbren en un mismo cielo sereno!» Y en 1908 decimos: «que el sol de Mayo madure el trigo de ustedes, y el de Septiembre tueste y endulce nuestra uva; que vuestros novillos engorden y nuestros vinos se abaraten, etc.!» En aquellos tiempos no pensábamos sino en el intercambio de huesos de padres de la patria,

sepultados en los dos países, en aquella época heroica en que nadie sabía de quien había nacido, ni dónde iba a morir. Se acabaron las visitas de los oficiales buenos mozos con sombrero apuntado; comienzan ahora las inspecciones oculares de los hombres de campo.

El frío ha llegado a tiempo para convencernos de que entre las economías del presupuesto doméstico, no puede figurar la partida de calefacción. Es verdad que entre nosotros hay cierta relación entre el baño y la chimenea: el baño sirve para guardar las papas, y la chimenea para esconder los plumeros y las escobas. ¡Qué linda fábula podría hacerse con el título de *La tina de porcelana y la chimenea de mármol!* Segun las madres de familia, la estufa lleva directa o indirectamente a los resfriados, y así buscando no morir de pulmonías, se mueren heriocamente de frío.

Hace poco, un caballero compró en Santiago una lujosa casa, e hizo encender el primer día invernal, la chimenea de su escritorio. Una quemazón de diablos no habría echado más humo y peor olor. A poco andar no se veía en la pieza de un lado a otro. ¿Qué había ocurrido? El cañón había sido cuidadosamente tapiado en el techo, para que no fuera a caerse el gato por él. De la misma manera, maldicen y persiguen las estufas de parafina, por

ofrecer peligros de incendios. Por esta razón, cuando uno llega en invierno a estas casas de Santiago, de patio y corredor, donde todavía la galería moderna no ha llegado a resguardar algo los pulmones, nos parece ver en el sitio del portero, al calofrío; y al lado adentro de la mampara al gracioso grupo de la pulmonía, la membrana y la bronquitis (las niñas de la casa), haciendo elegantes venias, y conduciendo al visitante hasta el salón, donde los sabañones están sentados en cada silla y la tuberculosis como un perro doméstico se echa bajo la mesa de centro.

—¿Ustedes no encienden las chimeneas?

—No se puede: porque son simuladas y no tienen salida.

—¡Pero las estufas de petróleo son tan cómodas!

—¡No me diga usted! Estoy cansada de luchar con los sirvientes que no aprenden nunca a arreglarlas.

—¿Y las de gas?

—Menos. ¡La cuentecita mensual!

(Las señoras tienen un saludable horror por don Eusebio Larraín, no tanto porque las cuentas del gas son caras, como porque son mensuales)!

—Pero ¿por qué no usa usted el brasero, ese antiguo brasero de bronce?

—¡No somos viejos! Usted se ríe de mí. Yo no tomo mate con azúcar tostada.

Y yo miraba a la señora envuelta en abrigos y

pieles, con su eterna gotita de romadizo pendiente de su nariz como una lágrima desterrada, y pensaba que los esquimales deben sentir menos frío dentro de sus casas de hielo.

¿Qué decir de esas casas donde las puertas no llegan al umbral, y dejan colarse el aire frío, a flor de alfombra, hasta que se mete por los pantalones y *por los vestidos? ¡Oh, encanto del hogar!*

Y, sin embargo, hay pocas cosas materiales que lo hagan más agradable, que la chimenea de leña o de carbón, encendida en los días y noches de invierno. Frente a ella se sentará el que llega del trabajo, a embelesarse en la contemplación de las llamas, embeleso incansable como el de las olas. Los ingleses llevan este amor a la chimenea, hasta buscar la madera de los buques náufragos, que impregnada de la sal del mar, da las más hermosas llamas azuladas y verdosas.

*En Chile los viejos se mueren de frío:* del frío exterior, que es más fácil de combatir que el interno, irremediable y fatal.

El director del diario anarquista, temiendo que me pueda molestar el que me haya suspendido los insultos por dos días, me puso un aviso, diciendo que apenas se desocupara de otras cosas, volvería sobre mí. ¡Qué mal agradecido es este hombre! Si no fuera por mí no lo conocería nadie en Chile, no

habría tenido un sólo discípulo en su salón de baile, ni se le llamaría cariñosamente con el nombre de don Franco. Yo lo hice popular, lo proclamé un tiempo el rey de la polka, y lo puse sobre Green, su competidor. Pues bien, ayer en la mañana, a pesar de estar suspendidos los insultos hasta nuevo aviso, hace que su cronista me acuse de propaganda anarquista.

Don Franco acaba de acudir a la convención de mócrata y ha dicho en ella que lo único que le falta es dinero, para tener un buen diario. Esto mismo lo habían dicho ya los nueve cajistas impagos. Pero nó, don Franco, los diarios no se hacen sólo con dinero, sino con algo que reside en la extremidad opuesta a las que usted ha usado durante toda su vida. Porque, ya sé por qué causa pasó usted del salón de baile al diario anarquista! Porque se necesitaba un hombre que escribiera muy ligero. ¡Y como usted tenía tanto ejercicio en los pies! Recuerde usted los versos de cierto poeta y piense que le vienen de molde:

Cuando tus cosas escribas
periodista singular,
sácate los calcetines
que se te pueden manchar.

# CONFUSIÓN PAVOROSA

Nadie pone en duda que una fotografía del país es desconsoladora. Pero si se le retoca con las pinceladas de *La Actualidad* de Talca, diario que frecuentemente se dispara sólo, como las pistolas Browning, el cuadro se pone tétrico, sangriento, funerario.

Dice el colega, y con fruición lo reproduce otro de Santiago, que se le debe a la administración actual la decadencia en el orden moral, en el orden político y en el orden económico. Agrega que los robos, salteos y toda clase de crímenes que se cometían antes por el pueblo, se cometen ahora por las clases superiores, lo que parece exagerado. Para remate, termina diciendo que los partidos no tienen rumbo fijo, lo que parece oído ya en alguna parte. En seguida emboca a la Moneda un apóstrofe nutrido, que dispara, como las ametralladoras, en forma de abanico, y entre otras exclamaciones, dice:

«que el fuego devore *nuestras principales ciudades,* nada vale en cambio de un veraneo presidencial». Esta manera de pluralizar el incendio de Temuco, como arma de oposición, me es sumamente simpática. Véase, si no, la orientación humorística, imposible de negar, que toma un ataque cualquiera: «¿Qué hace el Gobierno mientras todos los depósitos de pólvora de la República se conflagran; mientras la muerte le arrebata todos sus militares, esperanza del Ejército; mientras el incendio devora todas sus ciudades; mientras la bubónica despuebla la región del salitre y amaga el centro del país?» Se podría decir al colega de Talca, como aquel noble verdadero que dialogaba con uno supuesto. Se nos niegan nuestros títulos—decía éste—se nos confiscan nuestras propiedades!—¿Nuestros? ¿Nuestras? —interrogó aquél.—¿Qué tiene de singular?—Lo que tiene de singular es el plural!

Cuando un colega como este de las márgenes del Piduco desee fustigar al Gobierno y tener éxito fuera de la manzana en que esté situada la imprenta, debe proceder a falsear o exagerar los hechos con un poco más de arte y de prudencia. Desde luego, vale la pena buscar un asunto obscuro, insignificante y dudoso, para no tener peligro de rectificaciones inmediatas. Porque si se dice que «el fuego ha devorado las principales ciudades del país», principian por sonreirse los mismos lectores del colega, que ven a Talca en pie. Pero, en cambio, se puede

pegar desapiadadamente y con maza en un asunto más nebuloso.

*El Mercurio* dice ayer, por ejemplo, que ha venido un inmigrante loco de la Pallice. ¡Qué admirable ocasión para írsele encima al Gobierno! Un diario de oposición sistemática podría hacer un editorial fulminante con este título:

«*Importación de locos*. ¿Quiénes serán capaces de abandonar su país natal por este país en que no hay autoridad, ni trabajo, ni salarios? Los locos, solamente los locos. Pues bien, en el último vapor han llegado al país doce peluqueros locos, cinco albañiles locos, siete hojalateros locos, un ebanista loco y tres sastres locos. ¿Y qué dice el Gobierno? ¿Hay pocos locos en la casa, que aun se pretende recoger a los del extranjero? ¡Oh ineptitud, oh despreocupación de los negocios públicos!»

«Los vecinos de Talcahuano, que iban ufanos al desembarcadero a ver llegar un nuevo contingente de hombres vigorosos y robustos, se han encontrado con una partida de enajenados que cantaban y bailaban, daban gritos estrafalarios y hacían gestos ridículos. Uno, el que figuraba como jefe de la partida, se creía Colón descubriendo la América.»

«Ahora bien, ¿qué medidas ha tomado el Gobierno? Ninguna. Todos esos hombres peligrosos han sido ocupados por los particulares y distribuídos en sus diversos negocios. Los doce peluqueros son

hoy día otras tantas navajas de Damocles suspendidas sobre las carótidas de la población.»

¿No lo ven ustedes? Hace más impresión la noticia de que están trayendo locos a Chile, que la declamación de que el fuego está devorando las principales ciudades. Después viene el empleado del Ministerio y rectifica. Bien, se rectifica; pero se mantienen los ataques. No hay que aflojarle al Gobierno. Será, en todo caso, algo así como aquel capítulo de una novela, *Las vírgenes locas,* que se titulaba: «Capítulo II. En que se ve que las vírgenes locas eran locas; pero no vírgenes». Al cual puede agregarse ahora, según este sistema del colega de Talca, otro capítulo en que se viera que las vírgenes locas no eran ni locas, ni vírgenes. Pero seguirían menudeando los palos.

El órgano de Talca termina así:

«Las palabras Granja, Iquique, salitreras, japoneses, escuadra yanqui, Perú, Batuco, forman en nuestro cerebro no sabemos qué pavorosa confusión.»

Y es claro, colega, que si Ud. acumula palabras, sustantivos, nombres propios, nombres de países y suprime los verbos, los adverbios y las conjunciones, ¿qué quiere Ud. que se le forme en el cerebro? Una confusión. Para ser franco, sincero y de buena fe, Ud. debió haber comenzado por decir: «tengo una confusión en el cerebro». No tiene nada decir éso; hay mucha gente que tiene lo mismo y, sin embargo, está en la Cámara. Pero Ud. ha atacado

al Gobierno, ha asegurado que el incendio se devora las ciudades principales, y solamente en la última línea reconoce que las palabras Granja, Iquique, salitreras, japoneses, (?) escuadra yanqui y Batuco, le forman una confusión pavorosa. ¡No está bien esto! Un periodista que le pregunta hasta al lucero del alba su opinión sobre todas las cosas, no debe confundirse y salir como el confitero que cuenta Larra. Todo el mundo decía su opinión en una asamblea, y el confitero dormitaba. Cuando le llegó su turno, el que tenía a su lado lo remeció por el brazo y le dijo: ¡Su opinión! ¡su opinión!—Sí, señor; dénos su opinión—decían los demás. Y el hombre, titubeando, dijo: Mi opinión es que... *que Dios nos asista!*

Sí colega; en estos momentos los cerebros confundidos no son útiles. Quien más, quien menos, todos pecamos ahora por ese lado; y cuando se lee un artículo de fondo de un diario, se espera siempre ver alguna lucidez de ideas. A Ud. sólo se le podía ocurrir darnos una larga tirada de cargos contra el Gobierno, para terminar diciendo: desconfíen ustedes de lo que he dicho, porque tengo una pavorosa confusión en el cerebro.

¡Pavorosa todavía!

Por lo visto, no está el peligro en los inmigrantes locos, sino en los periodistas con pavor confuso.

# HUEVOS IMPORTADOS

(CUADRO DE GALLINERO)

«Han llegado 1,800 huevos de gallinas, procedente de los Estados Unidos y consignados a los señores W. R. Grace y Cía.»

El gallinero amaneció revuelto. Uno de los más prestigiosos miembros de la alta sociedad femenina había sido *echado* en un nido de paja en el rincón del patio, sobre diez huevos de un aspecto sospechoso. La noble y virtuosa gallina, cuyo color negro la hacía aparecer aún más noble y virtuosa de lo que era, había luchado largo rato entre la repugnancia de cubrir bajo su pechuga tibia esos huevos con un timbre morado que decía *Fresh Eggs Company Limited New York*, y su inmenso y desbor-

dante deseo de maternidad jamás agotado y siempre entusiasta.

Sin embargo, mientras para ejemplo de la nueva generación cerraba sus ojos con íntimo recogimiento, las más terribles dudas le asaltaban. ¿Qué iría a salir de cada uno de esos huevos envuelto en una especie de esperma, con esas letras que bien podían *significar insultos, herejías* o burlas contra el mismo alto ministerio del empollamiento? ¿Qué clase de seres degenerados, viciosos o simplemente extranjeros, romperían la cáscara y asomarían a la luz del día?

—Consulta, hija—a los caballeros que tienen experiencia—le decía una amiga después de observarla largo rato con un ojo fijo y redondo.

—Allí los tienes tú—replicaba la virtuosa, señalando tres o cuatro parejas de gallos que se perseguían dándose picotazos y estocadas—allí los tienes. Ellos son los causantes de que estén trayendo huevos de los países protestantes.

—¿Por qué?

—*Porque no producen lo suficiente...*

—Pero aquí vienen algunos senadores de consejo que pueden dártelos buenos.

Un grupo de patos avanzaba balanceándose de un lado a otro, y manifestando con su grito nasal una satisfacción íntima y sincera.—Gracias a ellos no se perturba el orden en el gallinero, porque aunque a veces parece que se caen al andar, sus patas

admirablemente construídas, los mantienen equilibrándose. Se puede decir que si los gallos tienen el talento en las estacas, los patos tienen el buen sentido en sus patas.

Llamados a examinar los huevos, lanzan gritos en diversos tonos. Uno de ellos hace una venia y dice:

—Estos huevos son yanquis. Es digno de notarse que Chile, que parecía destinado a exportar huevos, esté ahora recibiéndolos del extranjero. Esto quiere decir que el circulante de huevos escasea. Es un fenómeno natural.

—Es necesario distinguir, colega—dice otro—¿Ha crecido el consumo de huevos por habitante? ¿Ha disminuído la producción por gallinas? ¿Han aumentado los usos del huevo?

—Yo creo que sí—dice un pato portugués, destinado al príncipe de Braganza—porque ayer he visto a una señora que se reventaba un huevo en la cabeza y se lavaba con él el pelo.

—Vea usted, ese es un dato. ¿Llevará estadística de esto don Vicente Grez?

—Yo propongo—dice uno, que generalmente es conocido con el nombre de el pato distraído—que se acuerde continuar en este gallinero hasta nueva orden.

—Escuche usted, señora gallina, a este colega. Siempre se distrae y sale presentando proyectos que no tienen nada ver con lo que se discute.

—Entre tanto—pregunta la gallina—¿seguiré sobre estos huevos exponiéndome a un futuro tan incierto?

—Sí, señora. Saldrán pollos norteamericanos, que son sumamente independientes y laboriosos. Con seguridad para no perder el tiempo, ya están aprendiendo castellano adentro de la cáscara. Pero en todo caso sería conveniente tomar votación, y para eso aquí viene la mayoría.

Una tropa de hermosos pavos se acerca, haciendo al andar vigorosos signos de asentimiento con sus cabezas.

—Han dicho que sí—dice el pato portugués.—¡Tan disciplinados!

Y todos se van, dejando a la virtuosa vestida de negro, al frente del incierto problema. Un hermoso ex-gallo de plumaje rojizo, que pasa al trote con un pequeño sapo en el pico, se detiene un instante y le dice:

—¡Cuidado, señora! Yo he oído decir que los norteamericanos tienen una famosa doctrina del Monroy, que consiste en comerse ellos el maíz y dejarle la tierra a los demás.—¡No vaya a estar criando cuervos!

—Este es bueno para Ministro—le dice la futura madre a su amigo—porque es tan conciliador. Siempre está bien con todos, y nadie le tiene mala voluntad.

—Sí, hija. Seguirá el camino de los demás de su clase. Hoy están de moda en el Ministerio. Los gallos venidos a menos!

Un gallo de largo plumaje atornasolado avanza. A cada instante se detiene, levanta una pata, da vueltas la cabeza, mira con un ojo, y sigue adelante. Es un gallo de pelea; sabe cacarear; tiene continuamente en alarma al gallinero y da mucho que hacer al dueño de casa, que ha resuelto o cortarle la estaca o mandarlo a otra parte.

—¡Qué alarma han metido con estos famosos huevos! Es natural que si escasea este circulante en las cocinas se le aumente. ¿No han dicho el otro día aquí al lado de afuera, que faltaba plata y la debían traer de Europa? Pues bien, si faltan huevos, que los traigan.

—Pero ¿por qué no hay más? Es culpa de ustedes.

—Muchas inversiones, muchas inversiones. El gallinero crece cada día más. Un consejo, amiga mía. ¿Cómo sabes si esos huevos no están pasados por agua?

—¡Qué sospecha!

—Pero ¿no te acuerdas que la gallina castellana estuvo seis meses sobre unos huevos comprados en la Quinta Normal y nunca salió nada de ellos? Eran huevos fritos.

La gallina salta como por un resorte y abandona el nido. Apenas ha dado unos pasos, cuando una robusta mano la pesca de una ala.

—¿A la cazuela?—dice el gallo en forma de monólogo.—¡Siempre los mismos atropellos! ¡Qué bien nos vendría una doctrina Drago para defendernos de esta fuerza brutal e invencible de las cocineras.

# DEL 12 DE FEBRERO

En un día como ayer, don Pedro de Valdivia fundó a Santiago. Según informaciones privadas, pero fidedignas, la primera piedra que colocó fué la del Club de la Unión.

—Aunque no haya socios—decía el capitán extremeño—debe siempre haber Club. Santiago no sería Santiago sin el Club de la Unión. Los indios representaban entonces exactamente el papel que tiene ahora el Congreso. Gritaban, disparaban piedras, no dejaban trabajar a nadie y destruían en una sola entrada a la ciudad todo lo que se había hecho por los españoles en la semana. Querían que se les admitiera en el Club sin pagar cuota; pero se celebró una transacción, según la cual los que se sometieran al Rey de España serían presentados como socios transeuntes.

Entonces la naciente ciudad presentaba un aspec-

to pintoresco que hoy no tiene. Toda la parte ocupada por el Congreso era una hortaliza del capitán don Atanasio de Oña. Allí se divisaban en los mismos sitios en que hoy se levantan los sillones de marroquí de los honorables diputados y senadores, enormes y relucientes zapallos, una frondosa plantación de maíz y un berenjenal, en el cual nos metimos más tarde hasta las narices, por hacer Congreso y otras barbaridades.

Como aun nadie pensaba en la conjuración contra la piqueta y los vinos artificiales, se estimaba vino natural el de maíz, y cuando llegó la primera pipa de vino de maqui, la saborearon los españoles sin sospechar que bebían un vino falsificado.

Pues bien, en esos tiempos, un joven español, sobrino del fundador y que vivía a su costa (de ahí data la frase *vivir de valdivia* para señalar al que vive de bolsa ajena), se dedicaba a las profecías. Este hombre le profetizó a su tío que doña Marina de Gaete iba a llegar de repente, y que convenía hiciera salir a vacaciones a la señorita de Suárez, para evitarse molestias. Todo lo cual ocurrió de pé a pá y dió gran crédito al joven pitoniso. Sin embargo, hubo entonces cierta profecía que casi echó al suelo el prestigio del profeta. —«Estos araucanos—le dijo a Valdivia—que tú estás exterminando y que van a ser combatidos durante centenares de años, van a provocar en 1908 un movimiento que se va a llamar «Protección a la Raza Arauca-

na».—El conquistador se estremecía de la risa debajo de su coraza. «Se va a levantar una estatua a Caupolicán, a este infiel que hemos atravesado con estacas por todas partes, y te van a levantar otra estatua a ti, que de buenas ganas lo atravesarías. Nuevas carcajadas.

—Bueno, bueno, y estos pehuenches de aquí de Santiago, que no nos dejan trabajar, que nos comen el trigo, que gritan y que se están ahí a la orilla del río esperando que nos descuidemos para quemarnos alguna cosa, ¿qué será de ellos?

—Veo en la hortaliza del capitán de Oña levantarse un gran palacio, y dentro sentados en grandes sillas como de obispos, miro a todos nuestros incómodos enemigos, dictando leyes e incomodando a otro jefe que se va a llamar don Pedro, como tú.

Nuevas risas estrepitosas sonaban debajo de la coraza y del casco del fundador. Estas risas son las que abollaron la armadura de Valdivia, según puede verse en la que está en el Museo Militar.

Después de las comidas, y cuando el vino de maíz o de maqui, esas piquetas primitivas, confortaban los estómagos, el capitán extremeño llamaba al sobrino vidente, y lo hacía mirar hacia el porvenir. Los indios del otro lado del Mapocho, es decir, Recoleta-Cementerio, no funcionaban de noche. El alcalde no colocaba todavía los focos eléctricos que hoy hacen de la noche día en el populoso barrio.

Hé aquí algunos de los vaticinios que se con-

servan, y que, como se ve, son siempre disparatados:

—Santiago va a ocupar los dos lados del río. Se pasará de un lado a otro sin necesidad de canoas. La ciudad es más grande que nuestro Madrid y Sevilla juntas. Hay mucha gente. Veo pocos españoles. Segun creo, no gobierna ningún español. La población está más sucia que ahora, y las calles están peor empedradas. Se alumbran algunas muy bien con unas lunas colgando de alambres; pero otras, como ahora, con candiles de sebo dentro de faroles. El Huelén tiene muchas plantas, casitas, estatuas y jardines. No está dedicado a la guerra, sino al amor. Ahí está tu estatua, tío. Es blanca, parece de tiza, y con el agua se le ha corrido la nariz.

—Veo un templo muy grande y muy bonito, todo de piedra, se llama la Catedral. Veo que lo forran con ladrillo, como si lo quisieran envolver para llevárselo a otra parte. Pero nó; lo dejan forrado con ladrillo y con tiza. Ya no se ven las piedras, porque están todas cubiertas con una capa de tiza. Pero veo que andando los años lo vuelven a descubrir, lo raspan y lo golpean. Asoman otra vez las piedras. La gente está orgullosa porque tiene una Catedral de piedra. Creen que tu estatua también es de piedra por dentro, y la golpean; pero se deshace. Consuélate porque te rehacen otra de bronce y a caballo.

—Pastene, que está aquí adelante, va a fundar un puerto en la orilla del mar, en una parte donde no hay sino olas y cerros. Veo que cada veinte años se salen las olas o se caen los cerros, y todo se hace pedazos. El jefe, que se llama como tú, quiere hacerle una muralla a las olas, para que los buques topeen a la orilla; pero la gente que se sienta encima de la hortaliza de Oña, se opone.

—Donde el capitán Mendoza tiene su corral, se van a pasear, con el tiempo, señoritas de Santiago al són de la música, levantando el mismo tierral que hoy levantan sus cabros.

(Grandes risas intra-metálicas).

Y así continuó durante toda la noche la serie de profecías con que el sobrino pagaba la comida, casa y coraza limpia, que le daba el fundador.

Me olvidaba decir que toda esta escena ocurría en el Club de la Unión, en lo que hoy es el salón colorado, y donde en vez de los sillones de marroquí de Maple, había una serie de piedras, donde cada conquistador afirmaba sus posaderas.

A media noche, la charla se interrumpió bruscamente, porque entró un capitán a avisar que los indios querían entrar de guerra a la sala de juego a jugar una partida de *pocker* con las cabezas de los españoles.

—¡Estos socios transeuntes! — gritaba Valdivia mientras esgrimía su arcabuz—siempre abusando.

# OPERA DE PROPAGANDA

Terminaba en cierta hospitalaria casa de Santiago la comida del domingo. Tratándose de una comida en tiempo de cuaresma y además en tiempo de crisis—lo que viene a ser una Cuaresma reagravada—se había notado la ausencia de la langosta y del pavo, que antes no faltaban en ese día y en esa casa. Hoy han sido desterrados ambos platos y de cuando en cuando se les sustituye con pato y con conejo, seres que no parecen afectarse por la baja del cambio. Hasta hizo una tímida aparición el puchero nacional corrido poco a poco, hasta el último rincón de la casa, para ser bullicioso recreo del ama, de la cocinera y del mozo. Cuando lo vi llegar, anárquico y pintoresco como una combinación política, humeante como un polvorín, variado y contradictorio como los Estudios económicos, me dieron ganas de entonarle la canción de Yungay. La crisis

restablece el patriotismo en las cocinas. Si la situación de inflado bienestar de los últimos años se prolonga, nadie habría conseguido que probáramos el charquicán ni la chanfaina; si el oro de Magallanes sube, nos habríamos alimentado con nidos de golondrinas; si todas las madereras y las ganaderas la aciertan, no habríamos encontrado en el mundo suficientes canarios para nuestras cazuelas. Pero hoy día volvemos humildemente al puchero; como en el mobiliario volveremos a la silleta de totora; como en la vajilla volveremos a la loza de Talagante.

La comida, naturalmente, fué rápida y liviana. ¡Cómo se difunde la higiene, a medida que la lista de cotizaciones se pierde de vista! Mientras los hombres hablaban de la posible unificación liberal democrática, del movimiento liberal y de ministerios futuros, la señora de la casa mantenía animado diálogo con otra de las presentes, su tía, una vieja, simpática y caritativa mujer.

—Yo no lo creo—decía ésta.

—Yo sí, porque lo ha publicado *El Mercurio*, y hasta el retrato salió hoy en el *Ilustrado*.

—Cosas de los radicales, hija, para dar escándalo. Nada más que para dar escándalo. Tú sabes que el teatro no es cosa buena, ¿y voy a creer yo que un señor canónigo, aunque sea extranjero, vaya a meterse a dirigir una ópera? ¡Nunca!

—Pero, sí! Tiene permiso del Santo Padre.

—*Eso dirán.*

—Y es cierto.

—No me digas, hija! Tú tampoco lo puedes creer. ¿Te figuras a un canónigo dirigiendo la Gioconda?

—Pero óigame, tía! Si él va a dirigir solamente su ópera, y su ópera va a hacer mucho bien. Figúrese usted que un músico protestante ha hecho una pieza en que sale San Juan Bautista, y hay una danza de los siete velos...

—¡Qué maldad!

—Bueno, pues; el señor canónigo que viene ha contestado esto con otra ópera, que es buena y en que las bailarinas no salen así...

—Es claro; no deben salir. Y si salen...

—Eso digo yo; y si salen, deben salir más abrigadas, de manera que entonces se pueda llamar la danza de las siete franelas.

—¡Vivir para ver, hijita! Ayer no más me habría dejado cortar una mano y no habría creído que esto era cierto.

Uno de los comensales interrumpe:

—¿Y por qué no creía usted, señora?

—Porque ésto no estaba en mis libros.

—¿Tampoco estará en sus libros que el Cabildo Metropolitano va a abonarse a un palco cueva?

La mujer de éste salta violentamente:

—Eso no te lo creo...

—¡Si me lo ha contado un redactor de *La Unión!*

—Pues no te debe creer nadie. Ya me has engañado otras veces. Tienes esta costumbre de decir

tonterías, y si una las repite, queda en ridículo. El otro día me dijiste que las obras del puerto de Valparaíso eran muy caras, porque había que forrar toda la bahía con latón; después me aseguraste que eso que llaman *modernismo* y que ha condenado el Santo Padre, era la aplicación del arte nuevo a la construcción de iglesias. Por fortuna, antes de repetirlo se lo pregunté a mi tío, y me recomendó que no lo fuera a decir, porque me creerían loca. Eso del palco del Cabildo es una mentira!

La conversación continúa. Alguien dice que los radicales, cansados de hablar sobre la intervención del clero en las elecciones, van a lanzar un nuevo grito de guerra contra la intervención del clero en las candilejas.

Dejando a un lado los comentarios que esta novedad teatral ha de provocar en Santiago, es un hecho que un músico distinguido, que es al mismo tiempo un respetable sacerdote, ha compuesto, desde el punto de vista cristiano, una ópera, *Il Battista,* que es una réplica en el terreno del arte, a la *Salomé,* de Strauss. El libreto de esta ópera, sacado de una obra de Oscar Wilde, con toda la cruda sensualidad que campea en torno de este discutido escritor inglés, ha provocado en todas partes protestas y censuras. El maestro Fino, que vendrá a Santiago en Agosto, dará a conocer que así como la Iglesia ha permitido la propaganda en el teatro dramático y en la novela, no quiere renunciar a re-

vestirla también con todas las galas y seducciones de la ópera.

Por otra parte, en el siglo XVII quien hizo los libretos de las primeras óperas en Francia fué el abate Perrin. El señor Giacomo Fino tiene en su arte centenares de hermanos que han vestido como él el traje religioso.

# UN ENCUENTRO

Uno de los más intensos placeres morales de la vida, es encontrar un compañero de colegio, después de algunos años de no verlo. Cuantos más años hayan pasado entre la vida del colegial y su descubrimiento, tanto es más intenso el placer.

Ayer me he encontrado después de veinte años con Brown, con Roy Brown, a quien llamábamos *El Tití* Brown, breve de nombre y de cuerpo, ágil de movimientos, vivo de mirada, inteligente y estudioso. Lo que en muchos de sus compañeros se encontraba repartido, lo tenía Brown reconcentrado en sí mismo: los ojos azules de Pérez, el pelo rubio de Rabier, la ligereza para correr de Valledor, la memoria de Ruíz, la facultad para la mecánica de Parada, la contracción de Rojas, la fuerza y el buen humor de Basoalto. El Tití Brown era, por consiguiente, tan popular entre los colegiales como pres-

tigioso entre los maestros, lo que no suele ocurrir ni en los colegios ni en la vida.

Cuando Brown hablaba sobre algo serio, todos decíamos: éste va a ser Ministro; cuando hacía gracias, todos exclamábamos: ¡qué gran artista va a ser Brown! cuando componía un reloj o arreglaba un velocípedo, todos pensábamos: ¡cómo se va a ganar el dinero este Brown!

El *Tití* iba a ser de todo, pero todo grande; en todo podía y debía ganarse el primer puesto. Ningún hombre ha salido a la vida más armado: sus cualidades eran, en su cabeza despierta y sólida, un verdadero tablero de ajedrez, en que cada pieza tiene un movimiento diverso, implacable y seguro.

Muchas veces, cuando ya salidos a la vida, sentíamos borrarse de la memoria el colegio, recordábamos sin embargo a Roy llenando los patios y las clases con su simpatía, con sus carreras, con sus risas. ¿Qué será de Brown? nos preguntábamos entre los compañeros que nos íbamos topando en el camino de los negocios. De repente saldrá por ahí rico; será dueño de todo lo que quiera!

¿Qué será de Brown?

Ayer me he encontrado al fin con él, después de veinte años de no verlo. ¡Veinte años! Yo también puedo hablar de veinte años atrás. ¡Cómo envejecemos!

Me he encontrado con Brown; pero no lo he visto.

Digo mal: Brown se me presentó; pero no estaba delante de mí. Tampoco es ésto.

Pasaba ayer por la calle Ahumada en dirección a la Alameda. Un sastre desesperado de que no le paguen sus clientes, ha sacado a la puerta una pizarra y ha escrito en ella los nombres de una docena de sus deudores más empecinados o con menos vergüenza. Y allí estaba el nombre breve, brevísimo, del Titi: *Roy Brown*. Quedé paralizado, entré bruscamente a la tienda, mientras enrojecía de vergüenza, al mismo tiempo me llevaba la mano al bolsillo con el gesto de un banquero. Llevaba los ojos a punto de dejar caer una gota de algo.

Después me dió risa, porque me pareció tan gracioso encontrar después de veinte años al Titi Brown, al hombre listo, inteligente y vigoroso, enredado en una pizarra de deudores morosos, puesto en el *piloris* de una sastrería.

—¿Cuánto debe Brown? pregunté.

Me dieron la crifra. Perdonen ustedes que por respeto a esos recuerdos de colegio no la dé a conocer. Era muy poco para un hombre como él; pero demasiado para mí. Conté mis billetes; quedaban cortos, y como mi fortuna anda siempre en mi bolsillo, miré indignado al dependiente cuando me insinuó vagamente la idea de un cheque. Salí triste, sin poderle prestar este servicio al pobre Titi.

Y, sin embargo, yo le soy deudor de algo. Entre

mis libros debe existir uno *El Deber* de Smiles, que Brown me obsequió con una dedicatoria, que decía: «A Angel Pino, para que recuerde siempre a su amigo y no se olvide nunca de sus deberes.—*Roy*».

# COMIDAS CORDIALES

«La comida terminó en medio de la mayor cordialidad», dicen muy a menudo los redactores de la «Vida Social». Durante mucho tiempo, he esperado con paciencia que al final de una de estas manifestaciones se agregara una frase por este estilo: «La comida concluyó en lamentable divergencia de opiniones. Quedaron heridos el festejado y algunos de los manifestantes. La loza blanca fué retirada en sacos, totalmente molida». Pero nunca ha sobrevenido excepción alguna a esta cordialidad que continúa sorprendiendo a los redactores de las crónicas sociales.

Paréceme, sin embargo, que cuando se han reunido por espontánea voluntad, diez personas para festejar a otra, y además los once comensales han comido, no hay razón alguna para que la cordialidad llegue a faltar. Podría decirse que la comida

terminó a tal o cual hora; pero es de una ironía estupenda agregar que terminó con cordialidad, porque éso quiere decir que las once personas no se estropearon ni física ni moralmente.

Parece, pues, que la frase de la cordialidad es un símbolo delicado para significar que la concurrencia se retiró por sus propios pies y no en hombros de los criados.

Debe ser también esta frase resabio de los viejos tiempos en que este país vivía pobre y honrado, pero en que la educación, como hoy día los automóviles, era patrimonio exclusivo de los ricos. He leído en *El Araucano* del año 35 una descripción sobre un baile que se celebró en el Palacio de Gobierno, y en el cual, según otras informaciones, se gastaron quinientos pesos de 48 peniques en chirimoyas. En el artículo se dice que ha llamado muchísimo la atención que no hubiera escenas de atropello en las mesas de la cena ni en las de los refrescos, y que, por el contrario, «sobrara comida para buen número de personas». En aquella misma fecha se decía que después de las fiestas militares del 18 de Septiembre «Las tropas se retiraron en buen orden y entraron todas a sus cuarteles, sin motines ni pronunciamientos. Bendigamos a Dios, porque nuestro país progresa visiblemente».

Sin embargo, desconsolador sería para los redactores de *El Araucano* ver que setenta años despues, las reseñas de las fiestas agregan, para tranquilizar

al público: «La comida terminó con la mayor cordialidad».

«La fiesta de anoche (un beneficio teatral) ha sido culta y digna de un público europeo.»

No menos que la cordialidad, después de las comidas, sorprende a los escritores sociales que los dueños de casa sean atentos con sus visitas, y que los invitados agradezcan estas atenciones.

«Debemos dejar especial constancia—dicen—de las delicadas atenciones que el señor y la señora tal, tuvieron para con sus invitados.»

«Los invitados se retiraron a altas horas de la noche, sumamente agradecidos a las atenciones de los dueños de casa.»

No conocemos las suspicacias del público; pero debe ser probable que si se suprimen estas advertencias, los lectores supongan cosas abominables:

—Parece que la casa en que se dió el baile estaba con las puertas cerradas y ningún convidado pudo entrar. El diario lo da a entender entre líneas, porque no dice nada si don Fulano y doña Zutana estuvieron atentos.

—Parece que todo el mundo salió rabiando de casa del señor X., porque nada dice la Vida Social, de si se fueron contentos.

Y más de algún exagerado concretará estas sospechas en pocas palabras:

— A don Fulano de Tal lo apalearon anoche los asistentes a su baile.

Por esta razón, para evitar tantas malas inteligencias es tal vez preferible que se continúe expresando que en las comidas hubo cordialidad, y en los bailes cultura, que los invitantes fueron atentos y los invitados lo agradecieron.

# ¿VENDRÁ EL REY?

Cierto amigo mío es refractario en absoluto a las peluquerías. Usa ardorosamente todo nuevo invento que permita afeitarse con rapidez, evitándose el suplicio de tomar asiento por media hora en una barbería, y principalmente el de permitir que dos manos ásperas le palpen la nariz, le froten las mejillas y le tomen la barba con femenino ademán.

Pero cuando se ve obligado a servirse de un peluquero, procura que el tiempo pase con rapidez, que una distracción cualquiera le haga tolerar el manoseo habitual y las demás odiosas operaciones del caso. Ha encontrado mi amigo que el medio de conseguirlo es provocar una conversación molesta para el peluquero. Cuando el cable trae algún negocio excitante para los franceses, mi amigo elige un peluquero francés, y lanza el tema tan pronto le ponen al cuello la servilleta. Si hay un asunto de-

sagradable para los italianos, mi amigo busca un peluquero italiano y le espeta la noticia tomando la defensa de lo que puede serle más intolerable. Si el peluquero es español, mi amigo defiende siempre el derecho de los catalanes para separarse de España.

Pues bien, mi amigo me acaba de declarar que el rato más breve y más interesante que ha pasado en una peluquería ha sido el de ayer. Su peluquero era español, y el tema fué «el posible viaje del Rey de España» a Sud América. Trataré como sea posible el diálogo del cliente al barbero, advirtiendo que la mala fe que suele notarse en mi amigo se debe al deseo de mantener en un tono nervioso la conversación.

—El Rey de España debe venir a América.

—Tal vez conviene que venga; pero usted ha de comprender, señor, que nada tiene que aprender aquí Su Majestad. ¿Quiere usted el pelo corto o largo?

—Regular. El Rey de España debe venir, y precisamente debe venir a aprender muchas cosas que no sabrá sino en Sud América.

—Señor mío, no comprendo absolutamente.

—Vaya contando usted y yo le iré enumerando. El Rey de España debe venir a inspeccionar oculármente el Nuevo Mundo:

1.º Para que sepa a punto fijo qué fué lo que descubrió Cristóbal Colón. Para que sepa si valía o no la pena el nuevo continente, de que Isabel la Católica hubiera vendido sus joyas para comprar carabelas. (Esa tijera me está tirando el pelo).

2.º Para convencerse personalmente de cómo le mentían a sus abuelos los capitanes generales, los obispos y los oidores, cuando desde el año 10 hasta el 30 les informaban que estos pueblos no podían vivir sino bajo la paternal dominación de España.

3.º Para que todos los indios, desde Moctezuma y Atahualpa hasta Caupolicán, que fueron saqueados y mutilados en nombre de la religión y del Rey de España, tengan el placer de conocer a éste, ya que murieron sin querer conocer a aquella. (Cambie de tijeras hombre, me está usted martirizando).

4.º Para que experimente cómo la forma republicana y el habla castellana se armonizan extraordinariamente y hacen surgir metrópolis como Buenos Aires, México, Santiago, Montevideo, Valparaíso y Lima.

—¡Vamos! ¿Cree usted que a esos indios había de conquistársele con caramelos? Si es este el espíritu con que ustedes van a recibir al Rey, no vale la pena que venga. Allá por lo menos es el Rey...

—Salvo cuando le disparan bombas.

—¡Vamos! Usted está hoy de bromas...

—El Rey de España debe venir al Nuevo Mundo

así como alguna vez pueden y deben ir los nietos a la heredad que perdió el abuelo, para ver cuáles trabajos hizo aquél y cuáles han hecho los que se quedaron con ella.

—Vea usted, señor, y perdone. El Rey de España debe venir aquí como un Rey y no como un inmigrante...

—¡Pues es claro! Pero no debe venir a descubrir por segunda vez a la América. Nosotros ya estamos bien descubiertos.

—Nadie dice eso. Pero es natural. El Rey de España representa a la madre patria, y supongo que la madre patria significa aquí algo todavía.

—Sí, sí; todo está bien. Pero no pretenderán ustedes que saquemos el soldado español que está debajo de la estatua de O'Higgins. Lo recibiremos en la casa, con decoro, con respeto, sin quitar lo que recuerda que dependimos de los Reyes de España, nos emancipamos de ello, y estamos muy contentos.

Además, mientras usted concluye de peinarme, le diré a usted que ya España no es la madre patria, sino una tía patria. Ya ni todos los que aquí vivimos descendemos de españoles, ni buscamos en España la fuente de las ideas y pensamientos del progreso moderno.

—El Rey de España, al venir a América, le hace un grande honor.

—Sí, señor; tanto como el que América le hace

a España recibiendo a su Rey con los brazos abiertos.

En fin, que según mi amigo, cuando menos pensaba, ya había quedado recortado, peinado y afeitado, sin sentir molestia ni cansancio, y todo a costa del Rey de España.

Este cliente que desafía en tal forma al hombre con arma blanca sobre las carótidas, va a morir decapitado... por casualidad.

# MATRIMONIO CON PRÍNCIPE

Señora de mi consideración y respeto:

Al poner el pie en el estribo, el lunes pasado, para abandonar su hospitalaria casa, me decía usted, refiriéndose a sus hijas: ¡«y afánese usted por educar a estas muchachas! Se casarán con cualquiera! *En cambio, ahí anda ese príncipe de los Abruzzos*, que ha pasado tantas veces por Chile sin mirar una mujer, enamorado ahora de una protestante y de una *zafada!*» Como mis acompañantes se ponían en movimiento y no era posible perder el tren por debatir el punto, me privé, señora, del placer de oirla a usted discurrir sobre este tema, que según el prólogo, debe ser mui gracioso en su boca. Permítame usted que ahora, con tiempo y con papel por delante, le diga lo que pienso y lo que no pienso, sobre lo que usted dijo y sobre lo que seguramente pensaba yo y no decía. Realmente sus dos chicas de usted

son dos princesas. No sé yo si un jardinero es capaz de conseguir que en mismo terreno y con una misma semilla se produzcan dos flores tan diversas y tan hermosas, como son diferentes y hermosas sus hijas de usted. Me hacían recordar, al verlas en el corredor de la casa, cierta estrofilla española que tiene reflejos orientales:

Eran dos muchachas
libres de afición:
una blanca y rubia
más bella que el sol,
la otra morena
de alegre color,
con dos claros ojos
que dos soles son.

Ya lo he dicho, son dos princesas; pero usted no ha hecho nada, seguramente, para educarlas y formarlas para tales. Y ha hecho bien, porque en lo que llevamos de vida independiente,—cuente usted un siglo y no se equivoca,— han pasado por Chile cinco o seis príncipes, y es poca ocasión en tantos años. Educar niñas para estos príncipes filantes que, como los cometas, no tienen períodos fijos, es como si un comerciante invirtiera hoy día todo su capital en collares de perlas. Quedamos, pues, en que sus niñas son princesas por la parte de afuera; pero que nada se ha hecho, y con razón, para que también lo sean por dentro. Sus hijas de usted saben bas-

tante castellano para manejarse en Chile, para ser mujeres de un hacendado rico, de un diputado, de un ministro de Corte: pero del francés no recuerdan lo que estudiaron, y del inglés ni siquiera saben lo que dijo Carlos V, que era idioma para hablarles a los pájaros. Comprenderá usted que no habiendo príncipes traducidos al castellano, ni menos aun príncipes en esperanto, en caso de que llegara uno y alojara, como nosotros alojamos, en la hospitalaria casa de Los Sauces, no podría hablar sino con su viñatero de usted, que sabe dos idiomas y los habla cuando no está ebrio. En esta forma ha podido venir dos o tres veces el príncipe de los Abruzzos y no conocer ese par de sirenas que usted cree, y con razón, que van a caer en manos de un cualquiera.

La señorita Elkins, cuya habilidad para la pesca de ballenas conoce hoy el mundo entero, porque me parece, señora, que hacer morder el anzuelo al posible heredero de un trono, que es además, un sabio, un *gentleman* y un marino, es pescar un productivo y gigantesco pez que da, al mismo tiempo, barbas, aceite y huesos: la señorita Elkins, digo, es tan hermosa como cualquiera de sus hijas de usted. Sabe, además, inglés, francés, alemán e italiano; ha estudiado el latín, vive en Estados Unidos, y la moneda que recibe en dote, el mentado *dollar*, se cambia, cada una, en el país del novio, por cinco liras. Un país que tiene muchachas bonitas, ilustradas y con una moneda tan suculenta, abarrotará los prín-

cipes, señora mía, y no dejará para nosotros sino muy poca cosa.

Vea usted. La niña norteamericana no es *zafada*, como usted piensa: tiene sus visagras buenas. No hay que confundir la soltura de movimientos, la arrogancia y desplante del porte, con *zafaduras* o con frescuras. Es un producto de los ejercicios físicos, de una gran confianza en su voluntad y de un uso constante del agua fresca. No se sabe dónde ni cómo se juntó la sangre francesa con la inglesa para crear esta niña, que es, al mismo tiempo, bella, elegante, reflexiva e impetuosa. Cuando la famosa Miss Roosevelt recorrió el mundo en compañía del señor Taft, dejó estupefactos a los periodistas franceses, con el apretón de manos que dió al Presidente de la República: «Mi padre,—le dijo,—me encarga saludarlo a usted. El tiene de usted una excelente idea, lo estima un hombre de Estado y se interesa mucho por su programa.» ¿Qué es ésto?—dijo la prensa.—Es este un nuevo tipo de mujer, de que va a hablar, seguramente, la historia. ¿Qué habría hecho una señorita francesa en su lugar? Ruborizarse, bajar los ojos, hacer una venia elegante y encogida y después marcharse con su aya o con su mamá. Hasta hubo algún cronista picaresco que supuso que la hija del Presidente había pedido consejos a Miss Roosevelt para adoptar su manera de ser, y que había retrocedido escandalizada ante ciertos saltos y volteretas gimnásticas. Aparte usted, señora, lo que hay de broma o

de exagerado en todo esto, y piense usted lo irresistible que sería su hija Adela, la rubia, con tres dedos más de estatura, con dos centímetros más de carne en algunas partes y dos menos en otras; con cuatro idiomas; con un baño diario helado; con conocimientos de historia, de ciencias, de arte, y hablando poco, sin embargo; con diez millones de pesos y viviendo, finalmente, en Washington en vez de vivir en la calle de Duarte o en las hospitalarias casas de Los Sauces. Por lo demás, hija y nieta de senadores es aquélla, como ésta lo es de diputados, y los títulos de las propiedades en Virginia no serán más limpios que los de su marido de usted en la frontera.

Además, sus hijas de usted no saben una palabra de literatura, ni de la historia del arte y de la música, ni de latín; tampoco sabemos, ni usted ni yo, nada de eso, porque aquí nos contentamos con poco y sacamos a los niños del colegio para que vean luego el mundo, si son mujeres, y para que vayan *ganándose su ropa*, si son hombres. (¡Cómo si no hubiera tiempo para saberse de memoria el mundo, y para ganar y perder su ropa cada cuál!) En cambio, la señorita Elkins, después de hacer los estudios generales, ha entrado al *College*, que es como la Universidad para las mujeres, y allí ha perfeccionado sus conocimientos con esos estudios superiores de que le hablo.

Por otra parte, señora amiga mía, seamos justos. ¿Qué sacaríamos con hacer aquí tan perfectas las mujeres, cuando las vamos a casar en seguida con los habitantes del pais que tienen como lema en sus monedas: *por la razón o la fuerza?* Además, aquí un día estamos ricos y tenemos a las mujeres como reinas, y al otro día quebramos y las echamos a la cocina a hacer salpicón. Todos esos encantos de la niña norteamericana se explican resguardados y fortalecidos por el *dollar*.

Veo cómo usted insiste en que la novia del príncipe de los Abruzzos es *zafada*, y que prefiere para sus hijas ese fruncimiento y esas amarras del atado de espárragos. Usted es dueña de ellas; pero le diré a usted que la yanqui que mira de frente a un hombre, natural y simplemente, no hace tanto daño como su par de hijitas de usted, que andan generalmente con los ojos bajos, y que, cuando levantan los párpados, casi echan de espaldas. Son como los reflectores: puestos de fijo, pueden mirarse; pero con intermitencias, hacen cerrar los ojos.

Y para terminar, señora, esto que debió ser conversación de estribo y sale artículo de diario, no crea usted que el ser protestante sea defecto grave en la señorita Elkins. El protestantismo de la niña norteamericana es como nuestro liberalismo democrático: puente para la alianza o para la coalición.

Renuncie usted a todo príncipe, mientras yo hago

votos porque *el cualquiera* que la suerte depare a sus chicas, cambie para su mujer el lema de nuestra moneda *por la razón o la fuerza* en este otro: «por el amor o la persuasion».

De usted M. A. y O. S. Q. B. S. M.

# SEGUNDA PARTE

# HUÉSPED DE LA NACIÓN

Todos mis lectores recuerdan al ilustre político, profesor de álgebra, Ministro de Estado y fabricante de jarabes medicinales, que nos visitó el año pasado en el mes de Noviembre para estrechar la unión de Chile con los Estados Unidos y substituir, de paso, las drogas alemanas por las de su fabricación y que echó al mismo tiempo las bases de un intercambio de señoritas de Santiago con San Francisco y prometió enviar a la Quinta Normal dos ejemplares del árbol del sandwich, que tiene la particularidad de dar como fruto torrejas de jamón, de queso y hasta de salmón ahumado entre rebanadas de pan.

Sí; todos tienen presente el anuncio de su visita hecho con tres meses de anticipación, la sorpresa manifestada no obstante por el Gobierno al saber que iba a llegar Mr. Retless a los Andes, la falta de un cuarto limpio de hotel para albergarlo, las comi-

siones nombradas para requisicionar una casa amoblada, el banquete consabido en la Escuela Militar con aperitivo de marcha de cadetes, el inevitable banquete en el Club de la Unión y la comida en la Moneda. El ilustre sobreviviente de esta hospitalidad pintoresca y siempre igual, ha escrito en *The Blanderbuss Journal* de Filadelfia una relación de su viaje, de la cual escogemos para nuestros lectores algunos párrafos literalmente traducidos.

«Mi gobierno había dado aviso de mi llegada a Chile por la vía cordillera. El Ministro Figueroa me advirtió en Buenos Aires que encontraría en los Andes (al pie de la cordillera), un tren especial con un vagón de lujo y otro para la comitiva designada para atenderme por ese hospitalario gobierno. Llegamos en el ferrocarril transandino, que no es absolutamente cómodo, muy impacientes por ocupar asiento en un coche más confortable. Pero la soledad absoluta de la estación de la pequeña aldea de Andes nos reveló que las promesas del señor Figueroa habían quedado sin cumplimiento. Partía hacia Santiago un tren de carga y el conductor tuvo la amabilidad de ceder a la petición de mi intérprete que pronunció pocas palabras y movilizó otras tantas libras, y nos permitió entrar al vagón de equipajes en que iban nuestras propias maletas. Nos colocamos sentados sobre dos barriles y fuimos descubriendo poco a poco la variedad infinita de animales y de mercaderías que iban corriendo nuestra misma suerte. En un

gran cesto de mimbres, se agitaban violentamente por respirar doce gallinas y un gallo. Mi secretario abrió la cubierta para que cada prisionero sacara la cabeza a la luz. Nos hicimos la ilusión de que esas aves agradecidas, que nos hacían venias y se picoteaban unas a otros, formaban la comisión chilena que nos recibía. Después de haber marchado un buen trecho de camino, sentí cierta humedad en el sitio en que venía sentado. Seguro de mí mismo, atribuí esta vertiente, al mismo barril. En efecto había ido brotando a la superficie un caldo espumante y de olor acre. Se me dijo que era la famosa chicha del país; debo, pues, reconocer que tomé contacto con ella por un punto muy apartado del verdadero conducto para gustarla. Pero, a pesar de de las novedades que a cada momento nos revelaba el derrumbe de los bultos dentro del vagón, y de las bellezas del paisaje que habríamos admirado más entusiastamente desde un buen asiento de resortes, el hambre nos apretaba hasta llegar a estrangularnos. Llegamos a cierta estación del camino, cuyo nombre no tengo interés de salvar del olvido; mi secretario descubrió unos panes gordos con el borde encarrujado que parecían muy calientes y estaban abrigados, como en un lecho, dentro del canasto de la vendedora y de una servilleta medianamente sucia. Mi secretario sabía algunos nombres del país y me dijo alargándome uno de estos panes: *tortilla*.

Yo di un mordisco ávido a la mitad del pan y lanzé un grito. Fuego y lava derretida había en el interior de la traidora tortilla, o mejor dicho, sebo fundido a una alta temperatura, porque mi pobre traje de turismo ha quedado hasta ahora luciendo el chorro que lo bañó desde el primer botón del cuello hasta el borde inferior de los pantalones. Mi secretario gritaba más que yo diciendo: «¡cazuela, cazuela!» y reclamaba de la vendedora en tono amenazante. El conductor nos dijo que era un guiso del país que se llama empanada y que realmente consiste en poner un plato de cazuela muy caliente dentro de una marraqueta, originalidad que no es imitada en ninguna parte del mundo. Ahora, mientras escribo estas líneas, un año después de mi regreso de ese país, cuándo me pongo este traje, todos los perros del vecindario acuden a lamerme. Entonces me doy vueltas por la parte que estuvo en contacto con el barril de chicha y todos huyen. Son dos olores que se rechazan y realmente los chilenos beben chicha para aplacar la explosiva empanada. Sus manchas son refractarias a la soda cáustica y a la trementina. En el país se conoce un poderoso ingrediente indígena que se obtiene de la corteza de un árbol se llama «charquicán», (1) y ataca estas manchas.

En la estación de Santiago, cuando ya no los necesitábamos, encontramos a tres miembros de la co-

(1) Es un error de memoria; debe ser «quillay».

misión cubiertos con sombreros de copa y a un oficial de aspecto alemán que parecía un muñeco de Guignol por lo tieso e inflexible en sus movimientos. Dió muchos tacazos contra el pavimento; pero supo decir muy pocas palabras apropiadas en inglés, suplía la deficiencia del idioma con accesos de tos. Era ayuda de campo del Presidente de la República y nos acompañó al alojamiento en un carruaje de resortes muy suaves. En el camino comprendí que estos resortes son hechos para evitar al extranjero que llega, la sorpresa de ciertos pavimentos detestables.

El alojamiento era simpático, un hotel alquilado entero por el Gobierno, según me pareció; porque no había más alojados en la casa. Estaba amoblado con cierto gusto, en algunos cuartos con elegancia; en todas partes, más como mansión privada que como verdadero hotel. El baño estaba bastante separado del dormitorio. Los chilenos llaman su baño semestral *de aseo,* en contraposición al nuestro diario, que estiman de placer, de costumbre y quien sabe si de enfermedad.

Deseábamos dormir temprano; pero tuvimos que recibir una serie de visitas de personas que venían á darnos explicaciones por las deficiencias de la recepción. Es la costumbre. Llegó primero un funcionario del Ministerio de ferrocarriles a decirnos que el tren especial había sido enviado efectivamente a los Andes; pero con mucho atraso. Se estaba investigando quién era el culpable para castigarlo. Es tam-

bién la costumbre de decir todo esto; pero no se hace nada, ni se investiga ni se castiga. Este es un clima templado, un país benigno y una organización de compadres, primos hermanos y cuñados: lo único efervescente es la cazuela encerrada en tortilla y la chicha en barriles. También entró al salón un jovencillo, el introductor del Ministerio, a decirnos que no había alcanzado a llegar a la estación, porque tenía una tía moribunda. También es la costumbre; este funcionario *no llega* y siempre tiene una tía enferma. También llegó un joven periodista a preguntarme qué me había parecido el trayecto y si había tenido tiempo de ver ya soldados y mujeres chilenas. También es la costumbre. Contesté que el país me parecía llamado a un gran porvenir: que había notado mucha unidad de raza. Me preguntó si había podido ver la agricultura en Pirque, le expresé que acababa de llegar al país en ese mismo instante. A pesar de la respuesta pareció extrañado de mi lentitud. En ese momento, el mayordomo puesto a mi servicio me dijo en secreto que me llamaban por teléfono con urgencia. Un individuo pronunciaba palabras desconocidas para mí, algo de Bolsa y de comprar y vender. Debía ser una equivocación. Cuando todos los miembros de la comisión y las personas que se habían ido a excusar de algo, salieron, el mayordomo me presentó un papel. Era una cuenta por alumbrado eléctrico. Me pareció excesiva prisa en cobrar la media hora de consumo que llevaba y pedí que

me juntaran a lo menos el gasto de cada día; pero descubrí que la cuenta estaba a nombre de un don Pedro Unzurrunzaga y respondí que se trataba de una equivocación.

En fin, avanzada ya la noche, pude colocarme en una ancha cama matrimonial y dormir. Soñaba con la desierta cordillera nevada, con el transandino que pujaba por treparla, con el vagón de equipajes y gallinas, con mil pequeñas incidencias del viaje. Soñaba aún con ladrones. Me parecía que alguién abría a esa hora de la noche la puerta de mi dormitorio y que penetraba de puntillas sobre la alfombra. Una voz muy queda decía: «¡Mamá!» Recordé mi infancia con la rápida traducción de esta suave palabra familiar que designa a la madre y me lanzaba de nuevo a otras fantasías, cuando real y positivamente una mano se posó sobre mi cama. Salté, dí vueltas el conmutador y vi delante de mí, con ojos de espanto, a un joven que venía del campo al parecer, y traía una pequeña maleta en una mano: ambos nos interpelamos, él en su idioma y yo en el mío; pero estoy seguro que nos preguntábamos la misma cosa: «¿Qué hace Ud. aquí?» Sin embargo, la pregunta de mi extraño visitante era más larga y mi escaso español me permitía percibir varias otras: «¿Cómo está usted ocupando la cama de mi madre? ¿Dónde está mi madre? ¿Quién es usted? ¿Cómo se llama usted? ¿Dónde está usted? ¿De dónde viene usted?» Todas estas últimas preguntas las había leí-

do en un libro llamado «Frases usuales en castellano». Pero no recordaba haber visto la respuesta y aún conociendo la respuesta no habría sabido cómo responder, ni si debía siquiera responder a todo eso que parecía ofensivo para mí y para la señora a quien se le daba el respetable calificativo de «madre». Grité a William, mi intérprete, que acudió en *pijamas* y se extrañó de ver plantado allí, al lado de mi cama, a ese señor de maleta en mano y con sus paraguas, bastón y chal enrrollado en la otra, como si fuera mi cuarto la sala de espera de una estación de ferrocarril. El intérprete fué recibido con otra mirada de asombro del joven. Dejó caer sus bultos, retiró su sombrero y se pasó la mano por el pelo como para recobrar su razón.—«Está borracho»—le dije a William— y ha penetrado por equivocación por el fondo de la casa. Entréguele a la policía y déjeme dormir». Pero al comprender el visitante que mi secretario sabía su lengua, comenzó a hablarle con mucha rapidez y William de pronto lanzó la más estrepitosa carcajada, ¡después se dejó' caer a los pies de mi cama, lo que excedía sus funciones de intérprete, y allí saltaba todavía como un epiléptico. Yo comencé a reirme arrastrado por el contagio y también se rió nerviosamente el joven.— «¡Pero, vamos!—dije en voz alta.—¿Qué ocurre? Ya es tiempo de explicarse». ¡Oh! Queridos lectores, la hospitalidad chilena es sencilla y patriarcal; pero reserva sorpresas

infinitas. Escuchad. La casa que yo creí hotel era la habitación de propiedad de los padres del joven que estaba allí a mi lado, de una rica familia Unzurrunzaga, que tiene una de las pocas casas habitables de la ciudad y debe prestarla al Gobierno cada vez que llega un huésped oficial. El joven no sabia una palabra de mi llegada ni de la entrega de su casa al Gobierno. Venía del campo, donde había estado una semana, y había abierto como de costumbre la reja de la calle y la puerta del vestíbulo con las llaves que llevaba siempre en la cadena de su reloj. Habituado desde la infancia a saludar a su madre aunque durmiera, entró al dormitorio y casi sufrió un síncope al ver en su gran catre Luis XV a un *norteamericano*. El *caballero estaba rojo de vergüenza* y quería partir, rogándonos guardar el más absoluto secreto. Pero yo exigí en cambio que se quedara esa noche en la casa y ocupara su mismo dormitorio. Era yo huésped del Gobierno de Chile y él sería huésped mío.

La cuenta de la electricidad, los llamados telefónicos, todo éso me revelaba la incomodidad que debía sufrir el caballero desalojado de su casa i obligado a ocupar otra. Se me ha dicho que en el Centenario media ciudad se fué a vivir en las casas de las otra mitad para dejar locales desocupados a los visitantes extranjeros. Se agrega que los hoteles son sucios por regla general y que eminentes naturalis-

tas han hallado en ellos numerosos microbios en Europa desconocidos, en las ropas de sus camas.

Atravesando densas nubes de moscas y de polvo, nos presentamos a la mañana siguiente a visitar al Presidente. Noté que la Municipalidad no retiraba sino la mitad de las basuras de las calles. La otra mitad, se la traga el vecindario al respirar. Una parte sirve, sin embargo, para hacer vivir a los perros libres, a la gran cantidad de perros *res nullius* que muerden al primer transeunte, en vez de ceder al primer ocupante, como dice el código de lo que no pertenece a nadie. Es digno de notarse que, a pesar de la poca agitación del público que circula en las aceras, los transeuntes se dan encontrones, se pisan los pies, se hieren el rostro con los paraguas y jamás pronuncian una palabra cortés de excusa o de perdón.

Pero la gran sorpresa que revela esta pintoresca ciudad es su pavimento. Hay tres clases de pavimentos: el sistema antiguo, carencia de pavimento; el sistema intermedio, puntas hacia arriba, que fué seguramente el pavimento de los indios; y el moderno, de la imitación papagayèsca, el asfalto Trinidad, con fosos profundos a distancias irregulares. Los santiaguinos no tienen necesidad de esas grandes salas de aparatos de masaje que tenemos nosotros, donde hay máquinas para dar golpes en los riñones, en el abdomen, pasar ruedecitas por la espina dorsal, frotarse con un engranaje los pies o mar-

tillarse con mazos de madera las nalgas voluminosas. Basta correr dentro de un coche por estas diversas clases de pavimentos, teniendo cuidado de no poner la lengua entre los dientes. La sensación es variada y completa: sacude el cuerpo, lo bate, lo mueve horizontalmente, verticalmente, le da contra el techo, contra el piso, contra el frente, contra el respaldo, lo deja en el aire, lo precipita, lo lanza, lo detiene. ¡Qué no se cambien jamás esos sistemas de pavimentos! Los santiaguinos deben su malhumor, es verdad, a estos golpes; ¡pero qué vigor espontáneo presta a un vago, aficionado a la vida sedentaria, y qué medios digestivos para la población que se nutre con esa cazuela de sebo fundido, dentro de la caparazón de tortilla endurecida en las bases!

A mi secretario le ocurrió un percance al día siguiente de nuestra llegada a la capital de la República. Fué conducido a un paseo público y social que consiste en darse vueltas alrededor de una estrecha plaza, llamada *de armas*, seguramente porque allí esgrimen las mujeres la más poderosa de que disponen: los ojos. Divisó una señorita que aparentaba tener edad, que parecía disfrazar sus años con un traje infantil, contener las expansiones del cuerpo con una coraza de barbas de ballena y llevaba las puntas de sus pestañas destilando pintura negra y los labios duplicados por una raya de Ripolín rojo colocada fuera de foco. Esta criatura miraba con todos sus ojos, y de tal manera, que creyen-

do mi secretario que deseaba vehementemente hablarle, se le acercó para invitarla a almorzar para el día siguiente. Se produjo un pequeño escándalo; la señorita era hija de un senador, hermana de un diputado, prima de un canónigo, sobrina de un general y novia de un Ministro; es decir, lo más distinguido, aristocrático y severo del país. ¿Por qué se pintaba? ¿Por qué miraba así a un extranjero? Es la costumbre; hay que estar prevenido para no sufrir decepciones o bastonazos. El paseo es pintoresco: las señoritas giran en un sentido, los jóvenes en el opuesto y las madres se ocultan en el jardín a hablar de remedios. La droga es una necesidad para todo chileno. No hay caballero que no esté tomando unas píldoras de moda ni señorita que no se esté poniendo inyecciones de medicinas terminadas en *ato,* como cacodilato, metarsinato, bicarbonato y capagato, ni señora que no se está aplicando un régimen acabado de llegar por el último correo. Yo aconsejo a los jóvenes farmacéuticos de los Estados Unidos establecerse en Santiago de Chile. Un tónico inofensivo, bien administrado y caro de precio, puede hacer una fortuna. La clientela es dócil y hay que redactar los avisos en tono vigorosamente imperativo. Unos fabricantes franceses ordenaban por esa fecha: «Jubolizad vuestros intestinos» y la sociedad entera no hacía otra cosa que jubolizarlos a todo escape.

Es también digno de observación el abuso del

aperitivo en los bares y centros sociales de esta ciudad tan peculiar. Para conocer a ciertas personas hay que inyectarse un litro de diversos alcoholes mezclados con azúcar, clara de huevo, ácido de limón, canela y raspadura de naranja, divididos en pequeños vasos de valor de un peso moneda corriente, cada uno. Cuando ya se está vecino a la ebriedad se sabe más del cambio, de la política y del verdadero valor de las acciones de ciertas compañías, que después de leerse todos los infolios que regala el Gobierno. Algunas de estas bebidas tienen sabor y olor a farmacia y así se explica el placer con que lo gustan los jóvenes chilenos. Uno de los cocktails en boga debe contener una regular dosis de ictiol i otro seguramente no está exento de ipecuacuana.

Cuando ya comenzaba a simpatizar con el excelente clima de esta ciudad y el buen carácter de sus habitantes, tuve una incomodidad que duró poco tiempo. Veníamos en la mañana, de regreso de una excursión a los alrededores, cuando divisé un enorme carruaje fúnebre imperial, con suntuosos penachos que se mecían al viento, seguido por muchos kilómetros de carruajes de lujo, entre los cuales podía contarse una docena de automóviles. Era seguramente el cortejo fúnebre del Presidente de la República o del más grande hombre que lo siguiera en dignidad y méritos. Resolvimos correr al hotel y vestirnos de negro como si fuéramos deudos del di-

funto. Era indudable que habiendo sido presentados a los hombres más conspicuos, y atendidos por casi todos ellos, debíamos conocer al muerto. Seguimos, pues, con rapidez al Cementerio donde con la cabeza descubierta escoltamos el ataúd hasta el fondo del recinto. Pudimos admirar la simplicidad de ese grande hombre que mereciendo una carroza que no tienen los más grandes reyes de la tierra, no era dueño de un pedazo de suelo siquiera y caía en la fosa común envuelto con los humildes.

(Según se nos explicó después, ese carro es usado por todo el mundo y el muerto era un excelente cortador de sastre, vecino a nuestro hotel. El chileno se consuela de vivir pobre y de rodar en malos vehículos, muriendo con ostentación y usando ruedas con llantas de goma para ir hasta la última morada).

La santiaguina es esclava de la moda. Aunque sus vestidos sean útiles, los cambia según las revistas extranjeras; aunque el nuevo modelo destruya su belleza, se sujeta bárbaramente a él. Así, por ejemplo, si se usan sombreros muy metidos en la cabeza, las mujeres gordas que carecen de cuello van con los hombros literalmente metidos bajo las alas del sombrero. Si están en boga las telas a rayas verticales, las flacas las usan sin temer alargarse hasta la caricatura; y, si por el contrario, dominan las líneas horizontales, las chatas se ensanchan en forma realmente pintoresca. Ahora que se divisa

una parte considerable de las piernas de la mujer, la santiaguina que carezca de extremidades finas lucirá sostenes comparables a los de un sofá estilo Misión.

Se me explica que es indispensable rendir este extremoso acatamiento a la moda, porque no es bien considerada quien no sale flamante en cada estación. Además, como todas las mujeres se ven dos veces al día en la calle, se aprenden de memoria en una semana y deben cambiar de vestido con frecuencia vertiginosa. Esto es tan exacto que hay personas que salen al extranjero nada más que para retirar su cara de la circulación.

El extranjero que quiere ser bien mirado, debe pronunciar ciertos juicios categóricos, aunque sean contra su voluntad. Quiero servir de guía a los jóvenes americanos que deseen caer en gracia en Chile.

Desde luego hay una tela negra con que las mujeres de las diversas clases sociales se cubren la cabeza y el cuerpo hasta las rodillas para ir a misa y en general, para salir por las mañanas. Hay que decir que esta tela llamada *Manto* es bella y poética, (no olvidar esta última palabra); que realza la belleza de la mujer chilena y que los demás países envidian la costumbre (no olvidar esta última frase). Si sabe hacer versos, hará una estrofa al manto. Hay una fruta natural, que parece artificialmente formada de crema del Harem con agua de colonia bara-

ta y esencia de clavos de olor, que se llama chirimoya y merece ser cosa de lavatorio. Cuando se acepta una chirimoya, lo que debe ocurrir siempre que se la ofrezcan a uno, se debe lanzar una exclamación que es esperada por todos, un verdadero relincho de placer, sacando la lengua, dilatando las ventanillas de las narices y levantando los ojos hacia el *plafond*. El chileno es exclusivista en las materias culinarias que le gustan y exige que sean gustadas en la misma forma aun por aquellos que no están habituados a ellas. Así hay un artículo de pastelería que se llama «alfajor», que es una especie de bombón grande. En calidad de pastel estaría buena la dimensión, pero como es muy azucarado bastaría con la tercera parte del tamaño. Hay que comerse media docena sin hacer el menor gesto y pedir algunas más para el hotel. Le mandarán a usted una gran bandeja que colocará sistemáticamente sobre la mesa de su cuarto, hasta que el mozo y los vecinos se los hayan comido todos, distrayéndose de robarle los cigarrillos. Cuídese usted de un marisco con sabor a almizcle, del cual se hace una sopa y que se puede comer en toda una vida larga una sola vez; está encerrado en casitas de piedra de mucho mejor construcción que las de Santiago que eran de barro y ahora comienzan a ser de cemento.

En cambio, no encuentre malas ciertas cosas que muchos chilenos creen malas y son buenas.

Hay una yerba marina que tiene la apariencia de una correa para transmisiones y se llama *cochayuyo*. Hay que saberlo guisar. También hay cierta harina de maíz tostado que se llama *chuchoca*.. Ríase usted de los que la encuentra ordinaria e importan en su lugar harina de avena.

Le llamará a usted mucho la atención que al caballo de los coches de servicio público, como al caballo de coche de lujo, le den latigazos en lugar de darle cebada. Hay una Sociedad Protectora de Animales que se ocupa de esta distracción de los propietarios. Ahora la cebada ha bajado en Chile.

El clima es delicioso; pero no lo crea usted tan templado como le cuentan. Los novelistas que ponen sus personajes en Sud América creen que en Chile puede pasar una señorita toda la noche durmiendo en camisa de batista fina con encajes, tendida en una hamaca en medio de un parque, en el rigor del verano. Es verdad que puede tenderse y hasta es posible que duerma; pero será para siempre. La pulmonía es segura.

Una cosa tiene Chile de extraordinario: sus soldados. Su gran acierto ha sido el ejército. Debería militarizarse todo y, por el contrario, se abandona el cumplimiento de la conscripción obligatoria. También hay otra cosa extraordinaria; la honestidad de la gente y lo poco que ella misma cree en su virtud fundamental.

Santiago, con la mitad de las moscas que tiene,

sería una ciudad habitable. Chile, con la mitad de los políticos, un país de gran riqueza. Hay mil moscas por habitante y un hombre que se cree capaz de ser Ministro del Interior por cada grupo de cien habitantes.»

# CASA DE CAMPO ARRENDADA

Una señora de Santiago tenía dividida a la humanidad en dos categorías: la de los propietarios de las casas que habitaban y la de los arrendatarios a los cuales aplicaba despreciativamente el calificativo de *arrendones*. Me cuento entre los últimos.

Principalmente soy un *arrendón* impenitente y sin expectativas de enmienda en materia de casa de veraneo. Se ha hecho una propaganda tan continuada y bien dirigida sobre la necesidad de abandonar su ciudad, sus comodidades y su domicilio ordinario, durante los meses de Enero y Febrero que toda persona que se respete, se apresura a hacer maletas y despachar a su familia a un sitio cualquiera apartado de poblado, con polvo, mala alimentación y asaltos nocturnos. Por una ironía de la suerte apenas se ausentan de la ciudad los veranean-

tes refresca en ella el clima y se hace más ardiente en los campos, se abarata la fruta en las capitales y escasea sobremanera en los amenos sitios donde uno va a buscar el paraíso terrenal de donde fueron expulsados nuestros primeros padres, sin que geógrafo alguno haya podido marcar el sitio de ese gran huerto en que había un solo árbol prohibido o reservado.

*Yo no he podido averiguar el paradero, durante* el verano, de los propietarios de casas de veraneo. Sólo sé que se ausentan con facilidad, poniendo un canon severo de arrendamiento al ciudadano que desea substituirlos por breve temporada. Si las casas de la ciudad dejan algo que desear en diversos capítulos, se comprenderá fácilmente todo lo que falta en estas mansiones de recreo estival. Nadie ignorará ciertas excursiones nocturnas en que el veraneante marcha con vela encendida en una mano y la otra a manera de pantalla para que el viento no extinga la oscilante llama, tropezando con los variados objetos que pavimentan el patio o el corral o el huerto, entrando en vergonzosas contemporizaciones con los perros guardianes, cayendo sobre el marrano gordo que dormita o estampando el exacto modelo de la planta *sobre diversas materias plás*ticas y maleables que se ofrecen impensadamente en su camino.

Acabo de soportar la pesada víacrucis de un arriendo de verano. Bajo el nombre caprichoso de

*chalets* se alzan en los alrededores de Santiago y otras ciudades del país muchas casas de apariencia engañosa y coqueta. Aquí una torrecilla, allá una veleta que hace el encanto de los niños, acá un balcón saliente, ninguna puerta es de líneas rectas ni asume la vulgar forma de un paralelógramo. El arquitecto travieso las ha hecho ojivales del lado sur, otomanas del lado poniente, circulares por el norte y tan estrechas por el oriente que ha sido apenas consultada la moda femenina del día, para dejar entrar a la dueña de casa sin ponerse en la posible vuelta de la crinolina. Distraídos arquitectos y propietarios en estos juegos inocentes de la arquitectura se olvidan completamente de diversos problemas que antes interesaban a los constructores. Por ejemplo, el sol y la lluvia penetran por todas partes; las pequeñas escaleras para subir a los pisos superiores han sido hechas para monos o papagallos; desde el piso bajo las visitas pueden seguir todo el curso de las diligencias que una persona ejecuta en los altos antes de acostarse. Si es una señora, puede oirse hasta el ruido de cada broche del corset cuando lo va desprendiendo uno por uno con aire perezoso. No puede disimularse función alguna de cualquier carácter que sea.

Caí con uno de estos encantadores *chalets* que en veinticinco años más, cuando los árboles que los circundan hayan crecido, tendrán un relativo agrado; pero para entonces el coqueto palacete habrá

caído bajo el golpe incesante de los elementos, pues sus tenues y delicados tabiques, comparados con las murallas de la Moneda, son como los pesos de hoy día con los de 51 peniques de otras edades. Lo único sólido que había en mi negocio era el canon excesivamente alto, fijado por el propietario, en atención a que su casa estaba lujosamente amoblada según aseguraba con ingenuidad el agente comisionista que intervenía, con la sonrisa en los labios, en este trágico incidente de mi vida. Este canon era tan crecido como eran pequeños y casi invisibles los árboles del parque como se llamaba el piso de tierra en el cual comenzaban a verdear algunas varillitas de siete centímetros de alto, a cuyo lado una estaca de dos metros ostentaba una etiqueta de madera con un nombre pomposo y hasta burlesco, como por ejemplo: *wellingtonia gigantea*. Yo había llevado una media docena de hamacas y como no las hubiera colgado entre las barras de los catres, lo que habría parecido redundante, ninguna otra manera habría tenido de gozar en ellas el descanso que me prometía.

La casa tenía muebles era verdad. ¿Conocen ustedes cierta clase de mobiliario que, cuando va saliendo de la fábrica, parece ya viejo, que antes de usarlo produce la impresión de haber sido usado siempre, desde el principio del mundo, por muchas capas y sucesiones de familias, muebles incoloros; pero no inodoros y en todo caso insípidos? Esos

eran los que me esperaban. Las sillas no permitían en sus faldas estrechas otras posaderas que las de los menores de quince años; los sillones tenían resortes tan duros y porfiados bajo el crín de los tapices que expulsaban al visitante apenas se soltara éste de los brazos donde había que buscar apoyo. Los cajones no cerraban; no por defecto de uso sino porque el carpintero los había hecho expresamente más grande que los huecos en que estaban a medias embutidos. El mueble donde se colocaban los sombreros, apenas había recibido dos y sus correspondientes bastones, se inclinaba y caía de golpe al suelo. Todo era allí inhospitalario. Pero lo cruel, lo que significaba un ensañamiento con el huésped y sus alojados, eran los catres, que esperaban solamente la hora suprema de meterse en la cama para plegarse sobre el cuerpo y aprisionarlo bruscamente. El alumbrado de acetileno tenía olor a ajos; las ventanas no juntaban y tampoco era posible abrirlas, permanecían como los ministerios de administración, *entornadas*.

Pero lo que comenzó a exasperarme hasta el delirio, fué la inspección a los retratos de familia que el propietario había querido dejar a mi contemplación, creyendo que o no tenía yo familia alguna y me iba a sorprender de la suya o suponiendo osadamente que a pesar del canon podía yo mirar con simpatía a los abuelos, padres, tíos, hermanos y cuñadas de mi victimario. Al principio tomé con re-

signación el espectáculo de la familia ajena, impuesta a mis afectos. Observé el grupo del matrimonio de los dueños de la casa y de sus hijos de ambos sexos. Él era flaco y narigón, ella era regordeta y casi sin nariz perceptible. La fila de jóvenes habían salido todos delgados y de largas y afiladas narices y en ella se intercalaban graciosamente las niñas bajas, redondas y sin apéndice nasal. Uno sí y otro nó en materia de narices; uno sí y otro nó en materia de carnes. Era delicioso y cómico a la vez. En seguida me fuí a estudiar de dónde venía la gran nariz del padre y la falta de la misma en la madre. Fuíme a los abuelos de ambos y noté que la característica era anterior a ellos, pues los abuelos del caballero ya la ostentaban grandiosa y los de la señora, miserable y casi anulada. Todo ésto era ameno, les aseguro a ustedes; pero toda amenidad desaparecía cuando se llegaba frente al retrato de medio cuerpo de un tío vestido de militar y cargado de medallas de tiro al blanco y posiblemente de alguna acción de guerra. Nunca he visto un tío más repulsivo. Era un animal, es decir, debía ser un animal. Frente baja, de la cual salía el pelo un centímetro más arriba de las cejas. Nariz aplastada (porque debía ser tío de la señora), en la misma forma que se la aplastan pasajeramente los chicos cuando la oprimen contra un cristal de la ventana, pálida y algo vellosa en la vasta plataforma que ofrecía horizontal a la mirada del espectador. Desde el pri-

mer instante sentí por él profundo desprecio. Me lo figuraba atrabiliario. Llegué a asegurarle a mis visitantes que lo conocía de vista y era borracho, aun seguí en la calumnia hasta asegurar que había estafado a un canónigo, cuando con conservadores hablaba, o a doña Belén de Sárraga cuando era radical el interlocutor. Yo quería comunicarle a todos mi odio y formar una cruzada de resistencia contra este hombre que no sabía si estaba muerto o vivo. No podía hacer nada en el escritorio sin que su mirada imbécil me persiguiera y sin que su plataforma nasal pálida y cabelluda se grabara en mis retinas.

Una tarde llegó a verme un señor con el cual deseaba estar en buenas relaciones. Era regularmente antipático; pero yo lo cultivaba con esmero. Con tanto esmero como mi propietario cultivaba sus enanos del futuro parque, en la esperanza de que llegaran a ser gigantes y me sirvieran de sombra para alguna siesta al calor del presupuesto fiscal. Yo me encuentro dotado de un regular espíritu de contradicción, única cualidad femenina que me reconozco, y así entre radicales paso siempre por clerical y entre conservadores aparezco como un demagogo. Pero, delante de un farsante, todas mis contradicciones se desvanecen y le llevo la corriente. En una palabra, cuando un individuo me miente grandezas, yo me atribuyo otras tantas y hasta encarezco la puja. Cuando mi visitante hubo transpasado el um-

bral de mi *chalet,* dió una mirada circular y exclamó con tono de buen conocedor: «No está del todo mal la casita». Y luego, poniéndome la mano en el hombro, me dijo: «Cuando tengas un momento libre, te invitaré a ver mi casa de Viña; verás todo lo que puede discurrir la ciencia moderna del confort y del buen gusto». Debí, pues, asegurarle en el acto, que no sólo era de mi propiedad ese *chalet* sino los dos que asomaban al frente sus torrecillas sobre los eucaliptus y además una casa en Zapallar. Una vez en la mentira, me calumnié con un fundo en la frontera y ciertos derechos de una boratera.

Aceptada la propiedad de la casa, debí reconocer que todos esos malditos retratos eran de personas de mi familia y como el amigo era curioso, le conté una historia sobre cada cual. Recibí sin enrojecerme, felicitaciones por una tía gordita y de aspecto soberanamente cursi. Después de lo cual pasamos al comedor, y como es de regla en casa de arrendatarios, yo le di mal de comer y él se deshizo en elogios a la cocinera.

¿Debo decir que durante toda la comida pensaba con terror en el momento del café y de los cigarros que deberíamos pasarlo de la mejor manera posible en *mi* escritorio bajo la estúpida mirada de *mi* tío? Nada me avergonzaba más que estar obligado a declararme pariente de ese abominable individuo sobre cuya conducta desarreglada tenía ya arraiga-

das aunque injustas convicciones. Pero llegó la hora fatal. Fuí tan pobre de recursos que no se me ocurrió fingir una historia cualquiera que me librara de un oprobioso parentesco, como, por ejemplo, un salvamento a un sobrino que se ahogaba en el balneario del Recreo. Mi amigo entró al escritorio y antes de sentarse fué recorriendo uno por uno las fotografías apoyadas sobre los estantes. Se detuvo ante el retrato de medio cuerpo y se quedó meditabundo. Yo sentía ira y vergüenza. Me retorcía de despecho ante la idea de aceptar como miembro de mi familia a ese individuo cargado de medallas de tiro al blanco. Pensaba declararlo tío, pero extraviado. Con esta palabra vaga dejaría ancho campo a las conjeturas, dando libertad al curioso de suponer que el extravío era de nacimiento o de conducta. Pero no hubo tiempo para mayores preparativos mentales. ¿Quién es este señor—preguntó con visible interés.—«Un tio paterno»...—había alcanzado a decir—cuando mi amigo avanzó rápidamente hacia mí, y abriendo los brazos me gritó con efusión: «¡Somos parientes! ¡También es tío mío! Don Gregorio Campusano, el más insigne ganador de todos los concursos de tiro al blanco, es nuestro tío común»... «sí, común»... —respondía yo a medias palabras.

Toda esa noche mi amigo pasó mirando al retrato y mirándome a mí y asegurando que los tres nos parecíamos muchísimo.

De resultas de esta trágica escena caí con una fiebre maligna y tuve que guardar cama algún tiempo. Hasta *hoy mi amigo* me grita en todas partes: «¡Adiós, pariente»!

# PSICOLOGIA DEL INTRUSO

El intruso es para mí el ser más misterioso de la creación. Cuando ví por la primera vez la osamenta gigantesca de un animal anti-diluviano, cuando leí las revelaciones que sobre los monstruos descubiertos en el fondo del océano por el príncipe de Mónaco hacían las revistas científicas, sufrí una sorpresa natural; pero luego olvidé esa novedad por otras, en la sucesión constante de preocupaciones que la vida nos ofrece. Pero el intruso me ha atraído siempre en forma permanente y a pesar de los años no deja de preocuparme como en el primer día en que encontré uno. ¿Qué cosa es el intruso a punto fijo? ¿Es un hombre de buena o mala fe? ¿Sabe él mismo que es un intruso? Si lo sabe, ¿cómo insiste? ¿Con qué fin insiste? ¿La intrusión es un fenómeno físico o moral? ¿Es curable? Y, en fin, y para no abusar de las interrogaciones, la intrusión, ¿es consecuencia de

excesivo orgullo y confianza en sí mismo o de timidez y desconfianza?

Y me hago esta última pregunta, porque el fenómeno contrario a la intrusión, es decir, el alejamiento de las personas, proviene en unos de orgullo y en otros de timidez. El arisco no va hacia los amigos o porque cree que deben buscarle o porque teme que su compañía no sea codiciable. No sería extraño que hubiera intrusos por soberbia y también por timidez.

Así como ocurre leyendo las memorias de los botánicos célebres, de los entomólogos, de los zoólogos, que cuando el sabio iba preocupado por la explicación de cierta planta extraña, del aguijón de un insecto o de las condiciones del estómago de un mamífero, se ha encontrado precisamente en ese momento con otra planta, con otro insecto u otro animal que le han contestado por inducción todas sus angustiosas interrogaciones; así me pasó con un intruso, hace muy pocos días, mientras viajaba hacia el sur.

Se había colocado frente a mí en el compartimento de cuatro asientos un hombre que aparentaba treinta y cinco años. Vestía con esa elegancia que suele observarse en los jóvenes chilenos y que no se parece a la del joven inglés más de lo que se asemeja una gallina a una garza. Ambos tipos de jóvenes usan pantalones, chaleco, blusa, cuello y corbata y sin embargo difieren substancialmente. Todavía más,

nuestras sastrerías se jactan de vestir a la inglesa y en realidad siguen la moda inglesa y no la turca; pero, por lo demás, no se parece en nada la blusa del inglés a la del chileno. Cuando este levanta un brazo toda su ropa sufre una violenta perturbación: el cuello sube hasta tapar la nuca, los ojales y los botones libran una lucha cuerpo a cuerpo muy fastidiosa y toda la vestimenta queda haciendo un gesto o mueca de digusto sumamento ridículo. Esta elegancia chilena es apretada, consiste en llevar las cosas justas, en economizar género. Todo debe estar estirado: los pantalones no deben hacer rodilleras (esta es la gran preocupación del elegante chileno), el chaleco debe apretar la cintura, el cuello ceñir todo lo posible la garganta, la corbata formar un nudo perfecto. En una palabra, se ve a este falso elegante nacional muy incómodo en su traje y se piensa que al llegar la hora de desvestirse debe de sentir un placer tan extraordinario como el caballo del coche de posta al ser soltado en la pesebrera. El inglés tiene soltura dentro de su traje y su traje mismo es suelto, forma pliegues donde debe formarlos, es hecho para andar de prisa y con pasos largos y esbeltos, permite la ondulación del cuerpo. El nudo de su corbata no revela trabajo alguno de preparación ante un espejo.

En fin, no quiero distraerme en este episodio. Mi hombre era del tipo del elegante estirado, lo que quiere decir que al sentarse frente a mí se levantó

los pantalones hasta dejar ver una cuarta de calcetines del mismo color de su corbata, del pañuelo que llevaba en el bolsillo sobre el corazón y, seguramente, de los suspensores. De esta manera las rodilleras se formarán en un sitio diverso de donde se encuentran las rodillas, lo que nuestro elegante estimará muy refinado.

La antipatía de este hombre se me comunicó como un pistoletazo. Fingí ignorarlo cuanto pude, a pesar de las sonrisas que divisaba en su rostro al través de mis pestañas cada vez que creía encontrarse con mi mirada. Era una sonrisa, preludio de cariñoso saludo. Por fin, como una señora, la perfecta señora chilena, es decir, gorda y que camina con las piernas abiertas y los pies inclinados hacia afuera, llegara como avalancha a ocupar el asiento inmediato al mío, el señor sonriente dijo en voz alta defendiendo una maleta que había yo colocado allí por precaución:—«Esa maleta es del señor Pino».—«A mí no me importan todos los Pinos del mundo,—repuso con voz agria «la mujer chilena»,—porque este asiento está desocupado»—«Tiene razón señora, dije yo humildemente, tomando mi bulto». Pero no podía ignorar que el vecino me había llamado por mi nombre y así le dirigí una mirada, ante la cual se estiró violentamente una mano enguantada y oprimió la mía temblorosa.—«Yo lo conozco a usted muchísimo don Angel. Su tía doña María Mercedes vive frente a la casa de mi hermana

casada en la calle Compañía y nos vemos continuamente. Cuando mi hermana tuvo su último niñito, su señora tía la cuidó muchísimo y fué de ella la idea de ponerle Ramón, porque según dijo había tenido un tío que se llamaba así. Mi hermana,—usted sabe, la Rebeca, que creo que su señora de usted conoce mucho porque se han encontrado en unas reuniones de una sociedad de beneficencia en casa de doña Manuela Cifuentes, que anda siempre con su prima la Luzmira Letelier y hacen mucho contraste las dos, porque la Luzmira es morena. Usted habrá oído que la embroman mucho conmigo...»

Yo ya no pude tolerar más. En realidad no he tenido ni tengo ni es posible que tenga en el futuro una tía de nombre María Mercedes. No conocía ni a la Rebeca ni a la Luzmira ni al mismo señor que me suponía al tanto de sus amores con la señorita Letelier. Creí conveniente como única reflexión, para no dar lugar a más diálogo, preguntarle friamente:—«¿Y con quien tengo el gusto de hablar?»—«Soy Bernardo Serey, abogado, servidor de usted.»

Con tal estreno no pensé haberme encontrado con el intruso siempre misterioso para mí sino con el famoso tonto de amarra. Pero luego el señor Serey recomenzó una especie de monólogo sobre la guerra europea nada mal hilado y con reflexiones de cierta originalidad. No debía ser pues un tonto sino simplemente un intruso rudimentario. Porque era completamente candoroso éso de hablarle de una tía su-

puesta a un ser que revela estar en posesión de sus facultades. Así fué pasando el viaje hasta que llegamos a Rancagua donde se dijo que había tiempo para descender y almorzar. *No soy carnívoro y como* en estos restaurants de estación no hay jamás un pescado fresco ni un huevo transitable, ni una verdura limpia y sacada en el día, resolví quedarme en el vagón. Pero el señor Serey, que había bajado precipitadamente subía en ese momento de nuevo con gran agitación en el rostro.

—«Baje señor Pino. La mesa está pronta. Yo soy muy amigo de don Salvador Peralta y del conductor y como saben que viene usted van a servirnos especialmente!» «Dispense usted señor Serey, no almuerzo casi nunca...»—«No diga usted tonterías; vamos luego que nos esperan...» Y tuve que bajar en compañía del señor Serey cuya existencia dos horas antes ignoraba en absoluto y que ahora marchaba a mi lado empujándome ligeramente por la cintura.

En realidad el señor Peralta me hacía inclinaciones y el conductor se me presentaba al mismo tiempo con una sonrisa seductora.

Serey me había presentado en calidad de periodista y tal vez de periodista censurador y temible. Don Salvador estaba empeñado en que gustara la bondad de su cocina para que lo dijera en seguida en *El Mercurio,* no sé con qué pretexto, y el conductor, según pude entender, deseaba que se publicara una lista de firmas empeñadas en que no fuera

removido de ese tren. A causa de la intrusión de Serey me veía obligado a comer una carne con una salsa atroz, un pollo, una perdiz y otra carne lo que revelaba en todo caso en el señor Serey escaso gusto culinario.

Yo estaba convencido de que o el almuerzo era gratuito, lo que me iba a hacer reñir con el restaurador o debía pagarlo yo. Con disgusto y sorpresa vi que Serey se abalanzaba a la caja y manipuleaba billetes. Toda mi resistencia fué inútil y habría sido impertinente. Debía resignarme a quedar en manos de este hombre y a aceptar que dijera toda la vida: «Cuando acostumbramos almorzar con Angel Pino en Rancagua...» Entre tanto era su víctima durante el viaje.

Recuerdo que íbamos cerca de Talca cuando el señor Serey que se había alejado por diez minutos de mi lado, volvió en compañía de dos señores altos, gruesos, que parecían hermanos gemelos y lo eran en realidad. Según me impuse por las frases enredadas de ambos y por las más claras y terminantes de Serey, se trataba de dos agricultores de la región, que estaban muy quejosos del juez y querían hacer una publicación.—«Qué suerte la de ustedes de haberse encontrado conmigo, les había dicho el abogado, en el acto van a ser ustedes servidos. Mi amigo Angel Pino que escribe en *El Mercurio* y es muy oído, viene viajando conmigo. Somos inseparables y puedo conseguirles una campaña de prensa».

Los dos gordos pretendían que yo dijera por mi cuenta que el juez Gándara era un prevaricador, que recibía regalos de los clientes, que estaba vendido a la parte contraria en un juicio de aguas que ellos seguían. Serey que también se palmoteaba con los gigantones decía a todas sus afirmaciones:—«A mi me consta». Gasté vanamente mi lógica en demostrar a estos señores que ellos podían decir todo eso con sus firmas. Pero que ni yo, ni menos el diario asegurarían jamás por su cuenta algo que no nos constara personalmente. Me pidieron por fin que les redactara lo que podrían decir con esperanza de ser oídos y entre salto y salto del tren les tracé el bosquejo de un remitido.

La carne del restaurant de Rancagua con su salsa picante me saltaba en el estómago para recordarme que ese almuerzo había sido pagado por Serey y que debía tolerar con paciencia las intrusiones de éste.

Como me fuí convenciendo de que Serey era más bien pillo que tonto, debí interesarme en estudiarlo más a fondo. No podía tratarse de un intruso vulgar, luego la invención de mi tía no era una simple tontería.—«¿De dónde ha sacado usted señor Serey que yo tengo una tía que se llama María Mercedes?» «¡Cómo! ¿Entonces doña María Mercedes Pino no es tía suya?«—Pues no señor, ni tía ni ninguna otra cosa. No la conozco ni la he oído nombrar».—«¡Ah! Entonces dispense; yo creí... ¡lo gracioso es este Angel Pino que se ha venido tan callado sin protes-

tar que le hubieran atribuído la tía de otra persona! Yo creía que usted era de los Pinos de Limache...»

Es evidente que no existe la tal tía; pero Serey necesitaba una introducción y se lanzó audazmente en la mentira para salir después como ha salido, con toda sencillez y sin ponerse colorado siquiera.

Ahora bien, ¿qué pretendía este hombre? Nada; muy poco, no perder tiempo en el viaje. Hacer una nueva amistad a toda costa. La concurrencia del tren era bastante insignificante para que yo pudiera ser una de las personas más interesantes que viajan en él. Serey ha observado que no hay hombre, por impenetrable y adusto que parezca, que no sea susceptible de ser domesticado. Por instinto animal el intruso descubre un sitio desocupado entre las personas que poseen cierta influencia o notoriedad, o fortuna, o lo que sea, para diferenciarlas del montón, y las que necesitan ayuda, amparo, empeños y no tienen medios directos para solicitarlos. El intruso es, pues, un intermediario. El intruso nace y no se hace. El intruso tiene condiciones especiales y carece de olfato, de oído, de delicadezas demasiado aguzadas. Es un animal constituído especialmente para embestir a unos y ponerlos en relación con sus propias relaciones y otras igualmente facticias, como la mosca, volverá tantas veces como sea necesario hasta ser admitido por aquel cuya relación persigue. El intruso es eterno como el mundo y mientras haya tres hombres sobre la tierra, uno

de ellos será intruso. El intruso, como el insecto que, sin saberlo lleva el polen de una flor a otra, establece conocimientos que no están previstos en su programa. El intruso, finalmente, es útil y (admírense mis lectores), es necesario. Además el intruso *no es gratuito:* saca siempre un provecho.

Hay en estas ciudades-aldeas de nuestros países muchas influencias sueltas. El intruso las caza, las recoge, las ordena, las clasifica y se sirve de ellas dejándose una pequeña comisión. Perro que husmea por las orillas de las paredes, sabe que fulano es bien mirado por zutano y que no tiene ocasión de decírselo. Pues bien, él se presentará como amigo del uno y se introducirá en el ánimo del otro. Esas influencias sueltas, como la semilla de cardo, volarían lejos, muy lejos, si el intruso no se pusiera como el espino a su paso para recogerlas y retenerlas. Aprovechador de fuerzas motrices perdidas, el intruso representa un factor importante en la economía social.

Todo esto lo he pensado antes de conocer a Serey en Santiago. El abogado ha continuado cultivándome. Me llega el rumor de que se dice mi amigo. Debo creerlo a juzgar por la insistencia con que algunos solicitantes de imprenta pronuncian su nombre como medio de destruir mis resistencias a sus publicaciones.—«¡Si es el abogado Serey el que nos manda a hablar con usted!», como esperando que yo abra los brazos y me tome la cabeza con ambas

manos y exclame:—«¡Haberlo dicho antes, pues hombre! ¡A Serey yo no le puedo negar nada!»

Sin embargo, declararé que he visto a mi intruso en una falla grave. Lo he encontrado con don Juan Luis Sanfuentes en la calle y me ha hecho un saludo protector. Esto no está de acuerdo con el carácter que he atribuído al intruso en general. Debe comprender que este gesto me habrá disgustado sobre su conducta y que ahora seré más severo para sus recomendados. ¿Cómo se le habrá introducido a don Juan Luis? ¿Lo tendrá él también por intruso o lo creerá un valioso contingente para su campaña presidencial?

¡Oh, Serey! ¡Tú eres un hombre fuerte! Tú vas a ser alto empleado público en espera de una diputación por la cual llegarás a un Ministerio. Y entonces tú también encontrarás intrusos en tu camino que te hablarán de tías que no tienes y tratarán de hacer creer que son hermanos de leche contigo.

Los intrusos forman una cadena sin fin, una de esas cadenas de capachos para elevar agua; cada cual recoge, sube y vacía. Se dice, sin embargo, por los Santos Padres que en el valle de Josafat los intrusos no van a encontrar lugar.

# ISLA DE MUCHO MÁS AFUERA

Todo lo que no sea política o elecciones no interesa en Chile y por ésto no es de extrañar que el descubrimiento de la isla de Mucho Más Afuera, situada en el archipiélago de Juan Fernández, mereciera apenas un parrafillo de crónica. Debo sí reconocer que el Gobierno pensó un momento en establecer allí una segunda colonia penal, en vista del mal éxito de la otra más cercana al continente. El descubrimiento se efectuó simultáneamente, hace apenas un año, por marinos chilenos y yanquis, pues el crucero *Sacramento* obtuvo en Valparaíso se le acompañara con un escampavía de la Armada Nacional para comprobar la verdad de la afirmación de un capitán de buque mercante que aseguraba haber visto unos peñones cerca de cien millas de distancia de la isla de Más Afuera.

En el mes de Enero de 1912 los barcos avistaron

unas colinas al parecer estériles. El capitán chileno del escampavía telegrafió un marconigrama a uno de sus deudos, Diputado al Congreso—con el cual llevaba el compromiso de avisarle sobre la fertilidad de la isla, para obtener antes que nadie, una concesión del Gobierno—diciéndole que el nuevo peñón no servía ni para alimentar un cabro por hectárea. Llegaron a una pequeña rada donde se efectuó el desembarque de cinco hombres de cada barco con los tenientes Davidson Jones y Sepúlveda López. Después de remontar tres cuartos de hora los farellones de la orilla, izaron el pabellón chileno, según las instrucciones comunes y bajaron a una hondonada fértil cruzada por un curso de agua y un bosquecillo ameno. Allí bebieron el primer «whisky and soda». Ni animal ni vivienda alguna manifestaba huellas de una exploración anterior.

Vueltos a bordo se acordó organizar una expedición con víveres para una semana. Se agregó al convoy a un geómetra americano y a un profesor de violín chileno—que estaba en el escampavía, gracias a una recomendación del Ministro—con el objeto de hacer algunas anotaciones científicas y comunicarlas a los Gobiernos respectivos.

La hondonada fértil mostraba una colina central cubierta de escasa vegetación, cactus en su mayor parte. En la base y a uno de sus costados se abría una caverna tan vasta como la nave de un templo, pero mucho más baja.

Comenzó allí una atenta exploración de los muros, ayudados por lamparillas de acetileno. Se habría podido pensar en una mina, una mina antiquísima que encerró tal vez un rico bolsón de minerales. Pero ¿de qué mineral? Los pies de uno de los marineros tropezaron con un objeto duro, y dada la voz de alarma, las lamparillas proyectaron su resplandor sobre un gigantesco esqueleto del más extraño animal que hubiera podido conocerse. Sacado a la luz, contemplaron todos la armazón ósea de una girafa prehistórica monumental. En las patas y cola del extraordinario cuadrúpedo se notaban huesos articulados correspondientes a verdaderas aletas de pescado. No había duda alguna de que la girafa había sido primitivamente marina; pero luego, observado el cuello, se notaron algunas peculiaridades que excitaban poderosamente la atención: en primer lugar, el cuello se prolongaba como un verdadero esqueleto de boa y se anudaba por la mitad, exactamente como una serpiente; en seguida, la extremidad o cabeza era formada no por un cráneo sino real y verdaderamente por la osamenta de un pájaro. El geómetra americano comprendió qué inmensa revolución iba a producir en el mundo este descubrimiento, y para compartir las responsabilidades de trasladarlo a un sitio más seguro, ordenó llamar al colega chileno que, en esos momentos, tocaba a la sombra el vals del *Conde de Luxemburgo*. Llegó nuestro compatriota, y cuando comprendió

que se trataba de una cosa de interés para el Gobierno y que sería necesario nombrar un empleado que catalogara las curiosidades que iban seguramente a aparecer, manifestó positiva atención por el asunto y declaró con ejemplar abnegación y amor a la ciencia, que él asumía desde luego el puesto. Se enviaron en el acto dos marconigramas, uno al Gobierno chileno y otro al de los Estados Unidos. En Santiago, el Ministerio estaba en crisis y el Ministro de Industria declaró con mucha gracia: «¡no estamos para girafas!» y lanzó el papel a la chimenea. En cambio, tres días después, partían de Nueva York, de Liverpool y de Hamburgo, comisiones de naturalistas y geólogos encargados de hacer investigaciones y adquirir el mayor número de objetos que fuera posible.

Entre tanto, las exploraciones seguían lentamente y con escaso resultado. Después de una semana se encontraron una cantidad de troncos petrificados. Estos troncos presentaban espinas en forma de astas de lanza y una que otra rama o trozo de rama también petrificado. Junto con este hallazgo vino otro, el de un esqueleto tan extraño y gigantesco como la girafa, una especie de elefante, con ocho patas y dos cabezas, es decir, un doble animal acoplado por el centro. Observado con atención, se encontró en su interior otro esqueleto igual y dentro de ese un tercero, tal como ocurre con ciertas bolas huecas y caladas, de marfil, de la industria china. La tripula-

ción chilena no sufría gran emoción con tales fenómenos por su poco conocimiento de las fieras, que no son originiarias de nuestro país; pero los yanquis comprendieron de tal manera la trascendencia de la cosa, que bebieron una excesiva cantidad de whisky, se embriagaron y se dieron de golpes durante muchas horas. Afortunadamente, los esqueletos prehistóricos quedaron ilesos, no así los otros, los no históricos, pues hubo fracturas. En el fondo de la caverna se encontraron diversos trozos de arquitectura de extraño caracter. A pesar de que en el espacio de quince días se acumularon muchas cornisas y trozos de muros, no podía el geómetra formarse una ida aproximada del carácter de las construcciones.

Vino entonces un acontecimiento importante para los exploradores. En el espacio de dos días, tres barcos fueron avistados y se cambiaron los saludos correspondientes. Eran los científicos americanos, ingleses y alemanes que llegaban al más fecundo campo que las exploraciones modernas han ofrecido a la ciencia. Después de buscar fondeadero, echaron anclas y se desprendieron algunos botes en dirección a tierra. De uno de ellos se echó a nado un hombre de lentes ahumados y llegó antes que nadie a la playa, presa de una gran exaltación nerviosa. Hizo una pregunta en alemán a los marineros que presenciaban la llegada de los nuevos visitantes, y como éste no pudiera responderle por ig-

norar el idioma, se puso a correr en dirección de los farellones, echándose a cada instante al suelo para observar seguramente la composición de éste. Juntáronse a la orilla más de veinte personas y se efectuaron las presentaciones del caso. Los americanos alargaron una tarjeta que decía: «Standard Oil Cy» manifestaron que traían sondas para buscar petróleo; los ingleses se dijeron agentes de la «Goldfields», de la «Crown Mines», de la «Robinson Gold» y de la «Transvaal Land» y expusieron su intención de analizar arenas que suponían auríferas; los alemanes, en fin, eran sabios puros y especialistas: el presidente de la comisión, un geólogo encargado de fijar la edad del mundo; otro, jefe de la sección de esqueletos prehistóricos del Museo de Berlín; otro, de la más reputada autoridad en materia de batraquios; un cuarto, el célebre investigador que descubrió en el hipopótamo una curiosa sensibilidad ante las acuarelas; y, finalmente, el grande y virtuoso historiador de las arañas, al cual debe la humanidad los libros *La araña hasta la época de Augusto, La araña hasta la Edad Media, La araña hasta la época napoleónica, La araña de nuestros días, La araña del porvenir*, cinco gruesos volúmenes que revelan admirable paciencia y entusiasmo.

Sin pérdida de tiempo, todos estos hombres superiores se armaron de sus cuadernos, máquinas fotográficas y útiles respectivos. La primera jornada se empleó toda entera por los alemanes en la

contemplación del esqueleto de la girafa. «Esta pasmosa osamenta—declaró el jefe de la expedición —es una confirmación plena de la evolución de la especie, partiendo del protoplasma. Aquí se ve un solo animal que ha dado origen al lobo marino, a la serpiente boa y a la gaviota; pero el animal ha sobrevivido también y ha quedado en su forma primitiva, tal como podemos verlo en nuestros jardines zoológicos. Este esqueleto debe tener 42,000 años y es posible que encontremos también al hombre prehistórico. En cuanto a esta milagrosa aparición del elefante prehistórico, con dos esqueletos interiores, debemos todavía meditar más, antes de pronunciarnos en definitiva. A mi juicio el doble elefante es un matrimonio, con un solo organismo estomacal y la reproducción de la especie se efectuaba como el cambio de la corteza de los árboles. La naturaleza era todavía simplista y no había separado al macho de la hembra». Las palabras del ilustre sabio fueron recibidas con gran emoción.

Entre tanto, un hombre, abstraído completamente por su trabajo, no separaba su vientre de la tierra examinando con poderoso lente todos los residuos que podían revelarle la existencia de antiguos insectos. El profesor de las arañas reconoció la necesidad de excavar la tierra para examinar en las capas inferiores, y fué así como descubrió una gran cantidad de pequeños esqueletos de una pulgada de largo que pertenecían a la más venerable y anti-

gua araña que haya existido en el mundo. Cuando el sabio se dió cuenta de tener allí entre sus dedos esta revelación del pasado, en la cual había muchas veces soñado; cuando comprendió que había realizado toda la ambición de su vida y que ya conocía la araña desde su primera hora, no pudo contener su emoción y derramó abundantes lágrimas, mientras se descubría respetuosamente. El pequeño esqueleto y, después, los centenares de otros que sembraban el terreno apenas se cavaba unos veinte centímetros en él, era asimismo original. La araña prehistórica tenía exactamente la misma dimensión, sin diferencias de milésimos de milígramos de una a otra. Probablemente nacía y moría del mismo tamaño. ¡Inquietante problema!

Nuevos esqueletos gigantes aparecían en la caverna y en otros sitios. Entre ellos se encontró una tortuga monumental con una verdadera torre en el centro de la caparazón; un cocodrilo con aletas natatorias y sin patas; un cerdo de esqueleto completamente esférico como un globo terráqueo. Los sabios se engolfaban cada vez más en sus hipótesis.

Pero fueron bruscamente interrumpidos, en las interesadas investigaciones, por la noticia del estupendo hallazgo de la comisión inglesa. ¿Quién habría creído que pudiera encontrarse en un sitio cualquiera del mundo una cadena para amarrar perros, con su collar respectivo, todo de oro macizo? Si en esa isla llegó a emplearse el metal codiciado por

los hombres, en tan viles materias, no podía negarse de que todas sus entrañas eran de oro. El geólogo ocupado de la edad del mundo y sus compañeros de ciencia, se sintieron también conmovidos por el espectáculo del oro y las promesas tan elocuentemente manifestadas por la cadena. Era necesario encontrar la mina, ante todo, y en seguida apresurarse a cambiar las libras esterlinas por plata estaño o cobre, ya que la gran moneda pasaría a no valer nada. El sabio de las arañas corría desde su depósito de esqueletos hasta el sitio en que se pesaba la cadena, y volvía de éste a aquél, venciendo por último en él la fidelidad eterna jurada a la araña de todos los tiempos.

Uno de los americanos, que manifestaba siempre una rara adivinación de los sitios fecundos para las excavaciones, señaló un lugar en que habían crecido grandes árboles sobre una depresión muy marcada del terreno. Allí se trabajó para explorar si se trataba realmente de una mina y el encuentro de piedras muy mineralizadas, probó que no se había errado el camino. Sería necesario formar un sindicato y hacer el pedimento conforme a la ley chilena. Se telegrafió a Valparaíso y a Londres.

La llegada de numerosos corresponsales de diarios, de fotógrafos y de cinematógrafos, aumentó la población del islote. Estos comenzaron a enviar pintorescas descripciones de cada hallazgo, y la discusión se trabó en toda la prensa diaria y periódica

de Europa, América y Asia. Todos los sabios del mundo se enredaron en la más descomunal discusión que han presenciado los siglos. La iglesia misma comenzó a alarmarse, porque, como ocurre en estos casos, todos los ataques eran dirigidos contra el texto del libro santo. El nombre de la isla de Mucho Más Afuera imperfectamente traducido (To much far,» «Beaucoup plus loin») apareció diariamente al frente de artículos, folletos, libros, carteles de teatros, rótulos de almacenes y hasta comenzó a figurar en la Bolsa, alcanzando el premio de las acciones del síndicato de oro, de valor de una libra, a tres libras y media.

Pero los febriles trabajos del oro no iban a absorber por completo la atención de los hombres. A fines del año 12, diez días antes de Navidad, un simple barretazo dado en un islote del Pacífico iba a conmover al mundo entero. Eran las diez de la mañana, cuando se creyó encontrar una osamenta humana. Apareció entre una arcilla gruesa un cráneo separado del resto del esqueleto; pero revelando haber hecho parte integrante de ésta. Reunidos todos los trozos pudo comprobarse que el hombre pre-histórico tenía también dos cabezas y mostraba en la espalda, cerca de los hombros, la estructura ósea de alas muy fuertes. En seguida, en los días de la última semana, un pequeño cementerio quedaba al aire libre. Todos los esqueletos tenían cráneos dobles, revelando, como en el caso del elefan-

te, segun la opinión del sabio alemán, que el macho y la hembra estaban unidos en la primera edad. Hay que reconocerlo, por grande que sea la sed de oro de los hombres, el hallazgo de la osamenta del hombre primitivo atrajo toda la atención. En menos de una semana corría por toda Europa la reconstrucción de Adán y Eva, según la revelación de la isla. Las sufragistas promovieron en Londres un inmenso desfile y pasearon por todas partes un carro monumental donde iba la reproducción gigantesca de nuestros primeros padres iguales en facultades y derechos, por consiguiente con la misma capacidad social para gobernarse y votar. «Abajo el pecado original». «No más serpiente», éstos eran los gritos fundamentales de la manifestación.

Las revelaciones de la isla del Pacífico corrían riesgo de trastornar al mundo entero. Nada iba a quedar en pie: ni la religión, ni la riqueza, ni la ciencia. En el Parlamento inglés como en la Cámara de Diputados francesa, se iniciaron al mismo tiempo debates de interpelación al gobierno sobre las medidas que debieran haberse tomado de concierto con otros gobiernos, para evitar el cataclismo de la depreciación absoluta del oro. Un químico célebre declaró que el oro aliado con plomo y un poco de antimonio, serviría para suplir el fierro galvanizado en los techos y en el envase para las conservas. Su Santidad misma preparó, segun se

asegura, una encíclica que comenzaba (*Seculorum hora última...*) «la última hora de los siglos parece llegada, etc.», en la cual se pedían oraciones al Creador mientras no ocurrieran los siniestros vaticinios de que pobabla el mundo. Un transcendental artículo del *Times* que se llamaban *Días apocalípticos* ponía el terror en las almas.

Los hallazgos continuaban. Restos de construcciones permitieron levantar de nuevo una vivienda de nuestros primeros padres. Estos eran verdaderos tubos que podían balancearse sobre el suelo; pero estaban cortados por encima con techos planos. Es indudable—segun enviaba a decir por telégrafo el sabio alemán—que los movimientos sísmicos serían tan violentos, que no era posible hacer cimientos. El hombre vivía sobre la tierra como en el mar, meciéndose dentro de una verdadera balandra.

En medio de los trabajos mineros que no hacían aparecer aún veta alguna sino residuos de una explotación anterior, se descubrió un pozo de petróleo; pero, lo que es más extraordinario en este paraje de lo imprevisto, se trataba de petróleo refinado y tan puro que podía en el acto servir para el alumbrado.

Sería imposible tarea, para mi escasa memoria, retener la enorme lista de curiosos objetos que fueron apareciendo. Sólo diré que el día 4 de Marzo de este año, a las 3 de la tarde, los mineros se sin-

tieron paralizados por el asombro. Una botella! una verdadera botella! Tal como nosotros comprendemos el objeto y la palabra que lo representa, apareció intacta a la vista de todos. La población de la isla fué llamada a comprobar tan inopinado hallazgo. Era común, de vidrio verdoso, dentro de la cual se divisaban algunos papeles. Rota en presencia de los jefes de cada delegación, periodistas y fotógrafo, los papeles fueron extraídos. Estaban escritos, no en caracteres arcaicos, sino en hermoso tipo de máquina de escribir, y decían así:

«Señores geólogos, arqueólogos y representantes de la ciencia oficial:

«Un hombre que había hecho una fortuna después de conocer la miseria, gracias al trabajo y a la tenacidad de veinte años, fué vuestra víctima inocente en tres ocasiones célebres. Fundado en vuestros conocimientos, perdió dos millones de dólares en empresas de petróleo; por creer los resultados de vuestros estudios, concluyó de arruinarse en una empresa de oro; por aceptar los informes gubernativos entró en empresas de carbón, arcillas, minerales y abonos y contrajo una deuda inmensa que destruyó su crédito, su familia y su salud.

«Ese hombre, convencido de que no había en los Códigos Penales, sanción alguna para castigar la presunción y la vanidad del falso sabio y el dogmatismo de la ciencia oficial, juró vengarse por su

cuenta y en forma sangrienta de la humanidad entera, si alguna vez volvía la fortuna a sonreirle.

«Todo el mundo sabe que soy ahora uno de los llamados colosos financieros de la tierra.

«He preparado con refinamiento mi obra. Pedí a dos dibujantes humorísticos de Nueva York, bajo juramento de silencio por cinco años, ideas de esqueletos, árboles y construcciones extravagantes. Me trasladé al Japón y allí hice ejecutar, bajo mi vigilancia y a un precio que encontré excesivamente moderado, el catálogo adjunto de curiosidades pre-históricas. Discurrí la idea de la mina de oro y la cadena de fierro, con el objeto de resarcirme de los gastos hechos, a costa de la eterna e incurable credulidad humana.

*Charles Alexander Smith*
270, F. Avenue, New York.»

La lividez de la ira y del despecho estaba en todos los semblantes. Pero nadie hablaba. Los papeles adjuntos eran las cuentas de diversos empresarios japoneses, concebidas en los términos de costumbre: «Imitación de árboles petrificados, moldes y vaciados de ciento diez árboles de formato grande y trescientos de formato pequeño, tanto. Por cuarenta elefantes acoplados con esqueletos interiores, tanto. Por diez esqueletos de girafas, según modelo, tanto. Por cuarenta osamentas humanas a

doble cabeza y alas, según especificaciones, tanto. Por cien mil arañas de hueso contratadas en una fábrica de botones, tanto. (Se advierte que la fábrica lo ha hecho todo de formato mayor, por descuido del director).

Y así seguía la larga lista.

Por supuesto que el honesto sabio que, por pura ciencia, había ido a estudiar la araña prehistórica, no podía oir ya nada de esto. Desde la lectura del acta había dejado de existir víctima de un ataque al corazón.

La tarde fué horrible. Algunos pretendieron destruir los esqueletos para no dejar el monumento de la burla sufrida. Pero uno de los americanos, el que había hecho oportunas indicaciones para encontrar la cadena de oro macizo y los demas restos de oro en la mina abandonada, contrató en el acto una guardia de seguridad para ponerla a cubierto de toda acometida, pues, según dijo, podían enriquecer a un empresario.

Interpelado en Nueva York el millonario Smith, agregó pocas palabras al acta que había volado por el mundo ya, gracias al cable.

—Estoy satisfecho, dijo, de haber hecho también víctimas del engaño a los periodistas y fotógrafos que fueron desapiadados para mí, en tiempo de mi ruina. No me pesa tampoco la situación que se ha creado a los parlamentos de todo el mundo, donde se trató de la depreciación del oro. Me he resarcido

sobradamente de mis gastos, pues la especulación sobre las acciones de oro, al alza primero y después a la baja, me ha dejado diez millones de dólares. He pagado con creces al capitán del buque que, por mi orden, anunció en Chile la existencia de los peñones del Pacífico y pienso hacer lo mismo con mi amigo que fué a «mucho más afuera» para guiar las operaciones de geólogos y mineros. Pienso estimular con un premio de un millón y varios otros de menor importancia, al mejor proyecto de ley que sancione la responsabilidad de la falsa ciencia.

¡Qué triste fué la despedida de los exploradores! ¡Qué cómicos se verían al ser desembarcados en Nueva York, en presencia de 60,000 personas, los esqueletos de doble cabeza! En cuanto al mundo oficial, perdonó muy pronto la cruel burla, en vista del horrible pavor en que había vivido. ¡Qué hermosas volvieron a verse las libras esterlinas!

# REFORMAS Y PROGRESOS MÉDICOS

Para ocuparse de los prodigiosos adelantos de la ciencia médica se necesita ser profesional o paciente. Yo no soy profesional; escribo en calidad de víctima.

Ante todo, un desmentido formal. Se ha dicho y repetido en todos los tonos, que el apéndice es un miembro u órgano completamente inútil. Se dice que la ciencia quirúrgica ha podido enmendar la plana a la naturaleza que tuvo un momento de distracción o de mal criterio, inventando un organismo que no sirve para nada. Esto es inexacto en sumo grado. Una operación de apendicitis es relativamente sencilla y deja un honorario relativamente subido. Luego el apéndice sirve para que los cirujanos ganen su vida, manden a la plaza, compren coche, edifiquen casitas de venta, lo que no es poco. Es natural suponer que, si en un libro puede suprimirse el apéndice sin dañar a la claridad del texto, en el cuerpo

humano debe acontecer algo semejante. Pero nadie negará que hay apéndice inútiles. Ahora bien, los cirujanos se han ensañado contra todo apéndice sin excepción alguna. Reprochamos su conducta. Nadie puede decir lo que va a ocurrir cuando una gran parte de la población de este país carezca de apéndice. ¡Quién sabe que nobles cualidades residan en este pequeño receptáculo tan sensible!

Dilucidada esta cuestión en términos precisos y concordantes pasemos a los adelantos de la ciencia en el medio de aplicar los remedios. Desde la más remota antigüedad se suministraban éstos por la boca. Se pensaba, con cierto buen sentido, imposible de desconocer aun tratándose de los antiguos, a quienes se le supone faltos de todo sentido común, que el remedio al mal debía seguir el mismo camino de los alimentos, causas generales de la enfermedad. Andando los siglos, los médicos que han sido dotados de un espíritu de contradicción a toda prueba, se fueron al otro extremo, es decir, a la aplicación de los remedios por un mecanismo que, como el arado, ha conservado una forma refractaria a todo progreso. Los primeros materiales eran sencillos: una caña hueca y en la extremidad una vejiga de cordero llena del líquido que se quería despachar al interior del organismo. La vejiga se oprimía con el pie contra el pavimento. De ahí que, durante muchos años, los mejores médicos fueron los que calzaban un número más alto. A fines del siglo pasado

hubo sabios conciliadores, enemigos de los extremos, partidarios del término medio y las inyecciones hipodérmicas se pusieron de moda. Todo se aplicaba entonces merced a una aguja de acero que se introducía en los brazos u otros puntos más dotados de carnosidad. Se creía que así se llegaba más pronto a la parte atacada. Hoy día hay grandes vacilaciones y si aun no se innova en este sistema es por la gran cantidad de capitales que están invertidos en jeringuitas hipodérmicas y en tubos de cristal. Seguiremos, pues, viendo en las recepciones y fiestas en que el escote del vestido es de rigurosa etiqueta, hermosos brazos y espaldas picoteadas por el cacodilato y cien preparaciones más que la ciencia prescribe y los anuncios recomiendan en amigable consorcio.

Las operaciones quirúrgicas se hacen cada vez con mayor limpieza. En años pasados los cirujanos no hacían apunte alguno de los tratamientos empleados para abrir a sus semejantes y remendarles el interior, y así ocurrían a menudo los más lamentables olvidos de esponjas, paños de mano, pinzas y tijeras que quedaban guardadas en el paciente y producían en su organismo los más extraños fenómenos. Se cuenta de un hábil cirujano que dejó su reloj dentro del estómago de un enfermo. Nosotros sabemos de otro que dejó caer en el intestino grueso de un distinguido hombre público a quien operaba, su libreta con la lista de los clientes y lo que cada cual le

adeudaba. Quiso más tarde, al notar la pérdida, operarlo de nuevo por su cuenta, pero la familia se negó en absoluto. Hoy día cada cirujano lleva una lista detallada de sus utensilios, viste un delantal y guantes blancos, se lava las manos y no fuma durante la operación.

Este progreso de la moderna cirugía ha hecho, sin embargo de una ciencia, un verdedero arte manual. Un prolijo ebanista, puede, después de cursar anatomía ser un cirujano pasable. El cirujano prescinde en absoluto de las condiciones morales del paciente. Se le entrega una materia prima y aplica sobre ella sus útiles con destreza y sangre fría. Así, por ejemplo, hemos tenido este diálogo con una eminencia en el oficio:

—¿Cómo ha marchado la operación?

—De un modo extraordinario. En cinco minutos cloroformado, en diez minutos abierta la aorta y cerrada de nuevo. En veinte minutos todo concluído.

—¿Y el estado actual del paciente?

—Muerto. Sí señor, murió en seguida y lo enterraron, pero la operación ha sido espléndida...

—Me extraña la palabra «espléndida». Si el paciente ha muerto...

—Vea, Ud., el que escribe para el público tiene la obligación de no hacer confusiones lastimosas. Una cosa es el paciente y otra el cirujano.

—Lo veo.

—Sí, señor. La operación estuvo perfectamente

bien hecha. Si el hombre dejó de existir, es otra cosa.

—Otra cosa.

—Debía tener una dolencia extraña a la operación, en otro sitio en que el cirujano no tenía entrada. El médico debió declararlo.

Esto es claro como la luz del día y cumplo con mi compromiso de no hacer confusiones y de impedir que otros las hagan. La cirugía necesita destreza manual como el tallado; no hay que exigir milagros de otra índole.

La vida no depende de las criaturas sino del Supremo Hacedor.

En los centros científicos mundiales, con los cuales mantengo relación de correspondencia, pero sin pertenecer a ellos en calidad de miembro honorario, por mi escaso bagaje de conocimientos, se han hecho últimamente, curiosas observaciones sobre los ingenieros y arquitectos y los médicos. Se dice, con cierta razón, que un ingeniero constructor de «docks», canales de regadío o vías férreas y un arquitecto edificador de obras públicas o privadas, pueden ser personas sin fibra humana alguna. Si a sus obras no les duele nada; ellos no tienen por qué condolerse de sus deterioros o perturbaciones. Si por ejemplo se avisa a media noche a un ingeniero que un muelle hecho por él está agrietándose o que un puente ha perdido un machón, es perfectamente natural que se dé una vuelta en la cama y continúe durmiendo.

Pero con los médicos debería ocurrir muy diversa cosa. Ellos están encargados de las dolencias de los hombres y si un hombre tiene su organismo descompuesto, a cualquiera hora por intempestiva que parezca, tiene derecho para exigir se le atienda. Examinados los médicos por la parte de adentro se ha observado con estupor que no tienen mayor sensibilidad nerviosa que un ingeniero o un arquitecto y esto ha dado que pensar mucho a los hombres de ciencia. Así solamente puede explicarse que cuando una persona se está muriendo, un médico puede negarse a correr a su casa dando por razón de que no la conoce, que está con mucho sueño a causa de una mala noche anterior o que no tiene hábito de curar de noche por haber ya logrado reunir una determinada suma en bonos que le permite lamentar menos los sufrimientos de los semejantes. Estos centros científicos, entre los cuales figura el Foco Imperial Nervioso de Dresden y la Real Asociación de Seres Humanos de Milán, se ocupan de estudiar una operación quirúrgica previa para todo médico recién recibido, la cual consistiría simplemente en cortar el nervio metálico y colocar algunos nuevos nervios sensitivos. Hay, sin embargo, un viejo naturalista *dinamarqués, candidato al premio Nobel*, el cual sostiene que bastaría hacer cada quince días inyecciones hipodérmicas de lágrimas humanas a cada médico en ejercicio.

En Chile no creemos que estos medios sean abso-

lutamente prácticos. A lo menos podemos contar con otros. En un país en que basta que un comerciante deseoso de liquidar sus negocios, prenda fuego al edificio en el cual arrienda un almacén, para que trescientas personas diputados, senadores, gerentes de banco y empleados, vayan vestidos con casco negro y uniforme rojo, verde o azul a apagar gratuitamente y a media noche, las llamas liquidadoras; no parece increíble crear un cuerpo de bomberos sanitarios destinados a levantarse a cualquiera hora de la noche para correr en auxilio de sus semejantes. Es verdad que hay muchos que se levantan; pero no puede negarse la existencia de campanillas *eléctricas y golpeadores de puertas que se descomponen* con rara frecuencia,. ¿Qué diremos de los teléfonos con el fono descolgado?

Para evitar estos pequeños escollos de la puerta de calle, podríamos ir preparando un proyecto de ley concebido más o menos en estos términos:

Artículo Primero. Todo hombre tiene derecho a la vida, mientras le dure, y a procurar, para este objeto, todos los medios que, ya sea por ilusión inveterada o por convicción o por cualquiera otra causa, le parezcan adecuados para conservarla.

Art. 2.º Estando ya manifestado que, a pesar de los dicterios populares de «matasanos» con que se ha señalado a los médicos en todas edades, son éstas las personas que tienen probabilidades de conocer las causas de un cinco por ciento de las do-

lencias humanas, se declara obligatoria la asistencia médica a toda persona que la solicita.

Art. 3.º Son permitidos todos los medios eficaces para conducir un médico hasta el domicilio del enfermo. Queda tolerada la agrupación subversiva frente a la casa del facultativo recalcitrante, la fractura de puertas, chapas, cerrojos, vidrios y tabiques que aislen al médico de los solicitantes.

Artículo Transitorio. Si a causa de la vigencia de esta ley se encontrare algún médico en situación de no tener qué comer o de poder procurarse un techo bajo el cual dormir, se obligará a todas las personas a las cuales haya asistido en los últimos doce meses y que sobrevivan en el momento de la presentación judicial a pagar, a prorrata de sus haberes, una suma suficiente para estos fines.

No se me oculta la cantidad de abusos a que daría lugar esta ley. Desearía que se me citara una sola que no haya servido para cometerlos. Yo conozco el caso de un hombre que creía morirse y que estaba separado solamente por un tabique de un médico que dormía impasiblemente y cuyo timbre eléctrico no funcionaba de noche. Este hombre hizo perforar el muro y gritó al través de la bocina de su fonógrafo: «Doctor que me muero». ¿Y saben Uds. qué respondió el desapiadado? «Que le den estricnina y así habrá dicho la verdad».

En las últimas revistas que he recibido se trata con cierta insistencia de una materia poco conocida:

El secreto profesional. Parece un hecho comprobado que en algunos países los médicos guardan cierta reserva sobre las enfermedades de sus clientes. Según se dice, por personas que no mienten jamás por escrito, este secreto es aconsejado por razones de orden social. Un hombre puede morirse cuando le dé la gana o cuando le haya llegado la hora; pero no conviene que todos los que van por la calle sepan aproximadamente el día en que va a fallecer. Esto podrá ser tachado de absurdo; pero yo le encuentro cierta ventaja. Vino una vez un señor a pedirme me empeñara con cierto Ministro que había sido mi compañero de colegio (porque yo no sé lo que pasa desde algún tiempo a esta parte, o soy yo que crezco o son los Ministros que se achican), para que le dieran el puesto de jefe de resguardo de un boquete de cordillera. «Le advierto, señor, me agregó, que el puesto está ocupado *todavía*»; estupor mío por la extravagancia de pedir aún en estos tiempos, un puesto ocupado y por la palabra *todavía* que el interesado subrayaba con expresiva y maliciosa mirada. «El doctor Tal me ha dicho confidencialmente... que es cuestión de días». «¿Se llama Díaz el empleado? — pregunté. «Nó, señor, se llama López.—¿Y quién es ese Díaz? —Nadie, señor, le digo que me ha dicho el doctor que es cuestión de días más o menos para que López se muera». Quedé de una pieza. Al poco tiempo regresó el postulante para decirme con voz con-

movedora: «Apúrese, señor, en hablar con el Ministro, porque López está muy pálido. Acabo de estar conversando con él una hora y me parece que tiene para poco...».

Yo sé muy bien que si un día entra a la sala de un médico un hombre joven y se abre de buenas a primeras con éstas o parecidas palabras: «Sé, doctor, que usted atiende a don Fulano y a doña Zutana, padres de una chica que me gusta y desearía saber con franqueza, sin circunloquios, sin atenuaciones, sin temer Ud. de que yo me desvanezca al oir una grave noticia, cuánto tiempo les da Ud. de vida a uno u otra o a entrambos a la vez...». Sé, he dicho, que este hombre joyen sería arrojado de mala manera a la calle. Pero en cambio ¿quién de nosotros no sabe de qué sufre cada habitante de Santiago? ¿Qué lo dicen los pacientes mismos? Es posible; pero lo dicen mucho más los doctores.

Es frecuente oir a médicos que conversan en salones, tranvías, peluquerías o tiendas: Vengo de ver a don Fulano, no me ha gustado su situación...

—¿Lo encuentra Ud. mal?

—Mal, sería poco decir, lo encuentro pésimo.

—¿Y la Fulana sabe el estado de su marido?

—Ni se lo figura.

—Pobrecita.

—Pero ella sufrirá poco...

—¿También ella?

—Ella va aún más ligero...

Y así sucesivamente. Y no se diga que exagero. Un mi amigo encuentra a otro en la calle que lo felicita efusivamente por el nuevo vástago.

—¿Vástago? No comprendo absolutamente.

—Lo acabo de saber por el doctor X.

—¡Hombre! Pues lo sabes antes que yo. No almorcé hoy día en casa y supe que Fulana iba esta *mañana a consultar* al médico. Me voy a hablar por teléfono.

Y es *graciosa la conversación* por teléfono, ciertamente: «Me acabo de encontrar con Z que me da la noticia, etc.».

Y, hay que advertirlo, como comodidad no hay duda que esta *profesion es cómoda* decía un inglés, los éxitos de un médico los ve todo el mundo, mientras que sus fracasos *son puestos inmediatamente bajo tierra* (1).

---

(1) Este artículo reproducido en el país y en Argentina fué recibido por muchos médicos sin el buen humor necesario. Se llegó a preguntar al autor si no conocía médicos abnegados y sabios ¡vaya que los conoce!

# DIRECTOR DE VERANEO

A la vuelta del veraneo no puedo menos de presentarlo en cuerpo y alma a mis lectores. Es un hombre generalmente panzón, de buena salud, de buen diente, que ha pasado todo el año metido en la oficina, asfixiado en papel escrito, con el tintero bajo las narices, la lapicera en la oreja, luchando con los sabañones, con el sueldo, con los honorarios, con las hijas y con la mujer y que llega siempre al mes de Diciembre amenazado de una neurastenia. Recibe las vacaciones con el gozo salvaje del caballo de coche de posta lanzado al potrero, escoge un balneario barato y se va al mar resuelto a sacarle el jugo al veraneo, a no dejar perderse un solo centavo de descanso y de alegría. Me refiero a él, al que ustedes han conocido en Zapallar, Papudo, Los Vilos y Pichidangui, en Quinteros, Concón, Viña del Mar, San Antonio, Cartagena, Pichilemu,

Constitución, Penco y San Vicente, en Peñaflor, San Bernardo, Linderos, Limache, Salto, Calera y San Felipe, en Panimávida, Cauquenes, Jahuel, Catillo, Apoquindo y Chillán, en fin, en todas partes donde hubo una colonia veraniega, donde se bailó, representó, amó, encendieron fuegos artificiales, enviáronse listas a los diarios y abriéronse bazares de caridad. Me refiero al organizador de las fiestas, al hombre indispensable, al que manejaba familias, damas y donceles, corporaciones y autoridades desde el punto de vista del recreo y honesto pasatiempo veraniego.

Acababa de llegar a un punto de veraneo y, después de los trajines consiguientes que da en Chile «la casa amoblada» cuando se acaba de comprobar que no tiene más muebles que cuatro malos catres, dos sillas desfondadas, un piano con teclas recalcitrantes y un ropero cuyas puertas no cierran y cuyos cajones entran a puntapiés, estaba sentado en un banco en el jardincillo, cuando vi entrar al hombre panzudo y de buen humor. Se sonrió con aire de viejo amigo y sin cuidarse mucho de saludarme dijo como para sí:

—¡Hombre! ¡Ya llegaron los arrendatarios del *chalet*!

Después, rascándose una oreja en vista de mi acogida glacial, exclamó:

—*No se arrepentirán de haber venido* a esta pla-

ya. Es una maravilla. Aquí se divierte todo el mundo.

*Como creí que se trataba* de un monólogo, en el cual no tenía más papel que el de oyente, saqué un cigarrillo, lo encendí con calma, le arrojé el fósforo a un *queltehue que corrió* a picotearlo y me entretuve con mis pensamientos. Después de un rato comprendí que el señor continuaba cerca de mí y esta vez *parecía querer entablar una* conversación a dos voces.

—¿Podría Ud. decirme si es el señor Pino?

—Servidor de Ud.—*repuse*.

—¿El mismo que escribe en la prensa?

—El mismo.

—¡Qué buena *noticia para las veraneantes* y para las monjas teresianas!

—¿Qué tienen que hacer las monjas con que yo sea... el mismo?

—Ya verá usted. Pasado mañana tenemos un concierto donde se representa *El Zapatero y el Rey*, y además se exhibe una cinta cinematográfica *en* veintisiete partes, y nos hacía falta un monólogo humorístico. Cuento con Ud.

—No cuente, señor mío; no hago monólogos.

—Entonces un discursito.

—*Menos*.

—Se lo vendrán a pedir a Ud. las Valenzuela.

—Lo siento; no incomode usted a esas personas.

—*Son dos* señoritas.

—*Podrían ser cuatro y daría lo mismo. Yo vengo* a descansar.

—¿A descansar ha dicho Ud? Confíese Ud. en mí: yo he venido a lo mismo y yo sé lo que son los nervios. Ud. viene neurasténico, duerme mal, está mal humorado. Siente Ud. dolores en el costado; su digestión es mala. Todo va a cambiar.

El hombre seguía hablando como máquina, con el mismo estilo de los avisos de drogas, lo que me hacía recordar otros y repetir mentalmente: «¿Le pica? Lugolina». Por fin lo interrumpí para preguntarle:

—¿Es Ud. el médico de la localidad?

—No, hombre, es decir, yo no soy profesionalmente médico, soy abogado, tengo mi oficina a dos pasos de la suya. Ud. me habrá visto con seguridad. Soy Mancilla, Ud. sabe, el del juicio de reivindicación de los bienes de la señora Soledad Troncoso. Ud. habrá leído mi estudio jurídico sobre las relaciones del público con las máquinas automáticas, *romanas, cajas de chocolate, máquinas para* vender estampillas, es decir, todo ingenio mecánico que recibe dinero en una verdadera transacción comercial y puede guardárselo *sin devolver la* mercadería. No soy médico; pero he llegado a este paraje bendito donde los días pasan como minutos, donde hay buen aire, buenos mariscos, buenos corderos, una sociedad aristocrática...

En este momento apareció la cocinera llorando.

*Es decir, yo creí que lloraba; pero se trataba simplemente* de que el cañón de la cocina estaba hollinado y el humo se le entraba por los ojos y por la boca y por todas partes, y la infeliz protestaba de que no pondría jamás un pié en la cocina. «Malditas casas amobladas», exclamé. Pero el hombre tendió rápidamente su mano gorda y gelatinosa y la colocó sobre mi boca.

—Esto no es nada, amigo Pino. Venga una quila.

Y esto diciendo arrojó su chaqueta sobre el banco, desprendió su cuello y puños postizos y corrió llevando a la maritornes de un brazo. Yo lo seguí balbuceando no sé qué cosas; pero debían ser agradecimientos mezclados con las más sinceras negativas. No quería que se metiera en mi casa; pero realmente no había medio de detenerlo. En menos que canta un gallo, el hombre estaba trepado en la cocina, en medio de una humareda infernal y metía la quila por el cañón haciendo salir racimos de chispas por todos lados. La cocinera retiraba las *ollas cubiertas de ceniza, tierra, carboncillo, humo* y otras materias volcánicas.

—Ya está bien,—dijo el hombre—hay que tomarlo *todo con alegría. Dos palos al cañón y se* acaban los llantos de la niña. ¿No necesita Ud. nada más?

—No, gracias.

Pero en ese momento una voz angustiosa grita desde uno de los cuartos:

—¡Angel! Estos catres están todos chuecos.

Yo miro aterrorizado a este hombre que el hado fatal ha puesto en mi camino y que se precipita a la puerta por donde salía el clamor. Tras de él entré yo y ví el eterno cuadro que presenta *la casa amoblada* el primer día que se llega a ella. Por el suelo, tendidos en diversa posición dos sirvientas y el mozo, tratan vanamente de unir los largueros a los travesaños en una lucha cruenta. El mozo se chupa un dedo que se ha atortillado con la llave inglesa y del cual mana sangre. Mi mujer está desfallecida en la única silla del cuarto. El catre ha vencido las resistencias. Es un verdadero problema económico. Pero el abogado, antes de saludar a nadie se arroja al suelo como para componer un automóvil, golpea aquí, recoge allá una tuerca, descubre que se han confundido las piezas de dos diversos catres, y después de una afanosa lucha, logra armar la débil construcción de fierro. En seguida se levanta, hace una venia a todos y sale a lavarse las manos en la pila del jardín.

—Como le decía, amigo Pino,—continúa,— no soy médico, pero lo voy a curar a Ud. Aunque su tarea de decir cosas graciosas no puede compararse, en utilidad y en trabajo y en desgaste, a la de decir cosas legalmente atinadas, Ud. está neurasténico y en pocos días voy a dejarlo como nuevo. No en vano somos y hemos sido amigos. La carne se compra a veinte metros de aquí, en el Mercadillo.

las verduras no son buenas sino en el despacho del Tropezón, al lado del estero; los fósforos de bengala y los faroles chinescos al frente precisamente. Hasta muy luego... Me olvidaba: soy encargado de la lista de veraneantes. Su nombre lo sé; pero el de su señora y el de sus hijitas...

En vano protesto de que no me gusta aparecer en esa famosa sección de veraneantes y que, como hombre de prensa, tengo una soberana indiferencia por la letra de molde. Pero debo rendirme.

—Ah! Ustedes tienen dos niñas. Hay aquí excelentes jóvenes; acabo de hacer un matrimonio...

—Descuide Ud., señor Mancilla; mis hijas necesitan una vaca.

—No comprendo.

—Maman, señor mío; todavía maman.

—Ah! Entonces mañana tendrá Ud. la mejor leche del pueblo.

Y todavía volvió de la puerta exclamando:

—¡Pero qué distraído soy! ¿Necesita tal vez una ama? Tengo una de cuatro meses, que le sobra... —e hizo con la mano el amplio gesto de quien describe una cascada.

—¿Quién es ese hombre?—me preguntaban todos los de casa.—¡Mi padre, nuestro padre, el padre común, el padre eterno!—respondí yo con un grito trágico, dejándome caer en el banco del jardín, único mueble que resiste una caída sin seguir el ejemplo.

Ya tenía a Mancilla metido en casa y dándoselas de mi amigo íntimo. Al amanecer se presenta un vendedor de corvinas y congrios enviado por el director general del veraneo. Poco más tarde, un arguenero con melones, y luego una mujer que vendía leche al pie de ella misma. Mancilla se había propuesto mostrarme los enormes recursos alimenticios de ese paraje. Pero no quiso detenerse allí, porque apenas terminado mi almuerzo penetró ruidosamente a ofrecerme un paseo por los alrededores. Me excusé como pude. Era necesario abrir maletas, arreglar la ropa, instalarme, en fin, como pudiera en este campamento que afuera tenía forma de «chalet» como decía el aviso; pero dentro era una habitación de trogloditas, obscura, húmeda, mal distribuída.

—Todo esto es sencillo—dijo el abogado, mientras empujaba vanamente los cajones de la cómoda no abiertos desde la primera vez que su dueño los tiró del sitio en que, a fuerza de martillo, los había embutido el artífice. A las dos tengo el ensayo del coro, a tres las repetición del drama, después hay que arreglar el cinematógrafo que no funciona bien.

Pero dispongo de veinte buenos minutos libres. ¡Animo, amigo Pino! Venga un martillo. ¡Corre niña! (se dirigía a una criada), pregunta por la casa del señor Mancilla y pide el cepillo, el atornillador, el formón, el cincel, el serrucho, el barreno y un alicate! Vente como un viento.

Entre tanto, la chaqueta volaba por los aires y en pocos minutos todos los cajones yacían en orden disperso por el suelo.

—Es necesario ensayar si alguno cabe en el hueco por casualidad. Vamos a ver el último. ¡Nada! Este otro parece más chico. Ya! ¿Ve Ud.? Este cajón era de aquí.

Luego llegaron las herramientas y en diez minutos de un trabajo febril, el cuarto se llenó de virutas y los cajones entraron todos.

—Vamos ahora al ropero. ¡Uf! ¡Qué puerta!

Y formonazo aquí, golpe allá en la puerta, quedó más o menos corriente.

—*Ahora hay que plantar clavos y poner perchas.*

—No señor,—protesto yo.

—Si señor; Ud. no sabe nada. Vamos a ver señora, ¿dónde vamos a poner las sábanas de baño? *Hay que colgarlas en el corredor...*—*y* ¡*paf*! un clavo se fija en un pilar.

—«¿Y qué dirá la niña de la cocina?» La cocinera pide que le pongan uno. Luego comienza una de martillazos por todas partes. Mancilla tiene la furia de la carpintería. Se le pasa el tiempo y una aglomeración en la puerta lo reclama a grandes voces.

—«¡Señor Mancilla, el coro está listo! Y Mancilla sale escapado diciéndome: «Hasta muy luego. Volveré con las perchas». Las sirvientes quedan encantadas que las llamen niñas.

Medito, bajo un sauce, sobre mi triste situación.

O resisto a Mancilla y me parapeto cerrando la puerta de calle y soportando un sitio en regla o me entrego incondicionalmente. Recuerdo lo que dicen ciertos tertuliadores nocturnos cuando se ven envueltos por algunos amigos que han empinado más de una copa y con cuya alegría forman contraste molesto:

—«Es necesario igualarse». Opto, pues, por igualarme con la jovial borrachera veraniega del abogado y vibrar con él. Y así, apenas acabada la comida, cuando Mancilla, capitaneando una cadena de jóvenes y niñas con faroles chinescos, mandolines y pitos, pasan haciendo estruendo infernal y gritándome sin ceremonias:

—«¡A la playa, Pino! ¡A la playa!» Yo salgo, corro, hago cabriolas, le doy una palmada en la espalda al estrepitoso director de los honestos pasatiempos, tiro al aire mi sombrero y lanzo un rebuzno en medio de los aplausos jenerales.

—«Eso es,—me grita el panzón,—fuera las neurastenias». Este es otro milagro de la playa, que apuntará en sus crónicas.

En la playa cada cual escoge su rincón y yo quedo solo. Se ha averiguado mi estado civil y no encuentro pareja. Un grupo de gente más jóven ensaya un coro: «somos los camaroncitos», etc. Es una novedad, según parece; pero seguramente un pretexto para que muchachos y muchachas se balanceen tomándose del talle.

—«Esto lo he descubierto yo, me dice Mancilla; así los jóvenes se tratan».—«Exacto: trato y tacto».

—«Entendido, ¡bravo!» La noche pasa como siempre, versos al mar, la voz de una niña entona la canción romántica. Un joven es invitado a tocar algo en la guitarra. La ola inevitable corretea a los paseantes y yo aprovecho para llegar de dos saltos a mi casa.

El concierto fué un escándalo público. La escena *improvisada por los cuidados de Mancilla no tenía* la solidez necesaria y las bambalinas se vinieron al suelo en medio de la representación, sepultando, en sus pliegues y en nubes de polvo, a los actores. La señorita que debía cantar un trozo de *Zazá* se puso a llorar entre bastidores a causa de una riña con su mamá. Mancilla nos había reservado para el final una sorpresa humorística que fué un espectáculo digno de conmiseración. Salió con ademán seguro; carraspeó, y, cuando ya parecían que iban a escaparse las palabras, hizo una venia de despedida y se entró de nuevo, en medio de ruidosos aplausos. Para una vez bastaba con la gracia; pero el hombre fué implacable, como era su carácter, y repitió diez veces la misma falsa salida, seguro del éxito. Las risas disminuyeron, luego se levantaron de varias partes voces lastimeras que decían:

—*¡Pobre Mancilla! tiene buena intención.* Algunas señoras se enjugaban una lágrima compasiva. A la sexta vez estallaron algunos silbidos y las tres

últimas salidas causaron el tumulto consiguiente. Antes del cinematógrafo era necesario arreglar la escena y el trabajo se ejecutaba a vista y paciencia de todos. El infeliz abogado continuaba con sus gracias de tony, estrellándose con el piano, tropezando en las alfombras, haciendo muecas al público. Había tomado una especie de porfía en no salir de la escena y fué sacado por fuerza por algunos veraneantes que se ocupaban de su prestigio.

Algunos días después hablo de cierto record automovilístico que debía terminar en nuestra playa; Mancilla se agita en el acto para organizar una recepción a la entrada del pueblo y en seguida un baile. La actividad desplegada por este hombre fué digna de una empresa mucho mayor. Todo el pueblo fué tomado por el contagio. Manejaba a la policía, a los carabineros, a los inquilinos del fundo vecino. Cinco o seis hombres a caballo galopaban todo el día llevando y trayendo órdenes, acarreando ramas verdes, banderas, escudos estrellas, tules y cintas. Mancilla estaba al mismo tiempo en la organización de un sistema de estafetas para tener el oportuno anuncio de la llegada del automóvil, que en el arreglo de la improvisada sala en el corral de la policía, que en la dirección de los vestidos de las señoritas Valenzuela y de otras, en las disposiciones del buffet. Ha encargado a Santiago lápices rojos para que las señoritas se tiñan los labios y los reparte a domicilio En los intervalos que le dejan estas tareas ha

seguido entrando a casa como a la suya para corregir mis muebles, arreglarme un lavaplatos y mil otros detalles.

Los automovilistas vienen efectuando un record que es un verdadero martirio. Al pasar por una cuesta han encontrado cierto terreno gredoso donde la máquina se ha embutido a medio metro de hondura. Sacada de allí, por el esfuerzo combinado de catorce hombres a caballo y cinco de a pie, han caído al estero. En la fragua de un herrero se hizo fabricar una tuerca, lo que ha demorado el record algunas horas más. Por fin se anuncia la aparición de los denodados sportmen al caer la tarde. Vienen *los infelices todos manchados de aceite, alquitrán y* grasa. Uno de ellos tiene aceite hasta en el pelo, que se le ha erizado con la tierra y substancias extrañas acumuladas en el viaje. Además, los pobres han comido poco y mal, y bebido mucho y bien, porque de ésto habían hecho almacén en la máquina. Al querer saludar y ponerse de pié en el fondo del coche, caen unos sobre otros, en hacinamiento lastimoso. Mancilla los llama intrépidos en un discurso en que asegura que el automovilismo significa la exploración del país, de sus riquezas y encantos naturales. Uno de los automovilistas cree que ha sido insultado por el orador, se consulta brevemente con sus compañeros y cae sobre Mancilla, que al principio se cree abrazado, pero luego comprende que se trata de golpes y da la voz de «sálvase quién

pueda». Sin embargo, todo se arregla, se cruzan mutuas explicaciones y el baile se efectúa por fin. Los automovilistas se quedan dormidos y uno de ellos reposa su cabeza alquitranada sobre el hombro de la señora Valenzuela.

No quiero fatigar con toda la crónica de los hechos veraniegos de Mancilla. Terminadas la vacaciones, he llegado hace tres días y he ido a su oficina. ¡Qué transformación! El abogado parece aquí un hombre apagado, sin sonrisas, humilde, de pocas palabras. Está sentado frente a una mesa cargada de papeles y escribe... en silencio. Ya no lleva los rutilantes trajes de franela, los sombreros de variadas formas, las corbatas rojas o verdes. Su indumentaria es sobria: una levita verdosa y gastada. Mancilla me dice misteriosamente que ya está economizando para su veraneo de 1915. ¡Qué Dios se apiade de nosotros y lo lleve antes a gozar de su compañía!

# PROBLEMAS AGRÍCOLAS

En Chile es noble y recomendable la profesión de agricultor; tolerada por los usos, la de abogado; impuesta por la necesidad, la de médico; no prohibidas las demás.

Chile fué hecho por la Providencia para los agricultores. Colocó en el norte el salitre, para abonar con él las tierras de las provincias centrales cuando se agoten, y por esta razón no es explicable la actitud del Gobierno que tolera la exportación del salitre hacia otros países. Las minas de cobre fueron puestas por su sapiente mano (la de la Providencia) con el objeto de que los agricultores pudieran hacer los fondos para los frejoles de sus peones y el Estado la moneda menudá, con la cual se pagó el inquilinaje en años pasados.

Las minas de plata tenían visiblemente el objeto de facilitar el uso de espuelas de lujo a las gentes

del campo, de frenos y mates a los mayordomos y de vajilla a los hacendados. Como hoy día estos objetos se importan del extranjero, las minas no se trabajan, lo que parece estar en el orden. Respecto de los bosques, no se conoce su utilidad y por esta razón se les prende fuego. La Argentina fué geográficamente establecida al costado de Chile, para que la agricultura pudiera comprar ganados baratos y dedicarse a las positivas tareas de la engorda.

Los ríos fueron por Dios distribuídos por provincias, precipitados por pendientes y divididos en tantos regadores de 13 y media pulgadas, como propietarios ricos hay en cada localidad, con el objeto de que el regadío rinda también acatamiento a la fortuna y haya terrenos de primera clase, de segunda y de tercera, lo que conviene para mantener el prestigio de los que tienen regadores sobre los que viven de derrames.

A consecuencia de la importancia que tiene en nuestros territorios el ciudadano que cultiva la tierra, hemos consentido en dejarle el gobierno, en abandonarle la dirección de la moneda y de las emisiones con las cuales se deprime el cambio, en adulterar a su servicio las estadísticas para que aparezcan diez veces más tierras cultivables de las que hay en realidad y en permitir un derecho de importación a las harinas extranjeras. Es verdad que así la vida se nos hace algo cara, pero nos consolamos viendo que el animal vacuno se mejora y el agri-

cultor se empeora, de tal manera que cada día los toros parecen más hombres de Estado, y viceversa.

Por esta razón, todo escritor si desea ser leído, debe abordar temas agrícolas, aunque sea sin gran conocimiento de la materia, ya que el agricultor tiene la condición de no saber nada de lo que hace ni por qué lo hace. Por ejemplo, el *Gobierno y algunas* instituciones particulares se afanan en abrir *escuelas agrícolas*, agronómicas o experimentales, para dar a la agricultura hombres preparados. Pero ningún agricultor acepta emplearlos por caros, pues un agricultor encuentra caras todas las cosas, menos lo que él vende, y tiene razón. Los alumnos de las escuelas agrícolas se dedican entonces a *varias* profesiones, como la fabricación de velas estearinas, colchones, *fuegos artificiales y molduras* de yeso.

*Después* de este breve prólogo, que explica por qué razón he aceptado la tarea de escribir un artículo agrícola, entro en materia con el método de un profesor. Agricultura no significa «cultura agria» como podría creerse al ver la poca educación con que generalmente se tratan los agricultores, *sino* cultivo de la tierra o del «agro», que viene de una palabra latina. *Esto nos demuestra* que el que desee cultivar una planta, debe forzosamente disponer de una superficie de tierra. Es verdad que hay plantas que crecen y se desarrollan en el aire o en cortezas de árboles o en un vaso de agua o en los

entablados, como las callampas; pero no es esto lo común. La cantidad de tierra debe ser suficientemente espesa para que cubra la semilla y permita el desarrollo de las raíces. Por esta razón no sirve para el cultivo la capa de polvo que hay siempre sobre los pianos.

En grandes líneas puede decirse que para que haya agricultura, es necesario todo ésto: tierra, abonos, préstamo hipotecario, semillas y cambio bajo. Es útil también conseguir una estación de ferrocarril en el medio de la propiedad.

Supongamos, pues, una cantidad limitada de tierra, sea en un jardín, en un macetero o en un cajón de tablas. Esta tierra debe contener cierta cantidad de substancias para que la planta se desarrolle. Supongamos una tierra químicamente pura o mejor dicho, químicamente mala. Lo más urgente es dotarla de materias azoadas. No hay idea de la importancia que tienen estas materias azoadas en la agricultura. Comienza usted por dotar su tierra de ázoe, cuanto antes, sin pérdida alguna de tiempo. ¿Dónde puede obtenerse este producto? En la atmósfera. ¡Qué simple es la naturaleza! ¡Qué ordenada! ¡Cómo todo está al alcance de la mano del hombre! Es necesario advertir, sin embargo, que para separar el ázoe de la atmósfera se necesita una fuerza motriz tan grande como la de un río precipitado desde la punta de una cordillera. Con 100,000 caballos de fuerza se puede obtener fácilmente este maravilloso

abono que nos circunda, mezclado al aire. Como escribo para chilenos, tengo la obligación de decir que el salitre es un abono que contiene ázoe y que se usa en muchos países del mundo, como Inglaterra, Bélgica, Alemania, Francia, España e Italia, para mejorar las tierras. Pero si usted, lector, es chileno y no tiene agentes en Londres, lo que suele ocurrirnos a casi todos los chilenos, puede considerar mucho más útil pescar ázoe de la atmósfera, con la mano, que salitre de su país con cualquier medio conocido. El salitre es artículo de exportación y se exporta. Nada queda para la casa. Si usted escribe a la Compañía Salitrera de Antofagasta pidiendo un kilo de salitre para abonar sus claveles y acompañando una estampilla para la respuesta, no le devolverán ni la estampilla. Pero no hay que desconsolarse; el ázoe se encuentra también en el guano y sobre esta materia resbaladiza entraré en pormenores dignos de atención.

El guano es de tantas clases, como especies animales hay en la naturaleza. Lo hay desde el de picaflores, que sirve para el cultivo del *petit pois*, hasta el de senadores, que se puede usar para las plantaciones de zapallos gigantescos, pasando por los de cóndores y huemules, que sirven para hacer fructificar el árbol del patriotismo, del cual se hacen astas para banderas; el de huanaco, que por la velocidad de su autor, se usaría para abonar plantas de crecimiento rápido, como el corre-vuela, si ésta ne-

cesitara de abonos; y el de corrales de lechería, ovejerías y cabros. El mejor de todos es el peruano, que se extrae de las covaderas, donde fué depositado por millones de pájaros que tenían allí sus refugios, porque éste no sólo es el mejor abono para las plantas, sino que sirve aún a su dueño para hacer abonos en su cuenta corriente, lo que es digno de atención.

Una vez teniendo la tierra, es necesario procurarse los útiles de labranza y las semillas. Los útiles se reducen a los dedos de la mano, si el retazo de terreno disponible es el que puede contener un macetero. Pero a medida que el terreno crece, el útil se complica. Sin embargo, como el agricultor carece en general de fantasía, el arado es el mismo desde Adán hasta nuestros días. Con el arado se abre el surco y en el surco se coloca la semilla. Por esto se dice que una inteligencia abre surco y que una idea fructifica. Una vez colocada la semilla, el agricultor puede marcharse a paseo porque entra a colaborar en sus tareas el sol y la humedad atmosférica. Al sol no se le paga nada y menos aun a la humedad. De aquí proviene la soberbia del hombre de campo sobre cualquier otro industrial. Por ejemplo, un diario debe contar con mecánicos que hagan sus máquinas, con fundidores que preparen las letras de molde, con industriales y químicos que fabriquen el el papel, con otros que hagan las tintas, los rodillos de pasta, las drogas y planchas para los grabados,

con obreros que preparen éstos, corten el papel y lo impriman, y finalmente, con artistas y escritores (mil excusas, lector, aquí entro yo), que conciban los dibujos y pongan las ideas. A nosotros no nos fructifican las ideas con las lluvias, ni nos paren artículos mientras dormimos.

Pero dejemos la polémica y volvamos al cultivo. Antes de buscar la semilla debe pensar usted bien, qué cosa desea obtener de la plantación y cuál es el límite de su paciencia. ¿Quiere usted ver un cultivo rápido? Ponga un grano de trigo; ¿desea uno lento, muy lento? siembre un alerce chileno y cuando usted *muera, tendrá el arbusto apenas una pulgada de alto*, En seguida hay que defender la plantación de los enemigos naturales, niños, pájaros, insectos y animales. A los insectos se les da muerte, no así a los otros agentes de destrucción que, o no se dejan matar o no conviene hacerlo. No debe aplicarse por ningún motivo polvos de Persia contra las orugas, *porque éstas concebirían una pobre idea de nuestras* fuerzas. Lo mejor es cubrir el macetero con una campana de vidrio, como por ejemplo con la tapa de una quesera o mantequillera. Excusado es advertir que para las grandes plantaciones este procedimiento no es aplicable.

El placer de cultivar es muy grande, siempre que se tomen las precauciones debidas. Como se han comprado las semillas con sobre, con ilustración en color y un letrero encima y se está convencido de

que hay alguna relación entre el continente y el contenido, viene la decepción segura.

Pero si uno toma la semilla como una interrogación y espera que el tiempo le responda, entonces el agrado es inmenso. Yo recuerdo haber encargado a un reputado jardín semillas de manzano, y cuando esperaba gustar la primera compota me pude convencer, como el alemán del cuento, que eran matas de tabaco las lozanas plantas que crecían bajo mis auspicios. Tiene relación con esto y con las amenazas de los animales, lo que decía un español: «sembré coles y ¿sabe usted qué salieron? salieron dos chanchos y se las comieron». Hay que evitar que salgan otras cosas que lo que se siembre y que salgan voraces disfrutadores del propio trabajo.

Yo sé de un hombre incapaz de hacer mal a nadie que fabrica semillas en su casa, con bolitas de miga de pan de diverso tamaño y color, encerrándolas después en lujosas cubiertas en las cuales se lee: «Coliflores de Persia», «Arvejas del Congo Belga», «Lechugas de Eduardo VII», «Espárragos gigantes». El hombre hacía negocio de oro y se divertía muchísimo cuando los clientes se quejaban de que no salía nada.—«Usted no ha regado a tiempo». «Su mayordomo lo ha engañado»; nunca le faltaron excusas atendibles.

Entre los medios que el ingenio humano ha discurrido para defender las siembras figuran 3 grupos principales: el «rondín» humano, el arma de fuego

y el espantapájaros. Tratándose de viñas, el rondín destruye mucho más que los zorzales porque éstos son expulsados fácilmente, mientras que al rondín se le paga por permanecer en el cerco y nadie vigila sus manos a caza de pámpanos maduros. El arma de fuego, que es generalmente un fusil a fulminante que se carga por la boca, suele tener el inconveniente de descargarse por la culata. Queda el espantapájaros, maniquí que en actitud tribunicia se yergue sobre los sembrados y que es el hazme reir de los pájaros. Pienso con el tiempo, y para trabajar por el mejoramiento de la agricultura, publicar un periódico de modas que se llame *El Espantapájaros Ilustrado* donde daré diversos figurines de esta clase de personajes. Para que preste verdaderos servicios, un espantapájaros debe herir la imaginación de los pájaros que son seres esencialmente imaginativos. Si nuestra indumentaria sirve tanto en la sociedad humana, hasta el extremo de que un frac bien llevado puede hacer llevar bien un puesto diplomático, se puede pensar cuán sugestiva puede ser la buena vestimenta del espantapájaros en la liviana sociedad de las aves. Un espantapájaros de levita, sombrero de copa y guantes blancos es irresistible, porque los tordos vacilan muchas veces antes de inferirle la afrenta de las tarjetas de visita que dejan a menudo sobre el corriente espantapájaros de «poncho y chupalla».

No sea usted rutinario en sus cultivos. No plante

usted las mismas cosas que su vecino, llevado por espíritu de imitación. Sea usted progresista y vaya siempre al frente de los agricultores de su región. Recomiendo, por ejemplo, el azafrán que se vende a ochocientos pesos el saco. No he sabido que la Sociedad Nacional de Agricultura se haya preocupado hasta ahora de este precioso artículo, y sin embargo, es muy remunerativo. En una cuadra puede usted cosechar veinte sacos, es decir, diecisiés mil pesos. Costearía, pues, hacer plantaciones de azafrán en pleno centro de Santiago; aun pagando doscientos pesos por el metro cuadrado de tierra.

También son dignos de atención el ruibarbo, la nuez moscada, la pimienta y el rábano yodado, para hacer jarabe de lo mismo.

Nuestros agricultores no entran aún en el camino de la verdadera industria agrícola. Se ha repetido que los fracasos en la exportación de algunos productos chilenos provienen del fraude burdo que se comete en la confección de los envases y otros procedimientos. Se dice que en los fardos de pasto se colocan adobes y en la cera trozos de álamos. Se ha llegado a afirmar que en una partida de nueces iban todas vanas, pues se les había quitado el interior y sustituído con papelitos impresos con máximas morales como algunos bombones de chocolate suizo o italiano. Yo condeno todo ésto, dentro de la moral positiva y utilitarista que es la que corresponde mejor al agricultor. Prefiero la mezcla mitad

a mitad de ají molido con polvos de ladrillo, porque el cliente tarda en descubrir la superchería y debe agradecer que se haya cuidado su estómago moderando la acción corroedora del picante excesivo. En materia de industria debe haber cierta tolerancia de fraude, pero no debe por ningún motivo sobrepasarse la proporción.

Por ejemplo: puede hacerse salsa de tomate con cáscaras de peras y duraznos; vino tinto tiñendo suavemente el blanco y dándole el nombre de *pinot;* semilla de maqui, como colorante, mezclándola con los residuos que dejan los cabritos en su camino; charqui de vaca confeccionado con la carne de animales diversos, excluyendo los perros y los *cururos*.

Hemos dicho que el cultivo de la tierra necesita cierta dosis de humedad. De aquí vienen las cuestiones de regadío. El riego natural es el de las lluvias, la naturaleza ha sido próvida dejando caer de tiempo en tiempo los aguaceros. Admiremos un momento su colaboración. En seguida lamentemos respetuosamente que las lluvias caigan por regla general cuando son menos necesarias. El hecho es innegable ya que el terreno de rulo, que es aquel que cuenta sólo con el riego de las lluvias, vale diez veces menos que el regado por el hombre. Tenemos tres clases de terrenos: el regado artificialmente de afuera hacia adentro, el de rulo o no regado sino cuando lo dispone el tiempo, y el de vega, que está permanentemente regado de adentro para afuera.

Si el hacendado que tiene vegas y rulos pudiera revolver ambos terrenos, se haría prestar por la Caja Hipotecaria tres veces más de lo que debe. Un agricultor es tanto más rico cuanto más debe.

Lo primero que debe hacer un comprador de tierra influyente de Santiago es buscar una región donde aun no haya ferrocarril ni necesidad de hacerlo. Allí el terreno vale poco. Después debe buscarse un vendedor que esté convencido de que sus rulos no pueden regarse sino por medio de pozos artesianos. Una vez adquirido el fundo, la evidencia del ferrocarril, que por todos había pasado inadvertida, surge de pronto. «¿Cómo es posible que una región rica, poblada, que podría hacer afluir a la línea central tantos productos, esté aislada del país? ¡Así se comprende que nuestros ferrocarriles pierdan dinero, ya que no se procuran carga»! De un momento a otro el ferrocarril serpentea su riel por riscos y peñascos, terraplenes y acueductos y da valor a los rulos, que también comienzan a no serlo. Porque un rulo no es definitivo en absoluto. Para ellos son los canales y los tranques. Para hacer completa justicia a la agricultura hay que decir que esta obra del moderno regadío, le honraría muchísimo, si no fueran sus principales promotores personas que se han formado en otros ramos de la actividad, sea del comercio o la minería.

La apertura del Canal de Panamá abre a la agricultura, según se cree, nuevos horizontes; pero como,

a pesar de la protección que recibe, estará siempre más atrasada que la de cualquier otro país, es de temer que vengan a hacerle competencia en su propia casa las patatas de Hamburgo o del Portugal, que son más baratas y mejores que las chilenas. El día en que sea necesario poner fuertes derechos de internación a las papas extranjeras para proteger a las papas domas degeneradas que nos vemos obligados a comer; ese día será cuando los chilenos se contarán unos a otros para saber cuántos son los que producen las papas y cuántos los que las comen. Del resultado de esta causa dependerá el futuro económico de Chile. Entonces, convencidos de que más que país agrícola debemos serlo industrial, colocaremos una turbina a cada caída de agua y fabricaremos según nuestras necesidades y las de los mercados inmediatos.

Mientras viene este acontecimiento, la mejor profesión es la de agricultor. Entre el Estado y la naturaleza le dan la tierra, el cultivo y la parición del ganado. *Es seguramente a un agricultor a quien*, viéndolo en perpetuo descanso, le preguntaban un día:—¿y no le vienen a usted tentaciones de trabajar? Y él contestó:—«Sí, me vienen; pero las resisto».

# LA APERTURA DEL CANAL

Si queda a mi arbitrio elegir un tema para este artículo, opto por el Canal de Panamá. ¡Qué alivio ha sido esta magna obra para los cerebros cansados, para los oradores faltos de inspiración, para los redactores editoriales de los diarios grandes y pequeños, para los clubman, para los comerciantes, para el clero y los miembros del foro, para el Ejército y la Armada, para los padres de familia y para los agricultores en general, para los médicos, los ebanistas, los impresores, los fabricantes de colchones, los estucadores y los congresales, para los profesores de idiomas y los arquitectos, para los normalistas, y los ingenieros, los mecánicos y los abogados! Cada cual puede tener ancho y gratuito campo para las suposiciones y los cálculos más fantásticos; todo argumento es aceptable cuando se dice la frase sacramental «ahora que va a abrirse el Istmo...»;

toda cifra parece moderada, en presencia del acontecimiento que va a juntar los dos océanos. El Canal de Panamá es una idea que no cuesta nada, una metáfora al alcance de todos, un tema de conversación en fin.

Nos parece, sin embargo, que se comete una gran injusticia con un viejo conocido al cual se pretende olvidar. Se dice que será un raro espectáculo ver unirse al Atlántico con el Pacífico en el canal; y nadie recuerda que los océanos se comunican no sólo por el Estrecho de Magallanes sino también del Cabo de Hornos para abajo. Cuando se ilumine el nuevo canal con sus gigantescos docks y se abran los reflectores eléctricos en enormes haces de luz, a la cola de los dreadnougths americanos y de otras potencias navales, después del cortejo de transatlánticos, que atronarán el silencio de la noche con sus sirenas, pasará callada, con sus velas infladas, como una extraña aparición, la escuadrilla de Hernando de Magallanes que el año 1520 descubriera el paso natural entre los dos océanos. Nadie la verá. Los faros de las repúblicas sudamericanas encendidos a lo largo de la costa no repararán en las pequeñas lucecillas de las barcas fantasmas y sólo el de Chile enviará sobre toda la costa del continente un pestañeo amistoso al faro de los Evangelistas enclavado en los grandes farellones australes, solitario en la inmensidad del tormentoso mar. Pero detendré mi poesía porque corro riesgo de que se me llame es-

critor intenso y el epíteto se ha despreciado últimamente.

¿Hemos dicho que habrá un faro de cada república en la costa del canal? Es una suposición, pero si ella se realiza es seguro que esa noche el faro de Chile estará apagado o porque la linterna funcionará mal o porque habrá crisis ministerial en Santiago o porque el Tribunal de Cuentas protestará el decreto para pagar el aceite.

Toda frase bien pensada, escrita o pronunciada hoy en el país comienza por el mismo antecedente. Después se agrega lo que se desea. Por ejemplo:

«Ahora que va a abrirse ya el Canal.....» es de imprescindible necesidad arreglar nuestras *cuestiones con el Perú;* es urgente sanear nuestros puertos del norte porque los americanos no pueden *permitir que les lleven allá las pestes nacionales* y naturalizadas que nos honran con su compañía; es necesario hacer *puertos; conveniente terminar* los ferrocarriles transversales; es aconsejable hacer plantaciones de árboles *frutales; es útil pavimentar* las calles de Santiago, Valparaíso y Viña del Mar, los demás que revienten; *prudente tener hoteles limpios;* imperioso proteger a la marina mercante; acertado desterrar de nuestras calles los *coches de posta que* servían para pasar el río por el vado y ahora hay puentes; natural evitar las crisis *ministeriales;* patriótico construir con hierro y cemento; digno de cuidado mejorar los conventillos; disminuir los *in-*

cendios; dar consejo al que lo ha menester; cuidar a los enfermos y enterrar a los muertos.

«La apertura del Canal de Panamá tendrá como consecuencia...:

Abreviar el viaje a Europa; aumentar el valor de los productos agrícolas por la exportación; disminuir el mismo por la importación; subir el cambio; bajarlo; aumentar la población obrera del país; disminuirla; traer un gran desarrollo de nuestra marina; arruinarla; hacer crecer más a Chile que a los países de más al norte; hacer crecer a los países del norte más que a Chile; aumentar nuestra influencia en el Pacífico; anular la que hemos tenido hasta ahora; suprimir las estaciones, porque tendremos fruta en invierno y en verano, pues vendrá de otros climas cuando no la haya en el nuestro; acentuar las estaciones porque no tendremos fruta ni en invierno ni en verano, pues se exportará todo el producto de nuestros huertos; invadir el mercado americano; ser invadidos por el comercio americano; creceremos hasta perdernos de vista; nos achicaremos hasta lo mismo; el Canal será otro 18 de Septiembre de 1810; el canal será otro 16 de Agosto de 1906. Si hubiéramos podido perforar el Itsmo con nuestras cabezas habría convenido hacerlo. Si se pudiera tapar el canal con nuestros cuerpos, valdría la pena intentarlo.

Como se ve, hay para todos los gustos desde el optimismo luminoso hasta el pesimismo negro. Hay

personas de esas poseídas por el afán de la imitación que se preparan con tal fuego a hacer plantaciones de duraznos que, así como baja ahora el pasto, habrá necesidad de darle a las vacas duraznos de Waterloo o de Zaragoza y enviarlos al extranjero enfardados como forraje. ¿Qué ocurrirá con nosotros cuando el canal esté abierto? Sólo Dios y Mr. Wilson, el presidente de los Estados Unidos, lo saben. Pongamos en el primero nuestra fe y en el segundo nuestros bolsillos. Lo que yo veo claro, sin duda alguna, es el pasaje de los peces del Atlántico al Pacífico y vice-versa. Esto quiere decir que se pescarán congrios en La Pallice y corvinas en Niza, soles en el Callao y esturiones en Valparaíso, salvo el caso de que todos quieran mezclarse y con el tiempo todos los peces de ambos mares sean del mismo gusto y del mismo color. Pero como todo lo del canal está sujeto a controversia, abrigo aún sobre este capítulo muy fuertes dudas. La imbecilidad de los peces es casi inverosímil. Se llega a asegurar por tratadistas dignos de fe que una ostra es intelectual, casi un supermarisco, un genio, al lado de cualquier pez. La prueba de esta imbecilidad no es, como pueden creer los espíritus superficiales el hecho de que desde el principio del mundo se estén dejando coger por red y anzuelo, porque si el proverbio dice «al hombre por la palabra y al pez por las agallas», sería argumento en pro de la imbecilidad humana el que

siempre estemos pillando embusteros y no se canse nadie de mentir.

La prueba de la imbecilidad del pez la dan numerosas experiencias dignas de fe. Se encerró un día en una gran urna de cristal, dividida por el medio con un vidrio, a un gran pescado muy voraz y se colocó en el compartimento del lado a una turba de pescaditos que eran para aquel el bocado más apetecible. Pues bien, durante seis meses el pescado estuvo dándose de cabezazos en el vidrio por tratar de comerse los pescaditos vecinos. Llegó a hinchársele el hocico en forma aterradora y seguía siempre dándose con él contra el cristal. Después de este largo plazo se convenció de que no podía comérselos y se quedó meditabundo. Retiró entonces el experimentador la división y los pescaditos invadieron el lado del enemigo y comenzaron a pasar por encima, por debajo, por delante y por detrás del gran pescado. Pero como ya se había convencido de que era inútil intentar empresa alguna culinaria contra esos impertinentes, pasó otros seis meses sin hacerles nada, hasta que un día, durante un largo bostezo se le introdujo uno a la boca y él lo mascó.

Es pues de temer que los peces del Atlántico y del Pacífico cansados de darse encontrones contra el Itsmo, no se convenzan nunca de que lo han abierto y se nieguen a canjearse. Pero para mí que pasan.

Una señora excelente y bien educada, decía hace poco en un salón de Santiago, con tono plañidero.

—¡Qué va a pasar con la religión cuando se abra el canal de Panamá!

Nadie la comprendía. Un caballero avanzó con audacia una pregunta:

—¿Acaso habremos de trabajar los domingos?

—No es eso! Quedaremos a quince días de los protestantes; cuando ahora los que están más cerca demoran veinticinco días en llegar.

En veinticinco días, naturalmente, un protestante se tranquiliza, como un vino navegado, mejora; pero en quince días puede llegar fresco y ser más dañino. No hay dudas al respecto.

«Apúrese en comprar arreos de montar antes de que se abra el canal de Panamá», ha escrito un almacenero del mercado central, en la vidriera de su *negocio*.

—¿Por qué tanto apuro?—le preguntaba un comprador.

—¡Ah, señor! Porque si ahora, con estar tan lejos de las Uropas no hay extranjero que no se lleve su par de espuelas de plata y frenos y estriberas, piense usted lo que será cuando quedemos a tiro de piedra. No daremos abasto para hacer monturas, hasta el Rey de las Inglaterras va a andar de huaso en su hacienda. El que conozca la silla chilena no compra *diotras*.

«La fruta se va a ir a las nubes», dicen los ven-

dedores del Portal. El que tenga un sólo durazno frutal en el rincón de su casa no se morirá de hambre.

—¿Y no habrá peligro con las culebras?—nos dice una señora que ha oído hablar del famoso corte que lleva este nombre. La dama creía que se trataba de serpientes saltonas que podían llegar, desde la orilla a bordo, con un solo brinco.

Sabemos de señoritas de diversos puntos de la república aficionadas a la poesía y a los polvos de arroz, que esperan de la apertura del canal una inmigración de yanquis rubios decididos a buscar esposas morenas, crespas, que reciten versos de memoria, canten a la guitarra y tengan las orejas sucias. Sin embargo, bueno sería que el Gobierno hiciera saber a estas incautas por medio de alguna oficina, que es más fácil romper la vértebra del continente en el Istmo que derretir a un norte-americano con frasecitas amorosas.

Y así vamos todos marchando a impulsos del canal hacia un porvenir desconocido, pero de color de rosa. Lo malo es que por el canal puede pasarse en todos sentidos y que así como vendrán por él algunas cosas se irán otras. ¿Qué vendrá? ¿Qué se irá? Este es el problema. ¿Si se fuera la mitad del Congreso?... Pero no hay que pensar en cosas tan hermosas!

# ACTIVIDADES FEMENINAS

No hay nada más agradable que conversar con señoras. Para tolerar a un hombre, por espiritual que sea, hay que estar muy cómodamente sentado, o con algunas copas de buen vino en el cuerpo. El espectáculo de la mujer, como el del fuego y el del mar, es inagotable. Una llama no se repite nunca, no hay una ola que se parezca a la anterior, no hay una frase femenina que sea exacta, convincente o se reproduzca. El pensamiento de las mujeres, como los ojos de los gatos, es tornasol.

Dos grandes acontecimientos ponen ahora este tesoro de la conversación femenina al alcance de todo el mundo: el Club de Señoras y las entrevistas publicadas en los periódicos, con retrato, piano y lo demás. ¡Un Club de Señoras! La primera vez que se lanzó este grito en medio del silencio de Santiago, pareció tarde de incendio: campanas a rebato, ca-

rreras, gente que salía a los balcones, acumulación de público en las esquinas, «aldeanos y gente del pueblo». Había motivo para tal alboroto. Hace apenas un medio siglo la señora de Santiago oía la misa (tan distraída como ahora, es verdad, pero la oía a diario), iba a una que otra toma de hábito, se llenaba de dulces de almíbar, se engordaba bajo sus talmas o confecciones hasta el límite de estos amplios moldes que bien pudieron llamarse «guarda-infantes», como en pasados siglos y en la península ibérica, o guarda-mellizos, que habría convenido más en Chile, y terminaban sus últimos días con coto, sin dientes y sin apego alguno a la vida. El salto ha sido violento: oxígeno en el pelo, inyecciones en el cutis, literatura en la cabeza, corsé normal en torno del cuerpo y agua y jabón en *toda la línea*, —como dicen los telegramas de la guerra,—es decir, desde Belfort hasta el mar. Y conste que este artículo es de rigurosa imparcialidad y no pretende reirse de nada serio o respetable, que no ridiculiza la virtud ni estimula el vicio, pues quiero evitarme el sermón de los colegas severos que maldicen de mi buen humor y le suponen siempre las más perversas intenciones.

Nó; no es mi ánimo combatir a aquellas señoras del mate en leche, del brasero encendido, de la lotería, de la alucema aromática en los dormitorios, ni defender tampoco a las del *cocktail*, a las del brasero apagado y puesto como antigüedad sobre las

mesas, a las del *bridge* o a las del voto femenino. Nó, señor; creo que cada tipo de mujer obedece a una necesidad, a una evolución natural y que lo que llamamos *moda* no es invención de modistas sino un producto social. Los pecados de la edad del brasero, eran más o menos tan graves y numerosos, o bien tan leves y escasos como los de la época de la estufa eléctrica. Cuando las mujeres se ponían vestidos estrechos y andaban a saltitos en la calle y un venerable sacerdote echaba la culpa de la moda *entravée* al diablo y a las logias masónicas, pensaba modestamente que éste era un medio de que el bello sexo se valía sin pensarlo, espontáneamente, para combatir la indiferencia de los hombres demasiado ocupados de sport y de negocios.

Ahora que la población masculina ha disminuído con la guerra, la mujer se ha envuelto mucho más. La naturaleza tiene flujos y reflujos para que la atracción de los sexos esté siempre a un mismo nivel; se vale entre los animales de mil ardides, como los moños y largas colas que Darwin anota entre las aves, o como la moda entre los hombres, unas veces mundana y ligera y otras grave y hasta monástica. No hago, pues, ni ataques ni defensas; soy relator de un expediente.

Los maridos y padres tienen clubs; ¿por qué no pueden tenerlo las esposas y las hijas? Algún mal intencionado diría que también hace falta el club de niños, para que éstos no se queden solos en la casa,

alejados del movimiento social. Agregaría que así, a fuerza de extremar el derecho de cada cual a su vida de club, terminarían por reconocer todos que el mejor club es el hogar. ¡Qué error! Si los hombres vamos al club es por descansar de nuestras mujeres, —dicen los clubmen,—y si las mujeres van al club es por descansar de sus maridos y sí, andando el tiempo, fueran también nuestros chicos andando al suyo, sería para descansar de sus padres, de sus *nurses* y amas, y principalmente de sus mamaderas de fosfatina que los tienen tan aburridos, ya que podrían beberse sus *bitters* batidos y sus buenas vainas. Cada club debe tener sus costumbres y sus garantías y así no habrá de qué lamentarse. En el Club de Hombres debe haber excelente vino, en el Club de Señoras, magnífico té con pastelitos y en el Club de Niños muchos caramelos surtidos.

En el primero debe haber amigos que acompañen al clubman cuando a causa de la obscuridad de las calles no reconoce su habitación; en el segundo, dotación de alfileres, horquillas, peinetas, pañuelos y broches, que es lo que más pierden las señoras, y en el tercero, un servicio de devolución a domicilio, de sus miembros, cuando se ponen llorones o se quedan dormidos. Cada cual con sus costumbres y sus medios: en cualquier hotel que no sea de Chile hay un cartel que dice al pasajero: «toque usted una campanilla para el mozo y dos para la *bonne*»; pero, en cambio, en un hotelito que hay en Pania-

hue (ramal de Alcones a Pichilemu) leímos este otro: «Se recomienda al alojado que no limpie sus zapatos en la *corcha*». Yo conozco personalmente una señora que ha cruzado la vida sembrando de pañuelitos su camino. Es de esas señoras húmedas, que cuando dicen cosas medianamente tristes deben secarse los lagrimales, que apenas sienten una corriente de aire frío se enjutan la punta de la nariz, que cuando sonríen tienen que absorber la saliva de sus carnosos labios. Naturalmente, los pañuelitos van quedando en todas partes, resbalando de sus vestidos, cayendo de los portamonedas, metiéndose en los cojines de las sillas. He ahí una necesidad imperiosa. También hay la señora habladora que tiene en su casa mudos a todos, hasta el extremo de que a algunos de los hijos se les ha atrofiado la lengua. Es indispensable que estas damas se encuentren con muchas otras y tengan algún trabajo para usar de la palabra y se desfoguen allí en su club y den ocasión a que su familia pueda colocar, de cuando en cuando, su frasecita, aunque sea a la hora de comer, lo que no es mucho pedir. Hay, en fin, otras señoras que se figuran la vida del club como una especie de anticipo del cielo: música, versos deliciosos, manjares sanos y delicados y todo casi gratis. Ahora lo van a ver. Para muchos, la vida de club es un verdadero trabajo; para todos los que lo frecuentan, una sangría de sus bolsillos. ¿Que es usted aliadófilo? Pues le gritará a sus oídos un estratega

menudo cualquiera, diciéndole que Joffre no sabe dónde está parado, que Francia va a desaparecer y que los rusos están dilapidando sus municiones. Esto es como aperitivo, porque si a usted le sacan una afirmación cualquiera, le apostarán o una libra esterlina o una botella de champagne; no hay términos medios, y en seguida no le pagarán si pierden. Y luego, todavía usted no ha consumido algo cuando ya le cae encima una tarjetita, y es inútil decir que nadie la ha pedido, como después de la cena en La Bohemia. Y esto no es casi nada, porque el asunto de las cuotas es más serio. Hay que pagar una suma, anual o semestral, que tanto da, para mantener la institución. Generalmente, los que manejan los fondos en este país, y también en otros, son los hombres, y si nó, que lo diga el senador Claro, que presentó un proyecto para dar a la mujer cierta intervención en su dote. Pues bien, en el Club de la Unión, que consta de dos mil personas y, según dicen, escoge un tanto su personal, hay una vitrina con la lista de todos los socios y se va corriendo una rayita roja al que paga su cuota. Un diplomático me preguntó si los que estaban *borrados* ya no eran miembros del establecimiento.—«*Todo lo contrario, le dije yo; aquí se borra al que* es miembro, al que es más miembro que los otros. Los no borrados están en capilla». La cuota es una operación dolorosa para muchos. Y no hemos terminado. ¿Qué me dicen ustedes de los banquetes o

*manifestaciones? Cada acontecimiento de un amigo* provoca una lista en que se va poniendo al lado de cada nombre la significativa palabra: *pagó,* cuando se deposita el dinero, naturalmente. Porque, he aquí una peculiaridad de este club tan escogido: cuando uno come de repente, con uno, dos o tres amigos, paga al fin, después de la sobremesa. Pero cuando se junta con veinte, hay que pagar antes. No es, *pues, «una copia feliz del Edén» el club, y es bue*no que esas señoras a que me refiero se convenzan personalmente. Porque aunque los acontecimientos de la vida femenina sean menos frecuentes que los de los hombres, no faltan algunos, que en Chile, y para feliz compensación de la mortalidad infantil, son frecuentes. ¿Cómo no festejar a una amiga que ha tenido un varoncito después de tres mujeres seguidas? *Afortunadamente, nosotros estamos libres* de esto; pero tenemos los negocios y los nombramientos y tantas otras novedades.

Y todavía queda lo de las propinas. El Club es la casa de sus socias; uno no da propina a sus sirvientes, luego tampoco debe darlo a la servidumbre del Club. Esta es la teoría; pero ya verán ustedes la práctica. Cuando una señora vea que la sirvienta se apresura a servir a otra, y que la llama *misiá* Fulanita, así en diminutivo, y que cuando ella misma llama no se oye su voz y no acude nadie o acuden tarde, entonces investigará la causa de esta desigualdad. La causa es *la propina,* esa enemiga a

muerte de la igualdad ante las sirvientes. Y entonces dará propina y comenzará la subasta para saber quién da más.

Además de estas ventajas, que no son pocas, hay otras. Ya no habrá pelagatos que lleguen a sus casas contando proezas. Las mujeres sabrán muy bien a qué atenerse. No creerán en esa suerte extraordinaria de sus maridos, que no pierden nunca cuando juegan, que no beben sino jarabe de grosella con agua de seltz, que son convidados siempre y que no llaman la atención de nadie al no corresponder las atenciones. Tampoco valdrá aquello de «no me vine porque no me dejaron, ¿tú crees que en todas partes soy aburrido como delante de ti? Estuve defendiendo al arzobispo contra una cantidad de radicales». La señora pensará entonces en aquel cuento:—«Ayer he hablado en la Cámara».—«¿Y dónde, que no veo tu nombre?» «—Pues aquí, ¿ves al pie del discurso de Muñoz que dice *rumores*? Esos rumores los hice yo». Como socia avezada de un club descubrirá pronto la verdad.

Por esto, por temor, muchísimos hombres andan por ahí hablando mal del Club de Señoras. No hay que hacerles caso. Que agreguen a sus gastos de club los de sus mujeres, que, con seguridad, serán moderadísimos. Yo no celebro las tonterías que dicen esos egoístas: que va a ser tan grande el pelambre que no saldrá nadie por temor de dejar a las otras haciendo comentarios; que como la galega es

un excelente remedio para facilitar la lactancia, se pedirá como bebida favorita «una galega and soda»; que como las mujeres son económicas nadie les sacará cuotas extraordinarias en caso de déficit en el balance; y que el club tendrá horas muy limitadas de funcionamiento y consumo. Todo marchará normalmente, digo yo, porque las señoras han dado un rumbo artístico e intelectual a su casa, lo que debería avergonzarnos, pues mostrarán bonitos cuadros y estatuas en vez de nuestras exposiciones de huachalomos salpresos, pavos cebados, congrios monumentales y jamones de Melipilla de nuestro Club, que hablan de buenos jugos gástricos, pero de escasísimos meollos.

Bien; como decíamos al comenzar este artículo, también entregan a la curiosidad de los mortales el encanto de la conversación femenina, las entrevistas que se vienen haciendo desde hace dos años en diversos periódicos, a las damas de la buena sociedad. Naturalmente, estas entrevistas no son completas. El ideal sería que el repórter fuera al mismo tiempo un hombre capaz de hacer la corte a la entrevistada sin atraerse ningún bastonazo del marido. Porque entonces la señora no se colocaría en *pose* de fotografía retocada, ni de retrato al óleo para la posteridad, ni de alegoría triunfal, sino que haría un teje maneje de verdades con amables mentiras, es decir, se presentaría enteramente mujer. Porque no hay que ofenderse, nuestra madre Eva mintió; es verdad

que ésto lo ha contado Adán. Si fuera dramaturgo haría para el teatro una piececita bastante verosímil con una mujer que, por no saber mentir, es considerada como falsa. Un día, vencida por la presión que la obliga a disfrazar su pensamiento, dice una primera mentira, es creída y consigue su felicidad. Pero, dejemos estas disquisiciones y preciosidades y vamos a los reportajes. Encuentro, en primer término, que los reporteros de señoras no deben manifestar extrañeza de que huelan bien. Parece que a algunos los tomara de nuevo el perfume ya fresco y sano que exhala su *toilette* reciente, ya odorante y sugestivo de una esencia favorita. El público entiende también que las manos de una señora son más o menos blancas, en todo caso muy limpias y suaves y, además, primorosamente cuidadas. Pero no; hay que decírselo en cada reportaje, y, si no se dice, hay que entender lo contrario, que las manos de la dama eran como de lecheras, negras y rugosas, con largas uñas y dedos picoteados por agujas.

He aquí el tipo de una entrevista a la moda:

La señora Yolanda Sanfurgo de López, esposa del distinguido político, sportman y literato don Benigno López Andonaegui, biznieto de un oidor de la Real Audiencia, tan conocida por su belleza germánica como por su automóvil francés Houbigant de cuarenta caballos, habita un palacio de hadas, una verdadera litera Luis XV capitoné de raso, abandonada en medio de un rosal Cualquiera cree

que una elegante como la señora Sanfurgo dedica a los trapos y a las modistas su tiempo. Nada, se viste en la Aduana; queremos decir que le llega todo por correo, desde el sombrero hasta los deliciosos zapatos que los paseantes del centro llaman «de la cenicienta» por su pequeñez inverosímil. Recibidos por un portero suizo digno de ser marqués (y sevillano), fuimos introducidos a un precioso saloncito rococó. (¿No es de extrañarse que no lo dejaran helarse en el jardín?) Algunos libros de poesías con tapas de raso y cuero ruso, (ponderativo), diseminados con profusión (aprieta!) por toda la sala, manifestaban las aficiones intelectuales de la hermosa y aristocrática dama. Crujido misterioso de sedas, emanaciones de embriagador perfume. El hada se acerca con movimientos rítmicos, dando un paso largo y otro corto (como la entrada en escena de la soprano absoluto). Extiende su mano con una sonrisa enigmática como la de Monna Lisa, yo la oprimo como un relicario. ¡Oh mano! (¡Oh *dolci mani!)* ¡Oh manos nacaradas, marfiladas, que el cantar de los cantares llamarían tal vez «blandas como leche cuajada»! Tengo delante de mí a la señora Sanfurgo, la veo, la respiro, la toco. Solamente su voz musical puede darme el sentido de la realidad.

—¿En qué puedo servir a Ud.? (Naturalmente la señora no sabe absolutamente nada).

—Vengo a conversar con Ud. en nombre de los lectores de *La Estafeta,* que le conocen a Ud. des-

de hace tiempo... al través... al través (busca no más!) de su característica elegancia. (Y de los cristales de su automóvil).

—Pregunte Ud., a pesar de que no me gusta aparecer en letras de molde.

—¿Qué hace Ud., señora en su vida? ¿Cómo ocupa sus días?

—Le diré a Ud. Al amanecer, cuando llega hasta los bronces cincelados y dorados a mercurio de mi cama, el primer resplandor del alba, salgo al balcón para contemplar la belleza de la aurora. Soy loca por todos los crepúsculos y mi ambición mayor sería la de pintar. Escucho el canto de los pajaritos y permanezco allí envuelta en una simple bata de encajes, sintiendo en mi piel el delicioso cosquilleo de la brisa matinal. En seguida tomo mi baño, escribo mis cartas hasta las diez de la mañana, leo algunos versos hasta las diez y media, salgo a visitar algunas de mis obras de caridad, paso rápidamente por el centro para comprar flores y llego justo a la hora de almorzar. Comento con mi marido las noticias de la guerra y apenas terminado el almuerzo salgo a reuniones de mis sociedades. A las cinco tomo té en casa de alguna amiga. ¡Oh el té! ¿Qué me dice Ud. de esta hora deliciosa en que toda mujer artista y elegante rinde el máximum de su personalidad? La conversación del té no se parece a ninguna otra: el diálogo es vivo, el pensamiento juguetón en la forma e incisivo en el fondo. En seguida fumo un

cigarrillo. No se alarme Ud., un pequeño cigarrillo ruso simplemente. No toda mujer puede fumar. Es necesario tener mano fina y una boca pequeña para que el humo sea devuelto en delgado hilo. Bueno; estábamos en el té: después hago algunas visitas. Más tarde regreso a casa donde leo algunas páginas y me visto para comer. Acabando de comer vamos al teatro o a una partida de *bridge*, que dura hasta las primeras horas de la madrugada. Ese es mi día.

El repórter se levanta satisfecho y el público queda relajado como después de comer una mermelada con mucho azúcar y llena de hormigas. Pero el repórter ama la contradicción y quiere dejarnos en las más atroces dudas. ¿No nos dice el bárbaro que en el jardín juegan cinco preciosos niños de la señora Sanfurgo? ¿Cinco? Pero... ¿y cuando, a qué hora? Esto me hace recordar los versos de un simpático poeta de cierto *cabaret* de Montmartre, que, analizando algo semejante, declamaba:

Madame rentre, monsieur part:
affaires... cercle... politique...
puis, éreinté, blême, asthmatique;
monsieur rentre, a la nuit, très tard.

Monsieur rentre, madame part:
théâtre... bal... concert... soirée...
puis, la mine pale, tirée;
madame rentre, au jour, très tard.

Monsieur tout le jour absorbé,
madame toute la nuit prise,
on se demande avec surprise
comment a pu naître Bebé?

Es claro que, así como en el reportaje nos la presentan, no ha podido hablar la hermosa señora Sanfurgo; tampoco sería justo que la hiciéramos decir toda la verdad de su prosaica existencia. Nó; pero sería mucho más interesante que hablara una mujer de veras. Una dama me ha propuesto una entrevista, no propiamente realista sino tan aproximada a la verdad como es posible, tratándose de personas del más bello de los sexos (con perdón de unos jovencitos que andan por la calle de Huérfanos) y yo no quiero privar al público del placer de la comparación.

He aquí mi entrevista con la señora Fernández, prima de la anterior:

«La señora Fernández se ve menos hermosa en la mañana que en la tarde. Casi no la conocimos al ver enrollados en su cabeza ralos cabellos obscuros en lugar de la opulenta y ondeada cabellera color Tiziano, fondo de cobre o zanahoria, que le es peculiar. Estaba cerca de la puerta de entrada discutiendo con un cobrador sobre la cuenta.—«Ya le he dicho a usted que se la debe llevar a mi marido», le decía.—«Pero si ya he estado en su oficina y me ha dicho que es cosa de usted».—«Son excusas, las de siempre; atosíguelo, deténgalo en la

calle, espérelo en la puerta del club y preséntele la cuenta delante de amigos. ¡Estos hombres! Quieren que una ande bien vestida y se espantan de la cuenta. ¿Qué desea usted, señor? me preguntó la señora Fernández.—«Señora, vengo en nombre de *La Luminaria,* publicación mensual, ilustrada, en colores, que pertenece a la Buena Prensa y ha sido recomendada para las familias por su sana lectura.—¿Quiere usted un reportaje? Se lo voy a conceder solamente para hacer rabiar a mi prima, que se ha presentado como intelectual. Vaya preguntando usted y yo contestaré como pueda.

—Señora, ¿qué hace usted en su día?

—Nada.

—¿Cómo?

—Comiendo. Me levanto sumamente tarde porque soy floja y un poco anémica.

—Cuando usted se levanta ¿qué es lo primero que hace?

—Bostezar.

—¿Y en seguida?

—Pelear con mi marido porque se ha recogido tarde.

—¿Después se pone bien?

—Sí; después me pongo bien. Y después me levanto al ras con el almuerzo.

—¿Se dedica usted mucho a la caridad?

—No mucho. Figuro en algunas invitaciones. He sido secretaria de dos sociedades y me han echado

por floja. Voy a muchos conciertos. Tengo una gran lástima por los pobres, principalmente por esos que reciben la visita de mi prima en automóvil. Me gusta la beneficencia con música; pero no pretendo abrirme con ella las puertas del cielo. Espero tener mejor salud y levantarme más temprano para hacer una vida más cristiana.

—¿Lee usted mucho?

—Poco. Después de media hora me bailan las letras. Me gustan los libros con amor y que acaban con matrimonio.

—¿Ha estado usted en Europa?

—Sí.

—¿Y qué ha visto allá?

—Todo; la verdadera mujer chilena puede ir con su marido a todas partes, desde la Opera y la Comedia Francesa hasta el Bal Tabarín y la Abbaye Thelem. Me aconsejaron no dejarlo solo y lo acompañé. Naturalmente, tengo muy mala idea de los franceses...

—¿Qué cosa ha sido lo que más ha llamado su atención?

—Los sombreros de la Revoux y los vestidos de Callot.

—Me refería a los monumentos.

—¡Ah! El Palais de Glace y la Torre de Eiffel.

—¿Qué piensa usted del manto?

—Que es feo e incómodo; pero que va a ser *chic* ponérselo de nuevo, por la cursilería de los velitos

mal puestos y de los peinados pretenciosos y de los vestidos de mal gusto.

—Señora...

—Tenga la bondad de irse. Ya está bueno de preguntas. Me estoy mareando y es la hora de ponerme la inyección de Suero Fraise...

—¿...?

—Sí, para la neurastenia. Ahora se lleva menos la neurastenia; pero en esto me he quedado pasada de moda. ¿Qué le vamos a hacer?

Naturalmente, esta clase de entrevista colocaría en luz desfavorable a muchas damas simpáticas, que también tienen manos bonitas y saloncitos rococó. Por eso se prefieren las otras.

# ALMACÉN DE NOBLEZA

Yo me encontraba en Madrid sin saber cómo ni para qué. Esto suele ocurrir más a menudo de lo que parece. Naturalmente, trataba de engañarme a mí mismo con cualquiera explicación satisfactoria y me decía: «tú eres un sudamericano inteligente y serio que no has hecho como otros, colarte de rondón en París, sino que has querido conocer la madre patria». «Mentira, mentira,—gritaba dentro de mí otra voz que tengo para estos casos,—no has venido para ver la madre patria, porque si tal afición tuvieras habrías comenzado por conocer a la hija de la cual naciste, por conocer tu propio país, y de ese casi nada sabes y muy poco conoces». Y entonces me decía yo de nuevo «¿a qué he venido?» Y así rodaba por las calles, digno de una descripción de novela de esas que se atardan en describir a un personaje, soñoliento, decaído, neurasténico, víctima de

los treponemos, para hacer todo un capítulo al aire libre y dar a la obra cierta ilusión de vida y movimiento. Y rodando, (salvo las ruedas, pues iba a pie), me detuve en una vidriera de aspecto raro. Había allí una coraza de latón, regularmente trabajada para que pareciera del tiempo de los cruzados, pues tenía manchas de sangre de moros, orín secular, machetazos y hasta pedradas. Había también un arcón de suela muy carcomido, tal vez en exceso para que fuera sólo el tiempo el artesano de tanta ruina; cortes, señales de oruga o de barreno que no estaba cierto yo de lo que fueran, telas de araña del siglo quince y abolladuras. También aparecían dos patas de un sillón y las perillas de una cómoda, buen material para un restaurador de buena voluntad y desordenada fantasía que con esos venerables restos construyera todo el mobiliario a que pertenecieron. Y luego había cadenas, grillos de presidiarios, gemelos de oro y plata para puños, algunos trozos de encajes, miniaturas y tabaqueras y un rótulo grande en el fondo, que decía textualmente: «Bernardo Ruiz del Avellano, especialista en títulos de España y de América, investiga, copia documentos, dibuja escudos de familia y proporciona mobiliario antiguo». Entonces solamente vine yo a saber, mejor dicho, a confesar *que sabía por qué estaba* en Madrid. Yo tenía una debilidad oculta, una dolencia que ningún psicólogo había podido diagnosticarme; yo no deseaba ya, desde hacía tiempo, llamarme Pino a se-

cas, deseaba una partícula, una parentela noble, si fuera posible, un título. ¿Cómo pude pescar ese contagio a pesar de las lecciones profilácticas de la moderna ciencia médica, a pesar de una sencilla alimentación espiritual, de una buena digestion mental, del uso de desinfectantes para el corazón, de gimnasia para la voluntad y de baños endurecedores para el carácter? No lo sé; me ocurrió de pronto. Me latía el pulso al ver un conde; me daba fiebre al divisar una marquesa. No tenía remedio; el terrible dilema de morir de envidia o de ennoblecerme se planteó en mi cerebro. ¿Será muy difícil ser noble?—me preguntaba—¿Será necesario ser de otra clase, de otro color de sangre, de otro grueso de cutis, de otra forma de miembros, así como hay muebles de caoba y otros de raulí, o será todo una cuestión superficial, de color, de barniz, que nada tiene que hacer con el interior? Yo veía regresar a algunos compatriotas hechos de barro como yo, que se traían junto con su cigarrera de plata y su bastón de junco de Malacca una partícula nobiliaria. ¡Diablos!—pensaba,—es evidente que ésto se compra allá en algún bazar, en algún mostrador y que no debe ser muy caro tampoco.

Por esta razón, una vez de que me penetré bien de que estaba delante de una tienda de dudosas antigüedades, para el uso de los sudamericanos, me colé al interior, serpenteando como un barco mercante entre submarinos, tal era el terror que tenía

de romper o de ser roto, entre tanta preciosidad, coja, jorobada o tambaleante que llenaba la tienda. Allá en el fondo, entre tres casullas que remedaban una misa cantada, un caballero rechoncho, de bigotes ralos y con un moño sobre la cabeza, escribía pausadamente en un papel amarillento.

—¿El señor Ruiz del Avellano?—pregunté.

—Yo soy su esposa—me dijo el caballero, y sólo entonces comprendí que su sexo residía en el moño, única cosa femenina que se le notaba a la simple vista y sin ulteriores sondeos.—Mi marido está en el archivo. Aguarde usted una docena de minutitos... siéntese.

—Perfectamente.—Esto dije; pero inmediatamente comprendí mi ligereza. Nada de perfecto era allí buscar asiento; nada fácil ni siquiera practicable. Escogí por fin un sillón, pesado como un remordimiento y rojo como una vergüenza.

—¡Cuidado!—dijo el caballero-señora,—cuidado, que es la silla donde fué apuñaleado un bastardo de rey en el siglo XVI. Vale mil pesetas y se puede quebrar.

Vagué desconcertado, echando aquí y allá el ojo o los ojos, sobre diversas silletas, sillones, poltronas, tronos, banquetas y hasta banquillos, que iban apareciendo en la penumbra. Unos me parecían demasiado dorados para un hombre sin nobleza; otros con pocas patas para mantener siquiera un equilibrio inestable; muchos no eran sino es-

queletos y habría pasado al través de ellos no sólo la parte inferior de mi humanidad sino toda ella. Mis ojos dieron al fin con una silla de modesta apariencia, que arrastré hácia mí, no sin ensayar con los pies firmes sobre el piso, la presión ascendente y gradual de mis posaderas, hasta el primer crujido...

—Esté allí sin miramientos,—me dijo la dama, que comprendió mis sobresaltos,—es una silla de la casa de campo del duque de Alba.

Era tal mi enfermedad de nobleza y de historia, tal mi deseo de antepasados, que de la silla me subía al través de mi cuerpo, un soplo de nobleza que llegando hasta el pecho me hacía suspirar. Puede ocurrir con otros lo contrario; yo no me detengo en ajenos casos. Allí me quedé mirando hacia los rincones, donde aparecían armaduras, retratos, telas apolilladas; cuando atiné a buscar la causa de por qué faltaba de pronto la luz, y ví que en la puerta aparecía una gran cantidad de paño negro que avanzaba gracias a dos pies corrientes que salían por la parte inferior, y seguía un rumbo consciente, gracias a una especie de periscopio que era una cabeza cubierta con pequeño gorro de terciopelo negro. Don Bernardo Ruiz del Avellano fué desenvolviéndose poco a poco y dejando paños sobre los muebles, primero una capa, en seguida un sobretodo—que debería haberse llamado «entretodo»,—y se dejó siempre sobre el cuerpo un ondulante levi-

tón de tan amplias faldas que podía haberse vestido con él a una numerosa familia desvalida, de no mucha estatura. Dos palabras bastaron a la esposa para indicarle que alguien de importancia lo aguardaba, pues don Bernardo avanzó con meliflua sonrisa, mientras con una mano se frotaba la barba encanecida y me alargaba la otra.

—Soy un sudamericano, señor Ruiz, que desea conversar con usted sobre cuestiones de familia y entroncamiento...

—Mi especialidad, querido señor.

—Perfectamente; pero yo soy franco y deseo comunicarle desde luego y sin circunloquios, que vengo a adquirir tanta cantidad de nobleza como me sea posible vestir, sin que se rían mucho de mi los los que me conocieron sin ella.

—Nada más simple, señor mío. (Aquí carraspeó ligeramente, levantó los ojos al cielo como tratando de recordar algo y, alzando un tanto la voz declamó más bien que habló, lo siguiente:) «Chile es el país del mundo donde fué mayor y más preclara nobleza de España. La fama de su clima, su vecindad a los centros del mundo, la facilidad de las comunicaciones, contribuyó mucho a descremar, podría decirse, la familia aristocrática española... ¿Qué tendría de extraño...?».

—Un momento,—grité impaciente,—permítame usted, señor Ruiz, que le haga una observación. El hecho de que yo venga a aquí a comprarme una

familia ilustre, no quiere decir precisamente que sea un imbécil y pueda escuchar con serenidad ese discurso...

—¡Oh! ¡Oh! tiene usted muchísima razón,—dijo inmediatamente el viejo, atrapado en su farsa,—debí comprender que usted no era hombre de tragar el discurso que tengo destinado a los clientes del Portugal. Porque, en efecto, el Portugal estaba más cerca de España que Chile. Aún podría decirse que la nobleza que fué enviada a Chile sufría una buena prueba. Tal vez más de una familia envió a sus deudos esperando que los piratas en el mar, los indios en tierra, y en subsidio las viruelas y los terremotos, los liquidaran... Sí; había exagerado con aplicar a su patria mi discurso para alentar a la nobleza lusitana.

Don Bernardo continuó hablando a ratos para mí, a ratos para él. «La nobleza se lleva mucho hoy día. Un título viste bastante y es cómodo para circular: mayor crédito en los bancos, mejor servicio en los restaurantes, un tratamiento más respetuoso de parte de los criados. Como usted sabe, ha vuelto la moda de ennoblecerse. Durante mucho tiempo la democracia había predominado; pero se ha notado la monotonía de que todo el mundo se llame don Fulano a secas. Hasta un diputado socialista ha estado aquí a proponerme le haga una tarifa reducida para emparentarse con Isabel la Católica». Después de un momento de silencio, exclamó: «¿Y qué tiene de extraño que ustedes los sudamericanos metan la

mano en este arcón de los abuelos para sacar restos de encajes y de joyas olvidadas? Por ejemplo: ¿Desea usted suplir un largo vacío entre dos generaciones que aparecen distanciadas por un siglo? Yo reduzco el tiempo, lo domino, alargo aquí y allá la edad de unos, aumento la descendencia de un fecundo padre de familia o le doy hijos a un celibatario y todo queda en regla. ¿Desea usted mejorar la situación social de una dama de su parentela, que sin culpa de su parte fué maestra de escuela o lavandera, en vez de ser princesa? Nada más simple... ¿Tal vez sacar de prisión infamante a un antepasado que cometió un asesinato en el siglo XVIII? Yo abro las cárceles y borro todo vestigio de pena. Desde las grandes construcciones, como puentes entre una familia modesta y otra esplendorosa, andamios y pedestales para alcanzar a un ducado, cadenas de eslabones de oro y diamantes para entroncarse con una familia reinante o vínculos sublimes para emparentarse con la Santísima Virgen o con los reyes Magos o con Nabucodonosor; hasta las pequeñeces manuales de alterar un testamento, agregar una partícula, modificar un apellido, trazar un escudito de armas o hacer una serie de retratos de antepasados con aire de familia, todo, absolutamente todo puedo hacerlo yo a precios sin competencia, casi podría decir, a precio de costo, queridísimo señor».

—Mi caso es nuevo,—dije entonces desalentado, bajando los ojos,—yo no quiero un abuelo, ni un

tío, ni una docena de abuelos o tíos; quiero todo un surtido completo, quiero una familia entera...

Alentado por la mirada del viejo, continué más seguro:

—Yo soy un Pino solo... No pertenezco a ningún Pinar. Nací por acto espontáneo de mi voluntad. Figúrese usted, don Bernardo, qué dificultades vamos a encontrar.

Don Bernardo se iba enderezando en el asiento, los ojos le brillaban, una sonrisa de inmensa satisfacción se pintaba en su rostro y casi se arrancaba la barba con los jubilosos movimientos de su mano.

—¡Qué delicioso, qué incomparable, qué bellísimo trabajo, señor Pino!—exclamó de pronto.—Yo he soñado con poder hacer una familia entera a mi idea, libre de trabas, como el jardinero que traza un jardín en un campo eriazo y no tiene que respetar fantasías o caprichos de otros. Verá usted, qué hermosura, qué limpieza, qué panorama le preparo. Y después, desafío yo, desafíe usted, desafiemos al mundo entero que se descubra algo sospechoso en este tronco genealógico. Vea usted; le pondré un abuelo digno émulo del conde de Cabra en la captura de Boabdil el Chico, le agregaré un inquisidor ceñudo, (es muy elegante ahora tener un inquisidor en el pasado), le daré tíos cardenales y sabios, un navegante, una cortesana, (no tema usted, una cortesana en un desvío, en una curva de la familia, no

en la línea directa, una cortesana bella como un sol), que sea la favorita del rey, querido señor Pino; le daré a usted lo que pida, lo que pida...

—¿Y todo ésto por cuanto?

—Precios convencionales... sí, sí, no se alarme usted; será tarifa con descuento, por ser servicio completo.

Don Bernardo siguió entonces repitiendo a media voz: «un abuelo en la conquista de Granada, para todos mil pesetas, para usted cuatrocientas; un inquisidor auténtico, metamos trescientas pesetas; una cortesana, favorita... bueno, le diré que esto será carito, porque tengo dos en regular estado de uso y una de ellas comprometida con una familia argentina... habría otra; pero en muy mal estado, no se la podría considerar como favorita sino con un esfuerzo de imaginación...».

—Cámbiemela usted, don Bernardo, no tengo mucho empeño en ello; cámbiela por otra cosa...

—Bueno, le daré un par de canónigos, uno muerto en olor de santidad, ¿quiere usted? y el otro podría ser...

—Le recomiendo mucho un sabio de la Universidad de Salamanca, de los contrarios a América...

—Sí, sí, éso viste bastante, tiene usted razón. Adelante. Conviene poner un título a la familia. Yo dispongo de uno casi desocupado; porque la familia se extinguió a fines del siglo XVIII, y el último descendiente se marchó a América. Sería el Mar-

qués del Alivio. El origen del nombre es sencillo. El rey estaba en una cacería y sintió grandes dolores. Creyó que se le acercaba la muerte. Un guardabosque que debía ser muy noble de alma, preparó con rapidez un cocimiento de yerbas, lo introdujo en una vejiga de cordero, y, gracias a una cañita hueca que acertó a encontrar a mano, introdujo en el real organismo la salud deseada. El rey le confirió el título del Alivio, con algunas tierras en esa misma región. En el escudo figura el instrumento en oro sobre campo azul...

—No, gracias, don Bernardo; por nada ese título ni esa historia. En mi país son burlones y me llamarían el Marqués de la Jeringa, créamelo usted.

—Yo estoy seguro de comprender lo que a usted conviene en materia de antepasados. Creo ya conocer un poco su carácter. He visto ya a algunos chilenos y noto que se interesan menos que los argentinos por la fortuna retrospectiva. Por ejemplo, ¿le importa a usted algo que uno de los antepasados que voy a darle, derrochara su fortuna en Flandes?

—¡Absolutamente!

—Es claro... Yo puedo disponer precisamente de esta clase de abuelos gloriosos; pero empobrecidos. De otra manera ni se habrían extinguido los nombres, ni habrían pasado a América. Mi procedimiento de trabajo es sencillo. Yo tengo dos familias nobles perfectamente auténticas, una en el siglo

XVII, con la cual es fácil hacer los entroncamientos, y otra para los que aman una antigüedad más que secular, en el siglo I antes de Cristo. Mi tarifa moderada es para encadenar a cualquiera persona de estos días con la familia, que podríamos llamar caja de distribución del siglo XVII; pero si,—como me ha ocurrido con algunos sudamericanos que son ávidos de antigüedad, insaciables de años como la geología—pretenden emparentarse con Nabucodonosor o con la Reina de Sabá, señora que dejó sembrada de hijos el Asia Menor,—sin que pretenda hacer juicios ligeros sobre su conducta,—entonces duplico y hasta triplico los precios, porque tengo que llegar a la familia de un cónsul romano, que tengo perfectamente constituída en esa remota fiesta de las campañas de César. De allí para atrás, uno vuela libre de trabas de documentos; es un placer, una montaña rusa, llegar hasta la Reina de Sabá y su innumerable prole. Todo el trabajo entonces está en desembarcar en la primera estación, en la familia noble del siglo XVII, porque tengo el ferrocarril hecho basta la familia consular, segunda estación. De allí para atrás, todos son caminos, innumerables senderos me permiten emparentar a unos con la Santísima Virgen, a otros con los Macabeos y hasta,—admírese usted,—he satisfecho la pretensión de numerosos sudamericanos de ser descendientes de los *tres Reyes Magos*...!

—¿Y sería posible, señor del Avellano, salvar del

tiempo destructor alguna reliquia de la gran familia que usted me va a conceder, como por ejemplo, algún retrato de antepasado?

—Es una especialidad de la casa precisamente. Una originalidad, además. Tengo aquí un artista, un hijo mío, que toma la nariz de usted, los ojos, la boca, la forma de la cabeza, los rasgos fundamentales de su persona, y los aplica a un señor del año 30, contemporáneo de Larra, a un embajador de España ante la corte de Luis XVI con peluca rizada y empolvada, a un lansquenette de Carlos V, a un cruzado, a un soldado romano, a un asaltante de Jericó, a un tambor de la banda de músicos de Tubalcaín, en fin, a quien se necesite. Estos cuadros puestos en una galería harán desmayarse de admiración a cualquiera. Si usted lo deseara podría aún aplicar el mismo parecido a los Tres Reyes Magos.

Muchos días consecutivos pasé visitando el taller de nobleza y tradiciones de mi amigo el señor Ruiz del Avellano. Mi familia iba quedando de mano maestra, matizada con toda clase de excelencias no muy costosas. El bárbaro quiso colocarme a uno de los innumerables mártires de Zaragoza como a mi más caracterizado abuelo.

¡Y qué resultados tan extraordinarios produce la nobleza, aunque sea comprada! Yo bien sabía cuánto me costaba cada antepasado; pero siempre iba sintiendo, naturalmente, en mi sangre, la heren-

cia de sus cualidades. Me aficioné por la geografía en vista de la ignorancia de mi abuelo el de Salamanca; me puse severo en materias de doctrinas, a causa de la sangre del inquisidor que comenzaba sólo entonces a llevar en mis venas. Pasé ligeramente la mano por el rostro de una vendedora de flores, como atavismo de otro antepasado tenorio que me había dado por muy poco precio don Bernardo...

.....

Lo malo es que todo ésto ha sido un sueño; ahora me hace falta realmente haber conocido al agente que tenía tarifa fija para ennoblecer a sudamericanos de buena pasta.

# INTERIORES MODERNOS

El inmenso entusiasmo con que la humanidad recibió la invención del aeroplano no ha igualado, por cierto, el que acogió el descubrimiento de la rueda. Yo me figuro a ese hombre primitivo y perezoso, a quien la tribu despreciaba por su inutilidad, meditabundo, en la rama de un árbol disputándole las nueces a los monos y viendo llegar a sus compañeros arrastrando por el suelo, sobre enormes ramas y troncos, las piedras para construir la casa y los venados muertos para acumular charqui para el invierno. Me lo figuro sonriendo con ironía de todo ese trabajo mal aprovechado y dándose esa palmada en la frente que ha precedido toda invención. Tal vez un día se marchó solo con una hacha al hombro, y volvió como un triunfador precediendo una verdadera carreta de burdas ruedas hechas de una sola pieza—como torrejas de troncos—tira-

da por un buey, o, si se quiere, por un toro. ¡Qué locura sería la de la tribu!

Pues bien, yo espero igual frenesí para celebrar el descubrimiento que nos permita darnos baños calientes bajo techo, con oprimir una sola vez el timbre eléctrico o dar vueltas al conmutador o arrojar un comprimido a la tina. Porque la humanidad, principalmente la humanidad santiaguina, es esclava de un reducido grupo de hombres de perversas inclinaciones y de infinita torpeza, que se dan a sí mismos el nombre de gasfiters y no podrá prescindir del tributo de dinero y de salud que ellos le extorsionan mientras exista el calentador automático de baño llamado cálifon, sea de tipo cilíndrico o cúbico, de niquel o de cobre, de mármol o de celuloide o de papel mascado o de... cualquiera cosa.

Pero no precipitemos los acontecimientos. Hagamos un poco de historia. El origen del calentador de baños se pierde en la noche de los tiempos. Tubalcaín que, según el Libro Santo, inventó la corneta-pistón y utilizó de diversas maneras el bronce, no soñó siquiera en esta máquina que sobre una consola, en un rincón de los hogares, trama tranquilamente nuestra ruina. Los hombres dejaban entonces al calor solar el cuidado de entibiarles el agua. Aun nosotros hemos visto, en el patío interior de las viejas casas, una tina de latón colocada bajo los rayos directos del sol y las miradas cálidas de la cocinera, preparada para el baño anual del

dueño de casa. Pero también hemos conocido el sistema que siguió inmediatamente al aprovechamiento del Astro Rey—como llaman los poetas al sol cuando necesitan de tres sílabas que no los comprometan a nada,—y era el famoso calentador a carbón que tenía la apariencia de un barco de guerra y provocó en la infancia soñadora muchas vocaciones de marinos. Era un aparato de latón que fabricaba en cada hojalatería *un maestro* cualquiera, compuesto de un cañón chato y grueso para introducir el combustible y de otro más largo y estrecho para ventilar el interior. La máquina nadaba en el agua y lograba preparar un baño quitado el hielo, en cerca de seis horas.

Pero he aquí que la mecánica moderna, descontentadiza siempre y aconsejada por el demonio que ya había lanzado al mundo sus primeros gasfiters, vende el calentador a gas. ¡Qué lujo, qué comodidad! Así como ahora se invita a una persona para ir a ver una galería privada, se llamaba entonces a las relaciones para observar el calentador de gas en funciones. Hubo santiaguino acaudalado que recibió a sus relaciones como Marat a Carlota Corday, dentro del agua; pero sin las consecuencias. Tenía, sin embargo, esta máquina sus peligros y, como toda conquista del progreso, costó algunas vidas humanas y también algunas lágrimas. Era necesario, naturalmente, dar primero el agua y encender después el quemador de gas; pero con frecuencia se

alteraba el orden de la operación y numerosas criadas andaban con el pelo y las cejas quemadas, algunas con más graves deterioros a consecuencia de la explosión. Una señora retiró su calentador, pues le echó la culpa del malestar de una de sus sirvientas, que tuvo después un hijo. Algunos de estos aparatos metían más ruidos al marchar que toda una fábrica; trepidaciones sordas y a veces notas bajas de tubos de órgano llenaban el silencio del hogar.

¿Cómo no íbamos a recibir alborozados el invento del cálifon? ¡¡Oh, gran cálifon!... Pero no avancemos demasiado. Esta máquina tenía la ventaja inapreciable de calentar el agua por el simple acto de dar vueltas a la llave que tiene la indicación *Hot*. Usted mueve la *Hot* y se enciende una parrilla de luces silenciosa. El agua comienza en el acto a despedir vapor. Naturalmente, antes de ésto, ha debido encenderse un pequeño quemador o mariposa que corre horizontalmente sobre la parrilla. Pero antes todavía, usted ha debido arreglar su cañería de gas y de agua y hasta cambiar el medidor; si es preciso. Es decir, el cálifon en marcha representa la friolera de seiscientos pesos, (S. E. u .O.).

El cálifon es un aparato moderno y, como moderno, sujeto a intermitencias de salud y de carácter. Además, es inglés y sufre de spleen. El cálifon necesita hacer diario ejercicio, estar aseado, no tener nada alemán por delante. Es de una suscep-

tibilidad atroz, y tan pronto se introduce una mano de obrero en sus entrañas, cuando se apoderan de su funcionamiento disturbios verdaderamente irlandeses. Así como el sistema parlamentario se aplica solamente a los países muy civilizados, los califones de todos los sistemas son aconsejables solamente para las personas que se bañan con regularidad. Pero ocurre que todo el mundo se ausenta de la casa por una temporada. Al regreso de vacaciones el cálifon ha adoptado siempre esta actitud prescindente, que causa la desesperación de sus clientes.

Desde entonces tomé yo conocimiento personal del gasfiter amaestrado o en libertad. El hermoso, el radiante, el bruñido cálifon que había adquirido, en legítima moneda de 18 peniques, había perdido su voluntad. Era tan inútil dar vueltas a la llave *Hot* como a la llave *Cold;* el aparato daba pequeños resplandores y se extinguía, o bien no se alteraba en absoluto; como si fuera un bloque de cobre electrolítico. Entonces pregunté por un gasfiter entendido. El amigo a quien consulté lanzó una carcajada histérica como en las novelas; pero no estaba loco como todos los que lanzan carcajadas histéricas en ellas. Me dijo en seguida que era más fácil encontrar un buen Ministro de Hacienda que un buen gasfiter. Pero como la cosa era urgente resolví llamar al primero que me deparara la suerte, así, sin adjetivo; bueno, regular, malo o pésimo. Después he comprendido que todo gasfiter tiene un

mismo grado de preparación, como los *compositores* de los campos y que sus éxitos dependen de la casualidad.

El primero llegado a casa era «el compadre *Juandinacio*», llamado así por el sirviente. Venía acompañado de un perrito negro y de algunas tenazas y llaves inglesas, más un tarro con pintura y un puñado de estopa. Olía todo entero a gas y a agua potable, a cañería y a carbón de piedra. Sonrió con visible aire de superioridad al ver mi cálifon descompuesto. Depositó ruidosamente sus herramientas en el suelo y comenzó a retirar tuercas y a sacar tornillos. ¡Qué competencia demostraba ese modesto obrero! Yo escribí ese mismo día un artículo nacionalista exaltando las cualidades de inventiva de nuestra raza; porque «el compadre Juandinacio» retiró dos o tres varas de cañería por inútiles. «Cosas de los gríngos»—dijo con aire despreciativo. En seguida me manifestó que todo estaba bien y que el agua salía a 40° a la sombra. Cobró por ésto la módica suma de veinticinco pesos. En efecto, el agua salía caliente, pero en escasa cantidad; la llave parecía un gotario. El compadre Juandinacio había aumentado la temperatura disminuyendo el líquido. Pero esto no habría sido nada, porque, a poco andar, comenzó a salir del interior de mi cálifon un lamento desgarrador y después el bullicioso e isócrono resoplido de un émbolo. Cuando me acercaba a observar tan extraños síntomas una explosión me

paralizó y luego brotó un verdadero penacho de volcán, compuesto de lava, agua caliente y metales derretidos. Escapé de las quemaduras y cerré las llaves precipitadamente.

Fuíme entonces a la casa importadora donde había comprado mi máquina y encontré allí otras muchas aguardando a los clientes incautos y admiradores del moderno confort, cuya tranquilidad iban a perturbar. Precisamente, el vendedor le decía en ese momento a una señora del sur que ostentaba: dos brillantes en sus orejas, un pequeño marido en el brazo derecho y una gran bolsa de mostacilla repleta de dinero en la mano izquierda:—«Llévese usted este grande, señora; hemos vendido cien en la semana. Doña Isabel Andonaegui de Irriberrizaga ha pedido dos por teléfono, uno para sus sirvientas y el otro para su hijo que se casa con una millonaria del Tucumán. No tema usted interrupciones ni descomposturas. Este cálifon es eterno...». Yo me ruboricé ligeramente y disparé mi obús:— «Necesito en el acto un gasfiter que vaya a componer mi cálifon que ha hecho explosión». El vendedor da un salto, me mide con la mirada, llama en voz alta, apunta palabras incongruentes en una libreta, derriba una barra de níquel al avanzar, la apoya contra la señora en vez de dejarla en la mesa; en fin, la confusión y el pavor. En dos palabras, se me promete un gasfiter y corro a mi casa.

El nuevo gasfiter agrega a su nombre la palabra

*Mister,* llega en bicicleta, usa casquete de paño verde metido hasta las cejas y anteojos de automovilista. Una vez colocado frente al aparato pronuncia su sentencia: «—Aquí ha estado un animal.—Sí, efectivamente, un maestro del barrio.—¿Dónde están los cañones que sacó?—Helos aquí.—Pues bien, hay que ponerlos». Los cañones quedan puestos y la máquina marcha regularmente. «Lo que se necesita,—dice con lenguaje sentencioso,—es un medidor más grande; hay poco gas. Llame a la Compañía». «—*¿Cuánto vale este trabajo?*—Cuarenta pesos». Una vez que el *Mister* colocó los billetes en su cartera, me dijo: «—Olvidaba recomendarle que, cuando esté prendido el cálifon, no prendan la cocina al mismo tiempo». Y se marchó tocando la sirena de su bicicleta.

Entro, pues, en un nuevo régimen. Dan las diez de la mañana, enciendo el cálifon, doy vuelta la llave *Hot* y despacho un mensajero o mensajera que grita en la escalera:—¡Emperatriz! (mi cocinera se llama Emperatriz). No pongas los huevos porque el patrón se va a meter al baño. Otras veces el extraño diálogo tiene lugar en la mesa. «—Estos pejerreyes parecen crudos.—Tú tienes la culpa. Has estado en el baño toda la mañana». Un visitante que oyera estas palabras creería que yo me alternaba en el agua con una familia de pejerreyes. Aunque el *modus vivendi* podría prolongarse, esta situación

subalterna del baño ante la cocina se me hace insoportable.

Me olvido decir que vivo en una casa moderna. La casa antigua produce pulmonías, dolores reumáticos y otros males; pero la casa moderna produce toda clase de pequeñas incomodidades. Las puertas y ventanas de la casa moderna se hacen por grandes cantidades y son todas iguales en todas las casas edificadas en los últimos cuatro años. Tienen la propensión de dar estampidos por la noche y de abrirse, en las más caprichosas grietas, por las cuales puede asomarse un ojo entero y ver lo que se hace en el interior de un cuarto. Además, tienen todas aberturas en la parte superior, llamadas tragaluces. Estos tragaluces no tienen otro objeto que obligar a taparlos con un género azul plegado o con cualquiera otra substancia que no deje pasar el sol o la luz donde no es necesario *tragarlos*. Además, si la puerta tiene cristales hasta abajo, la chapa estará al término de los cristales, a la altura de la rodilla del hombre. Como usted se inclinará cien veces en el día para abrir o cerrar una puerta, adquirirá un mal de cintura que no se aliviará por el Urodonal. Pero esto no sería nada si quedara una sola perilla en su sitio, un solo picaporte o llave sin quebrarse, después de diez días de usar la casa. No, la ferretería *de lujo,* queda hacinada en un cajón y no será posible en pocos días asegurar ninguna puerta. Entre estas novedades de la casa moderna figura el

capricho de no poner ventilador alguno en el cuarto de baño. A pesar de mis reclamos no lo obtuve y como el quemador de gas lanza al techo una menuda lluvia de hollín, el vapor de agua de mis baños calientes me lo devuelve sobre la cabeza en forma de lluvia. Por las paredes, por las puertas, corren los hilos de agua, arrastrando el carboncillo y dejan una serie de pequeñas fajas grises que son un encanto.

Otra peculiaridad de la casa moderna es el ascensor que trae del tercer piso la comida y los platos y devuelve en seguida todo el servicio. Yo he visto de estos ascensores en muchas partes del globo terráqueo y son suaves, silenciosos, livianos. La industria nacional ha inventado uno que hace la tortura de las gentes. Unas veces el biftec se queda paralizado en el segundo piso y es necesario ir a comérselo a domicilio o mandar hacer otro más cerca. Otras veces son los platos que resuelven no llegar hasta el comedor. El sirviente que es un mozo de cordel tira en vano de un cable. Es una verdadera operación náutica. Después de inútiles tentativas pide refuerzos y entra de la calle el vendedor de fruta, hombre hercúleo que se cuelga a dos manos de la soga. De pronto el ascensor se desprende bruscramente y cae contra el suelo. Los platos se quiebran todos. Hay que decir, eso sí, en honor de la verdad, que se quiebran medio a medio, en dos partes perfectamente iguales. Un día sacamos de deba-

jo del aparato a una criada que había cambiado de forma.

Esta pequeña digresión sirve para demostrar la cantidad de mecánicos que deben entrar a una de estas casas que podríamos llamar «artificiales». Después de la visita del *Mister,* a que me he referido más arriba, han venido a la mía dieciséis gasfiters de diversas edades, nacionalidades y tarifas. La dolorosa experiencia de los primeros me ha manifestado la necesidad de no pagar a ninguno mientras mi cálifon no quede reparado. Uno de estos últimos visitantes es orador y partidario de la jornada de ocho horas. Pero no debe de ser muy sincero porque si a él lo obligaran a trabajar siquiera cuatro, bien trabajadas, se moría. Cada diez minutos descubre que se ha quedado algo olvidado en el taller y sale a la calle. Dirige piropos a las criadas, frases insidiosas a la gente que pasa en coche y miradas de entendido a los carteles que anuncian nuevas películas. Demoró tres días en declararse impotente para hacer más daño a mi cálifon. Ya no tenía tuerca que echar a perder.

¡Oh jóvenes que escucháis la vocación escénica cuando llegan a Santiago actores que pronuncian mal! ¿Por qué no hacéis una revista en que salga un coro de salvajes que canten: «Somos los gasfiters», con la música de «los marineritos» de la *Gran Vía,* para que nadie la conozca?

Y, a propósito; noto que se me viene encima una

atroz responsabilidad. ¿Se puede decir gasfiter? «Se lo preguntaremos a don Perfecto,—como dicen en una pieza de Echegaray. Declaro formalmente a los autores de «vocablos propios», o de «alocuciones impropias», que escribo, no para entrar a la Academia o sentar fama de *atildado,* sino para que me entiendan cuantos quieren darse el trabajo de leerme. Tengo un Diccionario a la mano, precisamente la Décimatercia edición del de la Academia. (Vean ustedes; ya se pasó de moda porque hay otra). Si quisiera decir palabras con patente y dejar con la boca abierta a mi público, tengo allí de donde sacar por docenas, como ocurre con las guindas, que es difícil tomar una sola. Podría haber dicho plomero; pero yo no quería significar «al que trabaja o fabrica cosas de plomo». En cambio, como el *Diccionario* habla de gas, gasómetro, gaseoso y gasolina, habría querido llamar *gasterópodos* a los gasfiters; pero si me habría dado el placer de significar que eran «moluscos terrestres o acuáticos que tienen en el vientre un pie carnoso mediante el cual se arrastran, *su cabeza es más o menos perceptible* y su cuerpo se halla cubierto por una concha», nadie habría entendido que deseaba vengarme de los daños que me han hecho.

Volvamos tranquilamente a la casa moderna. Algo que llama la atención del observador y mucho más del arrendador,—por los cabezazos que han de darse,—es la concupiscencia con que el instala-

dor eléctrico coloca el tablero de distribución con los tapones, en el sitio más importante de la casa, en el lienzo de muro más aprovechable para un cuadro. De la misma manera, los enchufes que podrían estar en el suelo se colocan en la pared, salientes como callampas.

La casa moderna tiene, finalmente, otro grave error. Se economiza demasiado espacio en la puerta de entrada. Yo no he visto en ningún país puertas más angostas. Un amigo mío tuvo que dejar en la calle y desprenderse de sus servicios, un armario no desarmable, una suegra en regular estado de uso y un autopiano. No cabían ni por la puerta ni por las ventanas. En muchas de esas casas llamadas «para diplomáticos» hay que entrar de costado y quedarse después de comer hasta que haya terminado la digestión.

No crean mis lectores que soy exigente y que pretendo una casa fantástica, humorista, con sorpresas. Nó; se ha descubierto que cuesta la misma cantidad de dinero hacer una casa en que el arquitecto haya discurrido, que una improvisada y sin pies ni cabeza. Si yo pusiera mañana una plancha: *Angel Pino, Arquitecto,* no inventaría nada, copiaría lo bueno, lo simple, lo cómodo que en todas partes, menos en Chile abunda y a mucho menor precio. Y, en seguida, oiría las observaciones justas del que va a habitarla y piensa pagar puntualmente sus cánones.

# LA NATURALEZA Y EL HOMBRE

Se ha observado por los naturalistas, desde Buffon hasta el señor Porter, de Valparaíso, que el hombre toma muchas peculiaridades de la naturaleza que lo rodea. Así, por ejemplo, en las regiones árticas, el esquimal es peludo, no sólo como su perro, que es un verdadero compañero, sino aun como el oso, su enemigo constante. En los países montañosos, el hombre es melancólico, silencioso, recogido; en los países llanos, por el contrario, alegre, locuaz, expansivo. En las montañas, el hombre tiene menos poder en la vista que sus hermanos del plan, porque la ejercita mucho menos. En los países llanos, el hombre trabaja poco, porque dispone de mayor cantidad de tierra y de un día más largo para cultivarla; en los países montañosos, el pedazo de tierra arrebatado al cerro es más rehacio al cultivo y redobla el esfuerzo del hombre, como la

misma luz del día, mucho más corta que en el llano, mantiene ese esfuerzo.

El Egipto fué invadido por hordas asiáticas, unas de ellas llamadas de los *fellah;* pues bien, los habitantes actuales muestran ojos almendrados como las figuras de las Pirámides. Una epidemia mató allí, un siglo atrás, todos los ganados. Se importaron bueyes normandos; las crías de ahora no difieren con los grandes cuernos que vemos en los geroglíficos.

¿No sería natural, en vista de estos hechos, pensar que en Chile pueda existir también una relación de semejanza y de contacto entre el hombre y la naturaleza que lo acompaña? ¿No podría obtenerse una ley sacada de la observación de las plantas, de los animales, de los insectos, que revelara exactamente la esencia del chileno-gobernante, del chileno-congresal, del chileno-comerciante y del chileno-pobre diablo? Yo no soy sabio, no pertenezco a la Universidad, ni le vendo libros, por consiguiente no tengo derecho de hacer sobre esta materia *un tratado didáctico.* Pero *El Mercurio* que da hospitalidad a estos artículos, recogerá, seguramente, mis *Apuntes* para el que más tarde se dedique a esta ciencia. Lo único que exijo es que se me cite en el probable prólogo del futuro libro, y se diga: «ya en 1908, un joven periodista (¿joven? ¿si no queréis? ¡sí, sí! ya lo habéis puesto!) dió los primeros pasos en esta difícil materia. Pero la escasez de sus cono-

cimientos y el haber incurrido en el torpe error de sembrar su ensayo con alusiones políticas, da un escaso mérito a su obra».

Entremos de lleno a los *Apuntes* y pidamos benevolencia a las personas que, por una imprescindible necesidad científica, han de aparecer aludidas en su curso. Tendré que hacerlo como el experimentador que inocula en un conejo vivo el serum desconocido.

*Una quebrada.*—Se sabe que la quebrada es el pequeño valle u hondonada que dejan dos cerros al juntarse por su base. La quebrada es silenciosa y generalmente sombría; pero a pesar de esto suele tener una vegetación pintoresca. En su fondo puede correr un hilo de agua. A las doce del día la quebrada se asolea breves instantes, pero antes y después permanece en una suave y difusa media luz, porque los rayos diagonales del sol son interceptados por los cerros vecinos. Pues bien, cuando una pequeña nube se coloca sobre la quebrada, el que está en el fondo cree que el día amenaza lluvia y se pone impermeable. Mientras tanto, el sol está quemando cien metros más arriba.

*Aplicación.*—Viven en el fondo de una quebrada todos los que creen que un país está nublado porque va pasando una nube sobre el patio de su casa.

Para saber si el diagnóstico del tiempo es verdadero o falso hay que preguntar siempre si el que lo da vive en la quebrada o en el cerro.

*El cerro.*—Un minero ve a la simple vista que la formación del cerro tal o cual promete una veta o un manto mineralizado. Trabaja alguna vez en él, pierde su dinero, y no encuentra sino piedras; más tarde pasa otro. Observa más atentamente, pone también trabajo y obtiene una ganancia.

Cuenta Severo Perpena, en sus cartas, que le oyó un día en el Banco de Chile decir a don José Besa, con su peculiar sonrisa, a un mismo tiempo amable y socarrona: «a este hombre hay que buscarle su beneficio». Se refería a cierto personaje que en esos momentos era condenado ardientemente por la opinión. Y el hábil comerciante y político, añadía con tono convencido: ¡«Si todo hombre por malo que sea tiene un lado aprovechable»!

Aquí donde nos gusta poner a los abogados de inspectores de alcoholes, colocar médicos en la secretaría general de la Universidad, comisionar ingenieros como visitadores de escuelas; y donde, por consiguiente, palpamos a menudo los fracasos de hombres, es necesario hacer lo que con el cerro de buena formación: buscar el beneficio con paciencia y después aprovecharlo. Hasta ha ocurrido que broceada como en Chañarcillo una primera región, ha entrado en beneficio muchos años después la segunda, ahondando más en las labores. Nadie ignora hoy que un distinguido político y parlamentario, que durante muchos años enmudeció, ha rejuvenecido ahora en su segunda región como escritor y periodista.

*El espino.*—¿Quién no lo conoce? No da sombra ni flores ni fruta. En cambio molesta al que pasa y se queda con lana de la oveja, con un girón de la manta del vaquero, y con plumas del pájaro que quiso descansar en sus ramas. Para sacarle provecho hay que arrancarlo del suelo, aserrarlo y meterlo al fuego. El espino es útil... después de muerto, cortado y quemado.

No son escasos en Chile los espinos-hombres. Pasan su vida erizados. Nadie se puede acercar a ellos sin recibir un rasguño; lo critican todo, lo censuran todo, pero no son útiles para cosa alguna. Hay que dejarlos tranquilos hasta que... se mueren. Entonces se citan sus frases punzantes y algunos hasta que se calientan con ellas.

*El quillay.*—Sale en el cerro, da sombra y purifica el aire. El que corta el monte para hacer leña respeta sus ramas pero le arranca la corteza.

Hay hombres a los cuales no destruímos para darnos el placer de sacarles el cuero. Nos satisface poder pelarles algo cada año. Entretanto ellos echan ramas y nosotros solemos encontrarnos seguros debajo de ellas.

*El huanaco.*—Es un animal de formas elegantes, de movimientos simpáticos, nervioso y corredor. Tiene la particularidad de ser sumamente susceptible y de confundir a menudo una ofensa con una caricia. Así, si uno le da un «huascazo» o le hace cosquillas en la nariz con la punta de una rama,

«escupe» igualmente. Sin embargo esta saliva engranuja la piel, pero no hace mal.

*El coipo.*—Este es un animal esencialmente chileno. Es, además, *único en la fauna universal* por la extraña circunstancia de que la hembra tiene las mamas en la espalda. De esta manera, al atravesar *los ríos, travesías que suelen ser largas*, los hijos pueden transportarse sobre ella, mamando siempre.

Yo veo en este curioso connacional las cualidades que necesita entre nosotros un buen jefe del partido liberal-democrático para que mientras se echa a nado y cruza cada dos años el río que separa la coalición de la alianza, los partidarios en la lactancia puedan seguir sus aguas sin soltar el pecho.

*La cal.*—Recién extraída es un producto cáustico, quema, incomoda la vista; una vez dominada por el agua sirve para pegar un ladrillo con otro. Hay jóvenes universitarios que rompen la costra de la indiferencia con intemperancias y gritos; pero una vez conocidos, se *apagan*, se hacen constructivos, conciliadores. Entonces *son buena mezcla.*

*El litre.*—Algo hay que viene a quitarme casi completamente la originalidad de los «apuntes». Me *consuelo*, sin embargo, pensando que, por otra parte, les da gran autoridad histórica y nacional. En tiempos del Ministro Portales él mismo y sus amigos, llamaban a don Ramón Errázuriz y a sus deudos y partidarios, los *litres*. El litre es un hermoso árbol que crece en los cerros chilenos en compañía

del boldo. Tiene un follaje formado por hojas relucientes de un color verde claro; pero el que las toca rara vez escapa de una molesta irritación en la piel, que se llama «el sarpullido del litre». La influencia de este árbol es generalmente temida en los campos. Se tiene como mal presagio haber descansado en la noche bajo un litre. No hay que hacer nuevas aplicaciones; respetemos la autoridad de la tradición.

*El natre.*—El cocimiento de sus hojas y aun el de sus flores azules, sirve para bajar inmediatamente la fiebre. No hay que beberlo, ni tampoco aspirarlo por las narices, ni menos aun frotárselo por medio de friegas. Los viejos decían sin embozos ni rodeos cómo se aplicaban sus remedios. Hoy día el pudor de botica es uno de los pocos pudores que nos quedan, y cuyos fueros jamás violamos.

Cuando hay en el Congreso un debate acalorado, cuando sobre la orden del día surge una cuestión candente, cuando la oposicion compacta y belicosa descubre sus ametralladoras, se han despachado tradicionalmente por la puerta excusada de la Moneda, mensajeros-natres, que, soplando al oído de uno y dando entender al del otro, han ido raleando la vanguardia enemiga y bajando un poco la temperatura de la situación. El mensajero-natre, a pesar de su acción «subterránea», discreta y reservada, parece, más tarde, que ha ofrecido plenipotencias; y aí po-

co tiempo algún miembro de la oposición parte a Europa.

*El chuncho.*—Esta aplicación está hecha desde tiempo inmemorial. Todo el que se complace en vaticinar males, es un chuncho. Sin embargo, el oficio es fácil y no está como otros amenazado de descrédito. El chuncho grazna desde un árbol al caer el día. Si alguien muere al día siguiente, todos los que lo han oído exclaman: ¡Bien lo decía el chuncho ayer tarde! Pero si no muere nadie, el chuncho no hacía otra cosa que entonar su canto vespertino.

*Las chacras.*—Siempre me ha parecido la chacra una exacta imagen de cualquiera de los partidos políticos del país. Si mis lectores lo recuerdan, lo que primero se ve en una chacra es un abundante maizal con sus choclos robustos a la vista. Un retazo considerable sigue, plantado con porotos, que se aplastan modestamente contra el suelo. Otro pedazo de tierra se extiende a continuación, destinado al papal. Y en seguida, para aprovechar los rincones, se siembran los melones de olor, la curagüilla para hacer escobas, los zapallos; y siempre, siempre (jamás falta en una chacra), esbelta y arrogante, la flor de la maravilla o «girasol» asoma sobre las tapias.

A mi juicio—no deseo imponer a nadie mi opinión—el maizal representa al grueso de los contribuyentes del partido, altos, lozanos y bulliciosos cuando el viento del Gobierno los mece, mostrando al respeto y a la consideración de los correligiona-

rios, el «choclo» granado de sus bolsillos. Sigue el porotal, cuyo fruto es base obligada de alimento; pero que por ningún motivo mostramos nunca a las visitas en la lista de nuestras comidas. Estos son los alcaldes, municipales y jueces de provincias, que son la poderosa base electoral; pero que mantenemos a regular distancia para no comprometernos. Las papas, como se sabe, no dan fruto a la luz del día, sino para abajo, entre sus raíces. Estos son aquellos miembros del partido que no hablan en la Cámara; pero trabajan en las comisiones. Gente útil y silenciosa, ésta no vive para que la vean. Con esto sólo, puede haber ya una chacra o un partido; pero conviene rellenar los huecos, sembrando melones de olor que hacen algún trabajo social, ajíes que dicen sus pullas y frasecitas punzantes, y la maravilla o «girasol» que mira siempre hacia el Gobierno, lleva la palabra, habla en la tumba de los que mueren, contesta los programas ministeriales y suele ir a su turno a los ministerios.

En las chacras se acostumbra plantar a las orillas matas de tuna para arredrar a los ladrones. Pero en los partidos se trabaja con las tapias en el suelo para que cada cual vea si la tierra rinde y si le conviene sembrar ahí mismo. Cuando el chacarero se va, suele dejar en su lugar un «espantajo». Los partidos, cuando se les va el Presidente... siguen el mismo procedimiento.

*Caballos de cerro.*—Me contaba un ingeniero, ex-

cursionista de las cordilleras chilenas, que un día marchaba por un estrecho sendero labrado en la roca sobre un precipicio. El guía se desmontó y siguió un buen trecho tirando su caballo de las riendas. «¿Qué es eso?—gritó él.—Yo sigo a caballo y tú, que eres tan *baqueano,* no te atreves a pasar.—Es que voy en caballo cuyano, señor—le contestó—y usted va en caballo chileno. Estoy seguro que si paso montado me desbarranco». Y cuando decía ésto, el caballo dió un mal paso y quedó colgado fuera del sendero, mientras arañaba por subir, sujeto solamente de la cabezada. Si ésta se hubiera roto, el caballo estaba perdido. Si el guía no se desmonta se va al fondo sin remedio. Y mientras el hombre revisaba las patas a la bestia para ver si se había hecho mal, decía tranquilamente: «El caballo cuyano no aprende nunca a pasar por malos pasos, no conoce las piedras que se ruedan y pone la pata en ellas».

Antes—y ésto significa 20 años atrás,—organizar un Ministerio era como hacer una excursión al Club Hípico. Podía irse en coche, a pie, en tranvía, en bicicleta, en zancos y hasta sobre patines. Pero hoy las cosas han cambiado, las dificultades son casi insuperables y es lo mismo lanzarse a explorar el terreno político que subir cerros por caminos abiertos en la piedra o en rodados peligrosos. La persona a quien el Presidente encarga organizar, elige inmediatamente caballo para comenzar la diligencia.

Debe escoger, por consiguiente, uno muy avezado, uno de esos que conoce cada piedra y sabe cual está firme y cual se rueda. ¡Cuántas veces no hemos visto salir en campaña un excelente jinete sobre un caballo cuyano! Los dos se han ido al fondo. Y no valía la pena perder un hombre. También es cierto que muchas veces el caballo es cuyano, y el jinete tambien.

*Guarisapos.*—¿Quién no ha observado a la orilla del charco y compadecido el estado lastimoso y rudimentario de estos seres? Pero la transformación dura poco. Luego comienzan a salir las patitas y aun no botan la cola. Un día cae ésta y el joven sapo entona su primera aria nocturna en la orilla. ¡Cuántos guarisapos políticos colean en el fondo de los estanques! ¡Ay de nosotros! Todos ellos van a ser sapos, todos van a saltar, todos van a botar la cola, todos van a cantar un día su romanza!

*Familia de hormigas.*—Cuando se ve en el suelo la pequeña entrada de una cueva de hormigas y salir una fila afanosa a dejar al lado afuera los residuos del invierno pasado, mientras otra fila entra con las provisiones para el invierno que viene, recuerdo con ternura esas familias diligentes y laboriosas que viven del presupuesto, en que cada miembro corre por la vida llevando al hombro su *ítem* respectivo.

*¡Alerta con la galega!*—Creyéndose traer un buen forraje, llegó a Chile hace pocos años la galega. Se-

gún los campesinos es una maleza «que no la comen ni los burros».

Pues bien, muchas de esas notas de partido, manifiestos, discursos parlamentarios y reportajes de políticos que se publican frecuentemente, son pura galega.

# CUPULAS Y HOTELES

Un arquitecto joven ha escrito algunos artículos sobre las construcciones de Santiago. Sus observaciones me han hecho recordar muchas que han sido tema habitual de mis artículos desde que tomé la pluma con ánimo de publicidad. Siempre he encontrado al santiaguino inepto para la edificación. Así como han definido al francés *Un monsieur décoré ignorant la géographie,* un señor condecorado que no sabe geografía, creo que podría definirse al santiaguino «un sujeto que se levanta tarde y no sabe arquitectura». Santiago comienza a perder en algunos de sus barrios el aspecto ridículo de ciudad africana o portuguesa de las islas de San Vicente o Cabo Verde, que le daban antes las casas de barro pintadas de azul hermoso, rosado, verde, habana, en fin, de mil colores que no dan idea de ningún material sólido ofrecido por la naturaleza. Una ca-

verna del hombre primitivo tenía más dignidad que una de estas casuchas todavía abundantes en las calles de Maestranza, Santa Rosa, Carmen, Arturo Prat, Echaurren y cien otras. Yo recuerdo haber acompañado a un señor que compraba en una tienda belga un artículo llamado «lincustra» que es un cartón impreso con dibujos de realce, para aplicar al pie de los muros y simular un friso de madera o estuco, según el color que se le aplique. El comprador deseaba saber cómo podría pegarse al muro y formuló sencillamente su pregunta:

—Se aplica exactamente—contestó el vendedor —como un papel común, sobre el yeso, la madera o la piedra—¿Y sobre el barro?—interroga con timidez mi amigo, recordando su palacio de Santiago. —¡Sobre el barro! ¿Y porqué quiere usted pegarlo sobre el barro? ¡El barro es para los cerdos!—Sí, señor; para los cerdos... y para los santiaguinos.

La arquitectura de imitación es una de las más repugnantes perversiones del gusto en Santiago. ¡Imitación de mármol, imitación de ladrillos, imitación de madera, imitación de piedra! El terremoto de 1906 que, a mi juicio, fué dirigido por Dios en persona, destruyó en Valparaíso, *edificios;* en Santiago, *cornisas.* ¿No prueba esto suficientemente que el Altísimo aun en medio de su ira no deja de ser el Creador Supremo? El terremoto sembró de tiza las calles de Santiago. La capital, por su dignidad geográfica, legal y administrativa habría preferido

que lloviera sangre; pero le llovió la propia tiza con la cual, como nocturna paseante de calles obscuras, *se estucaba su faz para disimular la fealdad de los* adobes y llamar palacios a sus ranchos. Cuando niño yo admiraba la prontitud con que todo santiaguino que había tenido buenas cosechas ordenaba engalanar el frente de la casa con diferentes obras de imitación. Desde luego, nunca faltaba un zócalo pintado imitación piedra. Un *maestro* con varios tarros de pintura se ponía en cuclillas en la vereda a salpicar el líquido de cuatro o cinco de los recipientes contra el muro. Naturalmente, la imitación piedra se había ido banalizando de tal manera que ya no imitaba nada sino que constituía un original sistema de embadurnar las fachadas. La salpicadura se hacía dándose golpes sobre el brazo izquierdo con la mano derecha que apuntaba la brocha empapada contra la pared. Una lluvia de gotitas iban a acumular puntitos rojos, verdes, azules y amarillos sobre la faja café con leche que se había trazado anteriormente. Cuando yo tenía entonces ocasión de *subir a un cerro, buscaba vanamente estas piedras* que eran, según parece, de exclusiva invención santiaguina. La imitación madera gozaba también de gran favor en la ciudad y aun ahora tiene desenfrenados cultivadores. El maestro deposita primero una capa de pintura amarilla, y sobre ella otra de color habana obscuro. Cuando la segunda está fresca todavía, se le pasa encima un peine que rasca la su-

perficie obscura y deja asomar el color más claro Excusado es decir que tampoco ésto imita nada.

Pero poco a poco la imitación ha sido más pretenciosa, más costosa y, por consiguiente, más ridícula. ¿Se recuerda la fatal aparición de la cúpula de zinc estampado, en la ciudad? Un señor, que se enriqueció más pronto que lo corriente, es decir, que recibió un poco antes el dinero que la cultura, hizo una casa con buena fachada; pero, para anonadar al público y demostrar su capacidad financiera, le colocó encima, superpuesta, sin relación alguna con el resto del edificio, una cupulita. ¡Qué revolución! Tuvimos cúpulas públicas y privadas, cúpulas sencillas y dobles, cúpulas religiosas y civiles, cúpulas de madera y de hojalata. El simple maestro que hacía regaderas y tarros de leche, abordó la gran cúpula y vimos, desde entonces, toda construcción coronada con un molde para dulces, invertido.

Como se sabe, una cúpula, una verdadera cúpula, una cúpula seria, marca en el exterior una cavidad interior. La cúpula es un levantamiento, una escapada del techo del edificio que se abre para formarla. La cúpula sobre un techo es una mentira, es, cuando mucho, una réclame comercial, como el sombrero de copa o la muela de cartón-piedra colgada en la enseña de una tienda.

Como el contagio de la cúpula es uno de los más virulentos, nadie se escapaba. La Catedral de Santiago cayó vergonzosamente en la más monstruosa

de las cúpulas; cúpula que, afortunadamente, será barrida con facilidad por una bala de cañón en el primer sitio que tenga que soportar Santiago no sé aún contra quiénes. También es una cúpula de por ver.

Refiriéndose un mi amigo a la afición del santiaguino por el yeso en las fachadas, me mostraba un edificio muy recargado y me decía: aquí puede tener lugar este breve diálogo.—«Preguntará el extranjero: *¿y eso?* y le contestarán: *¡yeso!*». Así podríamos pasar revista a las casas con cúpula:—¿Y esa?

—Es la de un pobre muchacho
que descubrió una minita.
—¡Cupulita!

—Es la de un loco de amarra
que hizo una especulación.
—¡Cupulón!

—De una niña que era pobre
y es hoy una señorona.
—¡Cupulona!

---

Con motivo del veraneo me he podido dar cuenta de la rapidez con que ha invadido el territorio el flagelo del cinematógrafo. La ciudad queda vacía; las calles se ven menos pobladas de transeuntes y el tráfico de vehículos disminuye naturalmente, en pro-

porción. En este momento se ve cómo el cinematógrafo sobrevive desapiadadamente a todo. Carestía de la vida, baja del cambio, malas cosechas, fiebre aftosa, veraneo; nada despuebla ese implacable teatrito con sus carteles coloreados a la puerta, en los cuales se anuncia: «La Condesa Negra, en 12 partes», «Amor, Abnegación y Heroísmo, en colores» o «Una cacería de rinocerontes en los techos de Nueva York».

Pero donde el cinematógrafo hace verdaderos estragos es por los campos. Hay extensiones despobladas donde no se ve otra cosa que un sauce llorón, un huaso a caballo y un cinematógrafo donde se anuncia: «Los últimos días de Pompeya». ¿Quién entra allí a costear ese espectáculo? No sé; pero hay algo—que explicar no puedo—como decía un poeta,—que al par nos infunde—desconfianza y miedo», y es ver cómo el cinematógrafo va concluyendo con el teatro y con la humana palabra. Tiene seguramente este espectáculo infinitos atractivos; pero no precisamente intelectuales. «La noche, la ocasión», la obscuridad necesaria de la sala, las parejas enemigas de la luz, el amor que busca la penumbra; he ahí el secreto de la concurrencia obligada de la sala cinematográfica.

Sin embargo, parece ser que los estragos que el cinematógrafo hace en el organismo son atroces. Hay personas que han perdido el uso de la palabra, se mueven de prisa y se creen viviendo en pelí-

cula permanente. Una señora se pone y se saca el sombrero para salir y entrar a la pieza, retirando con prontitud el alfiler, tal como lo ha visto hacer en «La Madre» en 7 partes. Acciona, marcha y mira, como se acciona, marcha y mira en la proyección de su espectáculo favorito. Dos niños fueron sorprendidos taladrando el piso de su casa y arrojando baldes de agua sobre el comedor de la casa baja. Se creían en pleno cinematógrafo hasta el momento en que les bajaron los calzones y les dieron de latigazos. Hay huasos que se preocupan de dejar crecer las colas a sus caballos para parecer mejicanos. Antes de poco se robarán de las casas del fundo a la señorita del propietario para hacer una verdadera escena de *cow-boys*. En la primera huelga grande se seguirán fielmente los gestos y movimientos huelguistas-cinematográficos.

Hay personas que abrigan las más absurdas ideas sobre los países desconocidos que ven desfilar en las proyecciones. Por ejemplo, es común el espectáculo de la costa del Rhin, o de un lago, que se divise desde la embarcación en que va el aparato. En este caso, la costa parece correr en el sentido opuesto a aquel en que navega el barco. Hay personas que creen que los paisajes europeos se mueven a causa de que el movimiento de traslación de la tierra es más vivo en el otro hemisferio. Ya los médicos comienzan a tener casos de enfermos de cinematógrafo.

A la señorita sobrina de Mr. Roosevelt se le preguntó cómo lo había pasado en Santiago, en relación con Río y Buenos Aires:—«Muy bien dijo—aunque no podría establecer comparaciones, pues es ésta la primera ciudad en nuestra gira, donde hemos estado en un hotel». Un hotel es siempre un mal necesario por limpio, confortable y elegante que sea. Pero un hotel chileno, como no sean los de Valdivia al sur, es la mayor calamidad que puede caer sobre un hombre. Ser condenado a hotel en Chile, es como cadena perpetua en otros países. Pues bien, recordemos que no hubo en Santiago un vecino generoso que ofreciera su casa al ilustre huésped para evitarle las terribles noches de un siniestro alojamiento chileno. ¿Qué no hay pulgas en el hotel ése? ¡Qué ha de haber! ¡Ca! «Si se las comen las chinches», como decía aquella hotelera del cuento.

Un diario de Valparaíso, un gran diario por cierto, dió cuenta en la *Vida Social*, y no comprendemos por qué no lo hizo en los *Hechos de Policía*, del regreso al país de un empresario de hotel que ya creíamos ido para siempre. Pues no señor, el hombre vuelve ¿y cómo creen ustedes que vuelve? ¿Con un gran bagaje de muebles, colchones, sábanas, baños, gobernantas y sirvientas suizas, cocinero titulado y mil toneladas de polvos de persia? Pues no; viene *lleno*, así lo dice el empresario en un reportaje; pero lleno... de ideas y de observaciones. Es verdad que el redactor del diario se pasma de admi-

ración ante esta abundancia de ideas; pero nosotros diremos francamente, y sin rodeos, que después de leerlas dan ganas de apalearlos a los dos, al hotelero y al periodista.

Yo había llamado genéricamente «hoteleros marselleses» a los empresarios de alojamiento en Santiago—no porque tenga muy mala idea del hotel marsellés, puesto que en Marsella los hay muy malos; pero también los hay buenos, a diferencia de esta pobre ciudad, donde hay sólo de dos clases, los malos y los peores,—sino porque en general los puertos que miran hacia el oriente y reciben la navegación de los mercados exóticos se han familiarizado con el hotel con bichos. Pues no había andado yo tan descaminado, ya que el empresario del hotel recién vuelto declara que ha ido a estudiar ¿dónde creen ustedes? ¡A Tolosa!

Paciencia, y matar pulgas. Seguiremos durante diez años más sujetando al extranjero al suplicio del hotel chileno con reminiscencias tolosanas. Seguirán los maridos que alojan en estas casas inhospitalarias obligados a abotonar y desabotonar los centenares de broches de los vestidos de la mujer, porque en el maravilloso establecimiento no hay sino mozos de cordel al servicio de los pasajeros. Seguirán éstos abriendo de par en par las ventanas del cuarto aunque se les congele el alma, para ventilarlo cada vez que entra el sirviente a dejar o llevarse algo, que siempre deja cualquier cosa aunque más no sea el

penetrante olor de un animal anti-diluviano. Seguirán perdiéndose los cigarros, los cortaplumas, el dinero, los útiles del *necessaire* y las pequeñas alhajas olvidadas.

Y cuando llegue un huésped de distinción o muchos huéspedes, como pasará con la próxima conferencia panamericana, los volveremos a alojar en la misma forma en que lo hicimos con Mr. Roosevelt.

Como yo he escrito ya unas dos docenas completas de artículos sobre hoteles un señor extranjero, de cierto país meridional, que no hay para qué nombrar, vino hace poce poco a verme y me ofreció asociarme a la empresa de un Hotel para Extranjeros que tiene proyectado.

—Mi negocio, me dijo, se basa en un aprovechamiento de todos los elementos, circunstancias y materia que generalmente se desperdician. El verdadero hotelero debe tomar muy en cuenta la circunstancia especial de su clientela que, como es toda ella transitoria y no vuelve por regla general, puede ser sometida a todo género de explotaciones. Mi plan consiste en un hotel modelo que lograra la protección del Gobierno. La servidumbre no sería pagada. Por el contrario, yo obtendría de ella una participación de sus utilidades. Un cartel fijado en cada habitación y que diga: «El propietario no responde en absoluto de los valores y objetos que no hayan sido depositados en su poder»; ofrecería al personal un seguro campo para el pillaje. Los mozos se pa-

garían saqueando las maletas y bagajes de los pasajeros y tendrían obligación de participar con un veinticinco por ciento al establecimiento. ¿Como tendría yo la comprobación de sus utilidades? En una forma muy sencilla. El pasajero robado reclama siempre. Yo tomaría nota de sus reclamos, por ejemplo: «*Pieza número 22;* desaparecidos un par de zapatos, una pulsera de oro, dos camisas, una navaja de afeitar, etc.» Entonces se llama al mozo, se le hace exhibir los objetos y se tasan de común acuerdo. Esto en cuanto a la servidumbre.

«La cocina de un hotel, económicamente manejado, debe ser un verdadero laboratorio. El pasajero es un ser esencialmente gruñón. Tiene un paladar estragado y se queja de todo. Hay que variar los guisos y su apariencia hasta el infinito, para lo cual un armario de colorantes inofensivos para la salud, ofrecerá al cocinero la oportunidad de ser un verdadero pintor. Otro principio de mi cocina es el movimiento perpetuo de la materia prima por medio de *la recuperación*. Los caldos sobrantes volverán a ser sopas y salsas hasta su total consumo o evaporación. La restauración de los caldos es un arte que debe conocer todo buen hotelero. La carne debe ir sufriendo también transformaciones continuas y graduales, desde el bisteque hasta las croquetas. Las migas de pan vuelven de la mesa hasta el sartén cada día.»

«No hay que olvidar también el tercer precepto

de mi cocina: no debe colocarse nunca en la mesa ni menos en el *Menu* aquellos productos del día que sean más codiciados. Por ejemplo, en tiempo de espárragos se sirven sólo espárragos en conserva y se declara *extra* al espárrago fresco. En tiempo de fruta toda fruta es *extra*. En realidad es *extra* todo lo que pide el pasajero y, para obligarlos a pedir, hay que darle todo lo obligatorio de mala calidad.»

He quedado encantado con la proposición del empresario y creo que, si realiza su intento, tendremos un hotel más hospitalario, sin embargo, que los actuales del país.

BIBLIOTECA NACIONAL
– 6 NOV. 1962
Secc. Control y Cat.

# ÍNDICE

PÁGS.

## PRIMERA PARTE


Charla de Otoño..... 9
De baja..... 17
Victoria en derrota..... 23
Procesión de penitentes..... 29
Calamidades y explosiones..... 35
Chuncho deschunchado..... 43
Como el país..... 47
Cosas prehistóricas..... 53
Párrafos santiaguinos..... 57
Sentido comercial..... 63
Sobremesa de cuaresma..... 67
Suprimiendo el presente..... 73
El pueblo a la puerta..... 79
Amputaciones a buen precio..... 85
Párrafos sueltos..... 89
Confusión pavorosa..... 95

PÁGS.

Huevos importados ..... 101
Del 12 de Febrero ..... 107
Opera de propaganda ..... 113
Un encuentro ..... 119
Comidas cordiales ..... 123
¿Vendrá el Rey? ..... 127
Matrimonio con príncipe ..... 133

## SEGUNDA PARTE

Huésped de la nación ..... 143
Casa de campo arrendada ..... 161
Psicología del intruso ..... 171
Isla de mucho más afuera ..... 183
Reformas y progresos médicos ..... 199
Director de veraneo ..... 211
Problemas agrícolas ..... 225
La apertura del canal ..... 239
Actividades femeninas ..... 247
Almacén de nobleza ..... 265
Interiores modernos ..... 279
La naturaleza y el hombre ..... 295
Cúpulas y hoteles ..... 305